

NOVELA DIECIOCHESCA

A woman with striking blue eyes and a dark green hood, set against a forest background. The woman's face is the central focus, looking slightly to the right. The hood is a deep forest green, framing her face. The background is a dense forest of bare trees, suggesting a winter or late autumn setting. The overall tone is mysterious and classic.

LA PRINCESA DEL BOSQUE

MIRIAM FORMENTI

**LA PRINCESA
DEL BOSQUE**

Miriam Formenti

La princesa del bosque

©Miriam Formenti 2014

Primera edición 2006 “Prigionieri del cuore”

<http://www.miriamformenti.altervista.org/>

2019 Traducido por Isabel M^a Garrido Bayano

Todo el contenido está protegido por la ley sobre los derechos de autor.

Diseñadora gráfica: Silvia Basile

(www.basil.altervista.org)

Imágenes de la cubierta:

“Parigi” de Delis <https://pixabay.com/it/>

“Principessa” de Elisa Gazzotti

“Il bosco” de Ernesto Gazzotti

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[Otros títulos](#)

[La autora](#)

De camino a París

28 de marzo de 1784

1

Lady Sinclair y su sirvienta

Borgoña – Francia

Tierra de los marqueses de Latour

Después de llamar, Gemma entró en la habitación que Sus Señorías habían ocupado esa noche e hizo una reverencia de respeto hacia la joven condesa.

—Lord Sinclair os está esperando, señora, y os pide que vayáis con él lo más pronto posible.

Celeste, que ya se estaba poniendo el sombrero, indecisa sobre si llevarlo hacia el lado derecho de la cara, se lo quitó con un gesto de rabia y lo tiró hacia la silla más cercana, pero falló el tiro y terminó sobre la alfombra.

—¡A qué estás esperando! —gritó después mirándose con pereza las manos, ya que no tenía otra cosa que hacer. Era consciente de que no podía desatender los caprichos de su marido, al cual nunca quiso, pero también sabía que el resentimiento no cambiaría su situación. No obstante, aunque fuese por unos instantes, podía sentirse orgullosa—. Lo detesto, y odio a mi madre, que me obligó a desposarlo tras amenazarme con encerrarme en el convento si no lo hacía. No la perdonaré jamás por esto —añadió luego con un tono de voz más infeliz que furioso, dejando caer los brazos a los costados.

No era la primera vez que la joven señora se quejaba del trato de su madre, así como muchas veces, durante el viaje, descargaba la rabia denigrando al inglés arrogante que la había desposado. A pesar de ello, Gemma nunca decía nada, aunque por dentro le daba la razón. Y, como siempre, intentó mostrarse conciliadora, mientras con dedos inquietos cepillaba el ala del sombrero que había recogido del suelo.

—Os comprendo, pero imagino que vuestra madre creía que hacía lo mejor por vos.

—¿De verdad? —respondió Celeste apretando los pequeños labios—. Una forma muy extraña de hacer lo mejor por su propia hija. Creo que quiso alejarme porque estaba celosa de mi juventud. Estaba furiosa porque su

amante era demasiado amable conmigo. Y, por favor, no insultes mi inteligencia haciéndome creer que no sabía que nos sorprendió mientras me besaba la muñeca —continuó con petulancia, sintiendo como siempre una sensación de remordimiento, vergüenza y orgullo rebelde mezclados. No hizo nada malo, al fin y al cabo solo cedió a la coquetería—. ¡Todos la escucharon gritar como las tenderas a las que tanto desprecia!

Gemma la miró con sorpresa. Celeste se equivocaba, ya que era la primera vez que oía sobre la intervención de la pequeña princesa en una historia que los sirvientes creían que solo tuvo como protagonistas a la princesa Augusta y al marqués Palladini. Una historia que le habían contado entre risas silenciosas y miradas divertidas.

—No puedo deciros que estoy al corriente de algo que nunca he escuchado —respondió con firmeza—. Volví a la mansión cuando falleció mi madre.

—¡Te pedí que no te burlaras de mí! ¿Ni siquiera sabes que expulsaron a Paolina por mi culpa porque yo estaba escondida con un chico? Me pregunto qué hechos han sido más jugosos para los sirvientes, los del marqués mujeriego, como el personaje secundario de una comedia de Goldoni, o aquellos en los que estaba implicado el hijo del aparcerero.

Una pregunta que Celeste, llena de vergüenza, se había hecho a menudo, pensando en todo lo que se tenían que haber reído de ella los sirvientes, imaginándola víctima de un sátiro en uno de los salones de la mansión o tendida sobre la hierba entre los brazos de un campesino, con la falda levantada como una criada cualquiera.

—No sé nada del marqués Palladini. Nadie ha relacionado nunca vuestro nombre al de ese hombre —insistió Gemma—. Y... no deberíais hacer caso a las habladurías. Son solo historias exageradas según las fantasías de quien las cuenta —eran hilos de colores de nada, tapices de nadie, como decía siempre la señorita Del Vecchio, la directora del colegio donde había trabajado los últimos años.

—¡Pero expulsaron a Paolina por mi culpa! —repitió la joven señora con tono puntilloso, lo que revelaba que no creía en la ignorancia de su sirvienta respecto a esa cuestión—. Mírame, por favor, y respóndeme como hacías cuando éramos niñas y no te importaba el hecho de que fuera tu señorita.

Gemma asintió, repentinamente molesta.

—Solo sé que no le ha hecho gracia a nadie saber que despidieron a

servienta personal sin recomendación y que expulsaran a una familia entera de las tierras de los Malpighi sin tener un lugar al que ir. ¡Para muchos un trabajo es la diferencia entre la vida y la muerte!

Celeste apartó la cara, como si no soportara la mirada seria de su vieja compañera de juegos.

—Claro, a mí tampoco me hizo gracia —murmuró con voz temblorosa—. He sido una estúpida al pensar que podía robar unos momentos de libertad junto a una persona que no hubiera elegido mi madre. Bruno era muy apuesto y amable... Solo nos amamos una vez, sin pensar en lo que habría sucedido si nos hubieran descubierto —enrolló con nerviosismo el pañuelo que había cogido y, después, lo dejó con rabia sobre la mesa—. ¡Tenía que haber sabido que tiene ojos en todas partes!

Sí, Celeste tendría que haberlo sabido. Augusta Malpighi nunca fue una madre cariñosa, pero sí atenta. Atenta al nombre y al decoro, y una hija demasiado bella que pudiera escandalizar no era aceptable. Aun así, como otros, Gemma pensaba que fue precipitado por parte de la noble conceder a su hija a un extranjero desconocido unos pocos meses antes, regalándole, para colmo, una dote considerable. Después de todo, podría estar arruinado o, peor, podría ser un monstruo de depravación. Ciertamente es que los padres, sobre todo los de alta cuna, gestionaban el futuro de sus hijos, pero una madre más cariñosa, aunque celosa de la espléndida juventud de la hija, podría haberse tomado un poco de tiempo para buscar un marido entre los muchos nobles lombardos, que le habría garantizado la holgura a la que estaba acostumbrarla sin alejarla para siempre de su familia y de su tierra.

—Me ha castigado dándome un sátiro como marido —repitió Celeste, como si le hubiese leído el pensamiento—. Ese maldito conde inglés es un hombre horrible, un estafalario vanidoso, sarcástico, quisquilloso y vulgar en la intimidad. No soporto cómo me toca ni cómo me besa. Es tan codicioso y violento que ni siquiera se dio cuenta de que no era virgen. ¡Y el idiota cree que sabe todo sobre las mujeres! ¡Qué pedante! —dijo, descargándose y encontrando satisfacción al denigrarlo—. Esa cara de caballo no para de decirme que su familia se remonta al siglo doce y que tendré que comportarme bien en Londres. ¡Como si hubiera nacido en un establo!

Para reprimir la antipatía que sentía por lord Sinclair, Gemma intentó apagar el fuego:

—Estoy segura de que vuestro esposo estará muy orgulloso de vos.

Después de todo, sois una princesa. Comportaos como se os ha enseñado y tendréis todo a vuestros pies.

—Sí... me comportaré como mi madre... —asintió Celeste, moviéndose frente al espejo con la gracia altiva de la princesa Augusta.

Pensó con amargura que solo tenía que imitar a la noble meretriz. Se liberaría de Sinclair dándole un heredero, como había hecho Augusta con su padre, esperando que un hijo llegase antes de lo que esperaron sus padres con el nacimiento de su hermano. Y, quién sabe, quizás después tuviera un amante. Le había gusta mucho la primera y única vez con Bruno. Todavía no sabía si aquello que la había unido a él era amor, pero, a pesar de ello, todavía temblaba al recordar las manos fuertes sobre su piel. Manos grandes que sabían descender por su cuerpo y dedos suaves que le daban un gran placer. Las manos demasiado blancas de su marido nunca le habían dado nada, si no asco cuando estaban llenas de sudor.

—Por ahora me consolaré comprando un nuevo guardarropa. ¡Estoy cansada de los cuatro trapos que llevo! —exclamó de repente, apartando los recuerdos desagradables junto a los placenteros.

Gemma pensó que, respecto a ese argumento, Celeste tenía de lo que quejarse todos los días. Lord Sinclair había elegido viajar con poco equipaje en un solo carruaje, pocos baúles, dos sirvientes de confianza y una escolta diminuta de hombres armados. Se había enviado el voluminoso guardarropa de Celeste directamente a Londres, alterando las costumbres radicadas desde hacía generaciones de la familia Malpighi. A la princesa Augusta, por ejemplo, no le importaba la lentitud del viaje. Normalmente, en el séquito de su carruaje había equipaje, sirvientes y muchos soldados de escolta. La señora no dormía en ningún sitio sin sus sábanas y solo quería que fuesen sus sirvientes los que la atendiesen.

—En París estarías muy contenta. Dicen que allí están los mejores sastres del mundo.

Celeste se encogió de hombros.

—Solo de Europa, querida. El resto del mundo no cuenta. Me gusta pensar que de ahora en adelante podré comprar todo lo que quiera sin pedirle permiso a nadie. Si no, respecto a mi interés, mi madre ha sido muy generosa y, gracias a ello, en Londres seré una señora que va a la moda. ¿Tú también lo piensas?

—Estoy segura de que será así —respondió Gemma, que no dudaba del futuro éxito de Celeste. Tenía desparpajo, estaba bien educada, era pudiente y, además, tenía un título grandilocuente. No obstante, esperaba que una vez en Inglaterra utilizara el sentido común y que con los hombres no fuese más allá de la inocente coquetería. De hecho, estaba convencida que lord Sinclair no era tan idiota como creía la princesa. Era evidente que no estaba enamorado de su mujer, pero esto no significaba que la fuese a consentir. Había demostrado varias veces durante el viaje que era firme en sus decisiones y, a veces, en su mirada se cernía una luz extraña que dejaba entrever un carácter despiadado.

Mientras seguía mirándose en el espejo, Celeste cogió uno de los pendientes que llevaba y lo soltó de repente con rabia, pues pensaba que con esos simples pendientes parecía una sirvienta. Poseía muchas joyas, pero su odioso marido las había encerrado en un baúl, y cada vez que dejaban la posada en la que habían pasado la noche lo mandaba esconder en el carruaje, en un lugar en el que creía secreto para todos, excepto para su lacayo.

Miró a Gemma, que estaba de pie a su lado, y siguiendo el hilo de sus pensamientos irrumpió:

—¡Hasta tus pendientes parecen más bonitos que los míos!

—Son baratijas —mintió la chica, sonrojándose un poco.

Eran un recuerdo de su madre. Los había tenido escondidos durante semanas, odiados y amados al mismo tiempo porque su esencia no solo estaba hecha de traición, sino también de amor y de sacrificio. Eran su herencia y, consciente de que nunca se desharía de ellos, había decidido llevarlos puestos en lugar de tenerlos con las pocas cosas que llevaba en su bolsa de viaje. Eran muy modestos en comparación con las joyas de Celeste, hasta con los pendientes de los que se quejaba en ese momento, y tampoco se había imaginado que la princesa se daría cuenta de ellos.

—¡Esa no es la cuestión! —respondió Celeste con una expresión altiva y de desprecio que hacía que se pareciera a su madre mucho más de lo que creía o quería.

Una cuestión que Gemma comprendía. Después del horrible marido, el comportamiento injusto de la madre y el guardarropa que le parecía limitado, la imposibilidad de ponerse joyas era otro motivo de descontento para la princesa. Seguramente no era vergonzoso viajar sin ostentar la riqueza propia,

pero lord Sinclair exageraba porque no le permitía a su mujer llevar ni el anillo de bodas de diamantes y rubíes, patrimonio de la familia, que se había molestado en hacer llegar expresamente de Inglaterra cuando pidió su mano.

—No me voy a poner el sombrero, ¡me molesta llevarlo puesto durante el viaje! —exclamó la joven señora, segura de que le molestaría al marido. Después, poniéndose los guantes, se fue finalmente a la puerta. Al llegar al umbral se dio la vuelta y miró a su vieja amiga con expresión cambiada—. Cuando llegemos a Londres te quedarás conmigo, ¿verdad? Quiero que seas mi dama de compañía. Siempre nos lo hemos pasado bien juntas.

—Vuestra madre desea que regrese a Italia.

—Ella ya no puede darte órdenes, al igual que no puede dárme las a mí. He desposado un ser horrible, pero al fin y al cabo estoy desposada, y si la madre de Charles piensa echarme encima cualquier solterona molesta con la que no pueda ni hablar, se equivoca.

Gemma asintió, pero solo para complacerla, considerando que hasta ese momento, a pesar de los muchos caprichos y algunas locuras, Celeste siempre había hecho todo lo que quería su madre. No parecía posible que fuera a desobedecer, ni siquiera a su suegra, ya que era más experta que ella en la sociedad que la esperaba. «En cualquier caso, Londres todavía estaba lejos», pensó cogiendo el pañuelo que Celeste había dejado en la mesa y metiéndoselo en el bolsillo. Pensaría en ello en otro momento.

Cuando puso un pie en el carruaje, Celeste le regaló una sonrisita al marido, fingiendo que sentía el retraso. Ignoró su mirada llena de reproche, se acomodó correctamente en la silla y se echó por el hombro sin cuidado un manto de terciopelo. Después cerró los ojos y, a pesar del balanceo del carruaje al pasar por la calle, se durmió profundamente con la cabeza posada sobre un hombro y los brazos lánguidos sobre el vientre como una muñeca de trapo.

Gemma, sentada en el asiento de enfrente, se compadeció de ella. Pobre Celeste, que pudiendo haber tenido todo en la vida estaba ligada a un hombre al que consideraba repugnante. Un hombre que, quizás, la había desposado solo por su dinero.

Por instinto miró a lord Sinclair y sintió un escalofrío al descubrir que la estaba observando de reojo, con los brazos cruzados y la barbilla hundida en

la elegante corbata de encaje.

Tragó con nerviosismo y giró la cabeza hacia el tapizado de raso azul del carruaje, cerrando los ojos y fingiendo que se dormía. No habría sabido dar una razón al miedo que ese hombre le infundía, después de todo nunca la había maltratado y la mayoría de las veces parecía que hasta la ignoraba, pero esa sensación permanecía y era uno de los motivos por los que, con toda probabilidad, no se quedaría en Londres con Celeste, si es que esta no le volvía a insistir para quedarse con ella. La otra razón se debía al comportamiento del lacayo de lord Sinclair, siempre inflexible y señorial en presencia de su señor, pero muy vulgar y lascivo cuando se encontraba a solas con ella.

De repente, le salieron lágrimas amargas de los ojos. Por lo menos dos días antes, cuando se cruzó con ella en uno de los pasillos de la posada en la que se habían parado a pasar la noche, le prestó especial atención, empujándola con fuerza contra la pared e intentando levantarle la falda. Logró apartarlo, pero su risa burlona la persiguió junto con la promesa de que no lograría huir para siempre.

¿Pero por qué los hombres eran tan insolentes y... violentos con las mujeres de rango bajo como si estas tuvieran que ceder por la fuerza a sus deseos? ¿Y por qué ella era lo que era mientras Celeste era la princesa Malpighi?

No, no, no, no tenía que ser envidiosa. Ambas eran lo que siempre habían sido, nadie podía cambiar las cosas. Pensó, aferrándose a la bonita capa que le había regalado antes del viaje, que Celeste, a su manera, la quería mucho. Y ella también la quería, pero no podía dejar de arrepentirse de haber aceptado el encargo, a la merced de desconocidos y con la única protección de una chica mimada y débil.

Su vieja tía Adele decía a menudo que la belleza era una maldición para las jóvenes mujeres que no tenían ningún apoyo. Por esta razón, el año anterior, poco antes de ponerse enferma, había intentado persuadirla para que considerase la petición de matrimonio de un comerciante de semillas de cereales que se había encaprichado de ella.

No aceptó. Quería cumplir su sueño, y por aquel joven amable solo había sentido respeto, no un sentimiento de amor. Sin embargo, si por arte de magia pudiera ahora volver atrás, probablemente habría aceptado su propuesta y, quizás, hasta podría haber sido feliz.

Estaba a punto de soñar con esos pensamientos cuando escuchó el bastón del conde golpear el techo y sintió que el carruaje se paraba.

—¿Hemos llegado? —preguntó Celeste abriendo los ojos y llevándose la pequeña mano con el guante a la boca para ocultar un bostezo.

—Todavía no —contestó el conde con frialdad. Después miró a Gemma—. Miss Cangia, ¿me haríais el favor de subir con el cochero y dejarme a solas con mi esposa?

Era un marzo gélido y la lluvia que llevaba cayendo horas hizo que bajara bastante la temperatura. Con poco entusiasmo, Gemma bajó la manilla de la puerta, pero cuando abrió un poco Celeste la detuvo.

—No, quédate —le ordenó—. ¡Quiero que te quedes! —añadió mirando de mal humor a su marido.

—Deseo hablaros en privado, querida.

¿Y de qué? Charles siempre encontraba un motivo para reprocharla y parecía disfrutar haciéndolo cuando se equivocaba al pronunciar una palabra en francés, único idioma en el que podían comunicarse. Siempre que el rebuzno de burro inglés se pudiese considerar comunicación.

—Si no os importa, podemos hacerlo más tarde. Todavía tengo sueño y, además... está lloviendo mucho, y no quiero que Gemma se resfríe para que me lo contagie luego a mí... que soy muy propensa a los resfriados —mintió aferrándose al manto, como si el terciopelo la pudiese proteger de todo.

En realidad, la lluvia, el frío y las enfermedades no la preocupaban en absoluto. Lo que no quería era quedarse a solas en el carruaje con el marido para que la obligara a escucharlo. Ya había sufrido demasiadas cenas molestas, por no hablar de las noches desagradables bajo las sábanas húmedas de las posadas.

Lord Sinclair lanzó a su mujer una mirada helada, ofendido porque no quería acatar sus órdenes delante de una sirvienta. Creía que era una chica agradable, tímida y educada, e imaginó que su espléndida posición social habría hecho de ella la mujer casi deseable para presentar a toda Londres. Casi... porque nunca la había considerado refinada como las señoras que conocía. Por supuesto, estaba dispuesto a ignorar esa deficiencia, ya que la considerable dote que la acompañaba mejoraría sus débiles finanzas personales. Sin embargo, todavía no sabía lo caprichosa e irritante que era. Una criatura que había que corregir antes de que le avergonzara.

—Haréis lo que yo desee, señora —dijo con tono autoritario—. ¿Lo habéis entendido?

Celeste quería gritarle. Arañarle esa cara tan fea y sacarle de las órbitas esos ojos malignos. No obstante, comprendió que no era refinado para ninguno de los dos seguir insistiendo en un rechazo delante de una sirvienta. Solo podía esperar a que ese viaje horrible terminase lo antes posible y que en Londres Charles tuviese, como todos los hombres de su clase, muchos amigos y al menos una amante que lo mantuviese lejos de ella.

Iba a ordenar a Gemma que bajara cuando escuchó el ruido de un puñetazo en el techo del carruaje y al cochero gritar que tenían que partir enseguida. Después, hubo gritos y disparos.

¿Bandidos? Pensó casi sorprendida. Todos sabían que los viajes conllevan siempre este riesgo, pero hasta ese momento habían pasado por caminos seguros y había escuchado con sus propios oídos que no había bandas de delincuentes entre la posada, donde habían pasado la noche, y Joigny, su próxima parada.

Los pensamientos se arremolinaron en su mente durante un segundo y se desvanecieron, dejándola vacía, cuando los caballos emprendieron el galope con el chasquido del látigo. Por instinto, ignorando al marido del que sabía que no obtendría consuelo, extendió una mano para agarrar la de Gemma mientras el vehículo parecía volar, con la puerta que se abría y se cerraba con fuertes golpes.

El destino de dos mujeres

Dos manos, entrelazadas una con otra, que se separaron y ya no pudieron volver a juntarse cuando el carruaje derrapó peligrosamente en una curva. Ambas mujeres gritaron asustadas, y mientras que una de ellas consiguió agarrarse al asa de cuero decorado que tenía al lado, la otra cayó fuera del habitáculo, rodó por la tierra, se dio un golpe con el tronco de un árbol y aterrizó sobre un lecho de hierba húmeda un instante antes de que el carruaje volcara al lado opuesto de la carretera.

Volvió a gritar, pero el sonido no logró superar al resto de gritos y los disparos de las armas. Levantó la cabeza e intentó levantarse del suelo haciendo palanca con un brazo, fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía unas ramas clavadas como un puñal en el costado.

Casi se desmaya cuando intentó arrastrarse detrás del tronco contra el que se había precipitado estrepitosamente y se dejó caer exhausta con la cabeza mirando hacia el camino y la mirada fija en los bandidos, que como lobos hambrientos estaban acorralando el carruaje, como una triste espectadora de la masacre que ocurrió a continuación.

Vio morir al cochero, completamente indefenso con una pierna atrapada en una rueda, y a Sinclair, al que arrastraron fuera del habitáculo como un animal asustado y apuñalaron en el pecho mientras les prometía oro y joyas a cambio de la vida. Escuchó lo que no vio y finalmente la envolvió el silencio, como si el tiempo se hubiera detenido.

Un silencio que solo duró un instante, interrumpido por una voz masculina potente que parecía surgir del árbol que en parte la protegía.

—Mi señora, no os preocupéis. Conmigo estáis a salvo.

Todo cobró vida a su alrededor: la lluvia que caía, el viento que soplaba y el latido de su corazón, que le pareció hasta más ruidoso que el trueno de un rayo que se formó sobre sus cabezas. Pero ese bandido no se estaba dirigiendo a ella.

Al miedo y al dolor se unió una sensación de alivio que no quería sentir. Quizás era verdad que el ser humano era solo una bestia más evolucionada que

las otras, en la que el instinto de supervivencia prevalecía sobre todo.

—Dejad que os ayude a salir, mi señora, os prometo que no os haré daño —continuó diciendo el mismo hombre con tono tranquilizador.

¿Mantendría la palabra un bandido cruel? Tragó por el nerviosismo cuando vio salir del hueco de la puerta rota la cabeza morena de su vieja compañera de juegos y la observó extender el brazo para que la ayudaran.

«¿Se ha acabado de verdad?», se preguntó posando la mejilla en la hierba mojada. ¡Que Dios lo quisiera!

El bandido miró detenidamente a su prisionera, pequeña y temblorosa bajo la lluvia torrencial.

—No sois francesa, pero entendéis lo que os digo, ¿no es cierto?

No hubo respuesta, pero no pareció molestarle, y, como si sus compañeros y él no hubiesen diseminado los cadáveres alrededor, continuó con tono bribón:

—Sois bastante bella, mi señora, pero eso ya lo sabéis, ¿no es así? Hasta vuestros pendientes son bonitos. Estoy seguro de que mis mujeres se matarían por tenerlos. Después de haberos cortado las orejas, claro.

La joven mujer, asustada, abrió los ojos de par en par y, tras unos instantes, siempre en silencio, se quitó una a una las joyas y se las dio.

—¿Habéis visto, mi señora, cómo nos entendemos? No tendréis lengua, pero no os falta oído y sois capaces de entender lo que os conviene —comentó el hombre quitándose la máscara que le tapaba la cara, revelando un rostro desfigurado por una cicatriz que le partía la cara por la mitad, desde la frente hasta la barbilla.

Se sobresaltó por el horror, pero el bandido sonrió, como si la aversión de la mujer no le molestara.

—Lo sé, no soy muy apuesto, pero no es eso lo que importa en un hombre. Me gustaría demostrároslo, sin embargo, no tengo tiempo. Me llamo Joachim, pero para todos soy Labelette. ¿Cómo os llamáis vos?

La conversación bajo la lluvia era absurda, y seguramente ese hombre estuviera loco.

La comadreja...

Le había dicho que se llamaba como un pequeño animal sanguinario y lo

había hecho con mucho orgullo, igual que cuando le mostró su rostro repugnante, seguramente reconocible si se lo describiera a los gendarmes.

Iba a responder, pero se detuvo, emitiendo solamente un extraño balbuceo. ¿Era esa la respuesta adecuada en ese momento de crisis? A las clases bajas no les gustaban los nobles, pero para los bandidos podían valer oro en caso de rescate. Si hubiese sido una sirvienta, la habrían usado hasta el final de sus días.

—Soy la princesa Celeste Malpighi —dijo al fin.

—Y yo que creía que solo era una condesa —comentó con una sonrisa ridícula que revelaba dientes amarillos con caninos puntiagudos.

La joven mujer tragó. Si sabían quiénes eran los pasajeros del carruaje, seguramente les hubieran espiado. Quizás los habían seguido durante horas, esperando el lugar adecuado para asaltarlos.

—Soy... la condesa de Sinclair —confirmó al final aguantando la respiración.

—Ahora que nos hemos presentado, ¿queréis decirme dónde ha escondido el cofre con las joyas?

—Yo... no lo sé.

—¿De verdad? ¿Queréis estar bajo la lluvia mientras pierdo el tiempo arrancando todos y cada uno de los trozos de madera del carruaje para buscarlo? —preguntó el bandido con ironía, su tono daba más miedo que su cara—. Decídmelo, y os daré mi palabra que después no tendréis que sufrir por la lluvia y el hielo.

La joven mujer parecía que se ahogaba al respirar.

—Creo que está en un doble fondo del asiento, pero... no sé cuál. Os lo ruego...

Labelette la calló con un gesto de la mano. Después se giró hacia sus compañeros.

—Una *sangre azul* muy obediente. Una pena dejarla aquí mojándose, ¿no? —comentó suscitando risas. Y volviendo a mirar a la joven mujer empapada de lluvia y temblando de miedo añadió—: Haced un esfuerzo, mi señora.

—Supongo que será donde siempre se sentaba él... —susurró la joven mujer girando un poco la cabeza hacia el cadáver de Sinclair, pero al mismo tiempo sin atreverse a mirarlo.

—Suponéis... ¡cierto! Entiendo que una señora como vos no se interesa por estas cosas. ¿Y dónde se sentaba? —volvió a preguntar el bandido con tono paciente.

Se lo dijo, y poco después escuché el fuerte ruido de la madera partiéndose. Esperó que el cofre estuviera ahí, donde creía que estaba, y rezó para que terminase la pesadilla. No le importaba lo que sucediera después, siempre y cuando ese hombre dejara de aterrorizarla con sus preguntas y le diese la seguridad de que no la mataría igual que al resto.

Mirando más allá de ella, Labelette sonrió complacido e hizo un movimiento con la cabeza.

—Tengo lo que quiero, mi señora, os dejaré ir, tal y como prometí.

La chica no escuchó el ruido de pasos que se acercaron a sus espaldas, solo el de su largo suspiro de alivio. No la secuestrarían y lograría volver a casa. Si se hubiera...

No le dio tiempo a terminar ese pensamiento, al igual que tampoco le dio tiempo a gritar cuando sintió el helor de una hoja en el cuello, y ya estaba muerta cuando su cuerpo cayó al suelo.

La otra mujer, extendida sobre la hierba a poca distancia, apenas pudo contener un grito de rabia y de dolor, mordiéndose el labio inferior hasta hacerlo sangrar. El hombre había dado su palabra y luego no la mantuvo. Si los bandidos la vieran, la matarían sin piedad.

Intentó moverse de nuevo para esconderse mejor detrás del tronco, pero todavía no tenía fuerzas. Solo podía esperar a que los asesinos estuvieran demasiado ocupados saqueando para mirar a su alrededor y descubrir que aún había alguien a quien masacrar, y que su capa, del color de la hierba, se confundiese en la sutil neblina que levantaba la lluvia.

Pero el despiadado jefe de aquella banda de asesinos sabía que no habían matado a todos los pasajeros del carruaje, así que dio una orden que le heló la sangre.

—Tenemos que encontrar también a la otra. Búscala, Borromé. Si se ha escapado, no puede haberse ido lejos.

Desesperada, la chica replegó las piernas para hacerse más pequeña. Con los dedos temblorosos se quitó los pendientes y se hirió sin querer un lóbulo por el nerviosismo, nada en comparación con lo que le harían ellos para

quitárselos si la encontraban. Después los tiró a la hierba y esperó unos segundos que le parecieron interminables, rogando para que no la vieran, hasta que escuchó la voz del que era Borromé. Estaba orgullo por haberla encontrado.

—No ha escapado, está allí. Habrá salido volando del carruaje. No obstante, nos ha ahorrado el trabajo.

Escuchando los pasos pesados del hombre que se acercaban cada vez más, la joven mujer cerró los ojos para no mirar la muerte a la cara, y fue el miedo el que no la dejó respirar mientras el bandido se agachaba sobre ella, así como la esperanza la ayudó a aguantar la respiración cuando lo escuchó decir en tono burlón que se había apuñalado con unas ramas y que quizás estuviera muerta.

Cinco... seis segundos.

Nunca conseguiría engañarlo.

Ocho... diez...

El hombre le puso una mano entre la boca y la nariz para comprobar si respiraba, sin escuchar si el corazón latía.

Doce...

—Como pensaba, está muerta.

—Coge todo lo que lleve encima —ordenó Labelette.

La chica sintió la respiración cálida del hombre mientras se agachaba más sobre ella y le abría la capa para ver debajo.

Veinte... veintiuno...

—No hay joyas, era la sirvienta.

Los pulmones le iban a explotar, pero finalmente Borromé se levantó y se alejó, y pudo volver a respirar, atenta a todos los ruidos a su alrededor.

Solo cuando escuchó los caballos irse al galope, pasado un tiempo que no pudo contar, supo que estaba a salvo. La tensión que la había tenido alerta hasta ese momento desapareció. Se llevó una mano al costado, donde estaba herida, suspiró lentamente y perdió el conocimiento.

3

El marqués de Latour

Tristán de Latour maldijo su mala suerte, la maldita lluvia y el viento que, furioso, soplaba en sus oídos.

Paró el caballo, le acarició el cuello para aplacar su nerviosismo y miró a su alrededor con atención. Lo que veía eran árboles y más árboles, con las hojas dobladas bajo el peso del agua, y niebla hostil que se elevaba desde el suelo, minimizando los colores del bosque y confundiendo todo. El musgo que crecía en los troncos, como una brújula debería indicar al norte, hasta ese momento no había servido de ayuda y sospechaba que Jack, el hombre que lo acompañaba, y él estaban dando vueltas siguiendo una pista engañosa durante al menos media hora, más cerca de Joigny, desde donde venían, que del castillo, hacia donde se dirigían.

Hizo un gesto a su compañero cuando vio que a su izquierda los árboles se enralecían un poco y, esperando que más allá hubiera, si no un camino, al menos un lugar reconocible, espoleó a su montura hacia aquella dirección, desembocando en un claro que acogía los restos de una torre medieval.

Exclamó brevemente su satisfacción, considerando que el antiguo calabozo estaba a menos de dos millas del castillo de Latour y, por tanto, ya no tenía dudas sobre la dirección a seguir. Cabalgaba por las tierras de Latour, heredadas casi un año antes junto al título y todos los bienes inalienables tras la muerte de su abuelo Armand, el noveno marqués.

Para él, ese hombre siempre fue un extraño. Un pariente lejano del que había escuchado hablar a menudo, pero del que conoció el rostro solo cuando puso el pie por primera vez en la biblioteca del castillo y miró el cuadro que lo retrataba, colgado sobre el dintel de mármol de la chimenea. Un rostro que lo impresionó, pero los rasgos angulares, la nariz aguileña y la boca fina eran idénticos a los de su padre, Michel, que más de treinta años antes, tras rechazar casarse con la chica que le habían impuesto, dejó Francia para vivir una vida burguesa en América, convirtiéndose así en la oveja negra de los de Latour.

Dos gotas de agua con caracteres y corazones muy distintos.

Armand nunca quiso perdonar al hijo que le había decepcionado. Michel, al contrario, intentó superar ese obstáculo de obstinación y cólera.

A pesar de haber sido siempre rechazado, Michel había querido justificar el rígido comportamiento del viejo marqués, reconociendo que había tenido buenas razones para renegar de él. Aunque no renegase de lo que había elegido, pensaba que hasta el padre más tolerante sería poco propenso a perdonar a un hijo que se había rebelado contra la autoridad paterna. Un hijo que, después de todo, había contribuido a crear esa barrera sobre la que se habían acumulado los malentendidos, día tras día, haciéndola insuperable para dos hombres que ya se enfrentaban como enemigos. Uno demasiado viejo y esclavo del deber y de las costumbres, el otro demasiado joven y abierto a nuevas ideas con muchas ganas de aventuras.

En Yorktown, donde se había establecido al fin tras años vagando, Michel conoció a Anne Halgrove, la mujer que desposó. En América se había creado una nueva vida, había mirado hacia un futuro distinto que recorrer, quizás mejor que aquel para el que le habían criado, aunque el remordimiento de haber cruzado el océano que lo separaba del padre nunca lo había abandonado.

Algunas veces, en las noches frías delante de la chimenea, con su inseparable mujer y sus hijos jugando sobre la alfombra, Michel hablaba con afecto del hombre que le había enseñado a cabalgar y a dominar la espada, evocando las lejanas escenas familiares con una sonrisa en los labios. Recuerdos de una vida feliz, por los que encontraba siempre nuevas razones para culparse a sí mismo.

«Recuerdos edulcorados por el tiempo y por el arrepentimiento», dijo Tristán para sí con escepticismo, «porque si Armand hubiese amado de verdad a su hijo, con el tiempo habría sabido entender y perdonar, y tras poner en la balanza el afecto y el orgullo, no sería este último el que pesase más». ¿Para qué habían servido treinta años de rabia y de silencio? Si no hubiesen matado a Michel en Camden en el 80, a la muerte de Armand habría sido el heredero de los de Latour por derecho de nacimiento. Y después de Michel solo quedaba él, un nieto del todo desconocido para el viejo marqués, un sucesor todavía menos aceptable, suponía, de lo que había sido el hijo.

«Un nieto criado sin los prejuicios y la sofisticación que todavía estaban vigentes en el viejo mundo. Un hombre que había combatido para que su tierra ya no se considerara una colonia inglesa. Un hombre que ni siquiera conocía

sus bosques», pensó esbozando con los labios una sonrisa irónica.

Jack acercó el caballo al suyo.

—Reconozco estas ruinas, capitán —dijo con un tono de voz demasiado alto sin darse cuenta, pues tras caerle cerca una bola de cañón se había quedado casi sordo, aunque aparentemente ileso—. El camino pasa a unos treinta metros desde allí —añadió extendiendo el brazo y apuntando con el índice a su derecha.

—Vamos —contestó el marqués espoleando su montura hacia esa dirección. Estaba calado hasta los huesos y solo quería quitarse la ropa mojada de encima, sentarse delante de la chimenea y beber el vino *blûlé* de Madame Rochen, el ama de llaves del castillo, hecho con el borgoña de las bodegas de su abuelo.

No era tarde, pero por culpa del mal tiempo ya casi había oscurecido. Entonces vio el carruaje volcado a un lado del borde del camino en cuanto salió del espesor de los árboles, ya a pocos metros de distancia. Tiró con fuerza de las riendas del caballo, que relinchó con furor, y, tras bajarse de un salto, se acercó a la mujer tendida en el suelo.

La giró con cuidado, esperando que solo estuviera desmayada, pero no fue así. Estaba muerta, y la causa no se debía al accidente, sino a un corte limpio en la garganta que iba de una oreja a la otra. Y si su asesino había tratado de esa manera a una mujer, no podía haber sido más delicado con los hombres que la escoltaban. Echó un vistazo a los otros cuerpos tendidos en el suelo a poca distancia.

Se levantó de repente, con la mano encima de la pistola que llevaba siempre en el bolsillo del frac, y olfateó el aire, que le llevó solo el sonido de la lluvia y el olor a tierra húmeda.

—Échale un vistazo a los cuerpos del camino —ordenó a Jack, que se había puesto a su lado con el fusil en las manos. Después, pensando que no encontrarían ni a uno de esos pobres vivo, apartando un baúl abierto y pisoteando la ropa esparcida por el suelo, se acercó al primero de los tres hombres que había cerca del carruaje. Un noble, según su ropa, y un cadáver con un gran charco de sangre en el pecho, causado sin duda por la herida profunda de un corte. A los otros dos le habían cortado el cuello, como a la mujer, pero ambos tenían al menos una bala de plomo en el cuerpo, por lo que la hoja solo los había rematado.

Una mirada dentro del habitáculo le reveló que habían arrancado uno de los asientos, seguramente para buscar oro y joyas, objetos de valor que los asesinos ya habrían encontrado, pues el otro asiento estaba intacto. Apartó un manto de terciopelo y debajo vio papeles dispersos. Los recogió y se los metió en el bolsillo, esperando que gracias a esos documentos las autoridades pudiesen identificar a los desdichados.

—Todos están muertos. Si estuviésemos en tierras de los indios, diría que ha sido obra de los salvajes —comentó Jack, acercándose después de hacer una inspección—. Creo que los bandidos no han asaltado el carruaje solo para robar a los pasajeros. ¿Qué motivo tendrían, en ese caso, para matar a todos, incluida la chica? —lanzó una mirada al pobre cuerpo tendido en el suelo y sacudió la cabeza—. Era muy bella... qué pena. Por lo que parece, no han abusado de ella.

Tristán asintió. Al menos le ahorraron eso. De hecho, la vestimenta estaba en su sitio y por su experiencia en la guerra supo que el hombre que le había arrebatado vilmente la vida tenía que haberla sorprendido por detrás.

—Capitán, ¿pensáis que con los otros podremos intentar localizar a los asesinos? Gus es un verdadero rastreador.

Igual que Jack y los otros cinco, todos hombres capaces y leales que antes de seguirlo a Francia habían estado a sus órdenes durante la guerra. Si los asesinos que habían cometido esa masacre estuviesen todavía cerca, los habrían localizado. Sin embargo, Tristán creía que ya estaban lejos. Pensaba exactamente como Jack respecto al ataque, los responsables no podían ser simples bandidos callejeros. Seguramente no solo estaban interesados en el oro y las joyas, sino en algo más.

—Ya hablaremos —levantó la cabeza y cayeron de lleno en su rostro algunas gotas de agua—. En todo caso, no podréis hacer nada hoy. Volvamos al castillo —añadió cogiendo las bridas de la montura.

Iba a montarse en el sillín cuando, con el rabillo del ojo, vio algo al otro lado del camino. Algo que parecía un saco verde grande y que, por culpa de la poca visibilidad y al estar semiescondido tras un tronco, se confundía un poco con el color de la hierba.

Era una capa, y le bastó dar unos pocos pasos para descubrir que debajo había otra mujer. Joven y en estado lamentable, como la que estaba tendida cerca del carruaje, la cabeza apoyada en el hombro, el rostro ensangrentado y

el pelo oscuro empapado de lluvia, que bajaba como pequeñas serpientes hacia el brazo abandonado sobre el costado.

Se apoyó sobre una rodilla para acercarse a ella y le tocó el cuello para comprobar si seguía viva. Lo estaba, y casi se sorprendió por ello. Era la única superviviente de la masacre y seguramente se salvara solo porque la creían muerta. Sin embargo, estaba herida, quizás de gravedad, pues unas ramas le habían perforado el costado un dedo por debajo de la cintura.

Al sentir que alguien la estaba tocando, la chica se movió y abrió los ojos, fijando la mirada, primero empañada y luego atemorizada, en el rostro del hombre que llevaba en la cabeza un tricornio brillante por la lluvia, de cuya punta central descendía un hilillo de agua. Extendió el brazo hacia adelante, como si se quisiera proteger y sacudió la cabeza varias veces.

—Ahora estás a salvo —dijo para intentar tranquilizarla mientras comprobada, con mucho cuidado, que no tuviera otras heridas.

La chica ya había escuchado una frase similar, pero extrañamente no recordaba cuándo la pronunciaron. Solo sabía que tenía miedo y que no tenía fuerzas para reaccionar.

—No... os lo ruego... —dijo en un hilo de voz.

—No os haré daño, os lo prometo. Quien ha asaltado vuestro carruaje se ha ido, señora. Estoy aquí para ayudaros —continuó Tristán, que no estaba seguro de que pudiera entenderlo. Durante la guerra había visto a demasiados hombres en ese estado por no saber que habían sufrido un trauma. La pobre temblaba y su cuerpo estaba helado. Iba a quitarse la capa para cubrirla, pero cambió de idea. Estaba empapado y no la calentaría.

—Jack —llamó levantando la cabeza—. Aquí tenemos a una mujer que todavía está viva. Hay un manto en el carruaje, tráemela enseguida —después siguió mirando a la chica, que lo miraba perpleja, y sonrió para animarla—. Os sacaré de aquí. ¿Podéis decirme cómo os llamáis? —añadió después sin esperar respuesta en realidad.

La chica comprendió el tono tranquilizador, pero no entendió la pregunta. Le dolía mucho el costado y la cabeza, y el frío le hacía castañear los dientes. El miedo le dominaba la mente y recordó vagamente ruidos fuertes y una mujer que, sin emitir grito alguno, cayó al suelo. En esa niebla de pánico se hizo camino un rostro y un nombre:

—Princesa Celeste... —susurró con una mirada interrogativa, como si él

pudiese confirmárselo.

«Nada más ni nada menos», pensó el marqués con un matiz irónico. Si recordaba su nombre y su título, había esperanza. No obstante, su estado físico no era nada prometedor y debía llevar así desde hacía bastante tiempo porque las huellas de las pezuñas de los caballos de quien había asaltado el carruaje estaban empezando a desaparecer. Tenía arañazos y rojeces en la cara y las manos, y aunque no había mucha sangre alrededor de las malditas ramas que tenía clavadas, sospechaba que justamente las mismas habían detenido la hemorragia. Quitárselas era arriesgado, pero no podía cargar con ella a caballo en este estado, así como no podía tenerla bajo la lluvia gélida como la nieve mientras Jack buscaba ayuda.

—No podré mantener mi palabra, princesa —dijo a un milímetro de sus labios después de tomar una decisión rápida. Se quitó la capa y el frac, se arremangó la camisa y, por último, arrancó las ramas.

La chica gritó de dolor, abrió los ojos de par en par y miró al hombre que le había prometido que no le haría daño como si la hubiese traicionado. Después se desmayó y no escuchó nada cuando el marqués le ató con fuerza las vendas improvisadas alrededor de la cintura, la envolvió en la capa y la puso en el sillín.

El castillo de Latour

Abril de 1784

Fragmentos de recuerdos

Cuando Colette escuchó un leve gemido provenir de la cama balinesa, dejó rápidamente la costura a un lado, que la ayudaba a pasar el tiempo en esos días molestos de ocio forzado, y se acercó a la enferma esperando verla despierta por fin.

Hacía días que la pobre estaba tumbada en la cama, con el rostro blanco como la cera, quieta y muda como una estatua hasta cuando venían a darle los medicamentos, como si viviera en un mundo más allá del dolor.

El médico le había dicho a Madame Rochen que la paciente estaba sumida en un sueño letárgico y que difícilmente se despertaría de ese estado, normalmente era la antecámara de la muerte.

Ninguno, excepto ella misma y el marqués, que había dado órdenes concretas para que velasen a la señora día y noche, creía que superaría ese momento tan malo, y hasta había quien, entre los sirvientes, apresuraba el paso y se santiguaba cuando pasaba delante de la puerta de esa habitación, como si la pobre ya estuviera muerta.

En cambio, a ella le gustaba estar allí y no tenía miedo de una mujer herida. Se ocupaba de ella, le sonreía y le hablaba, como si la enferma pudiese escucharla de verdad. Su fragilidad le hacía imaginar que era bondadosa, pero también podía ser arrogante y pretenciosa como lady Harvey, la prometida del marqués, que trataba a todos los sirvientes con mucha vanidad y se comportaba como si ya fuese *Madame la Marquise*.

No sabía nada de amor, todavía no había encontrado a nadie que le hiciese latir el corazón, pero estaba segura que la americana no suscitaba la mínima emoción en su señor, al igual que también juraría que hasta los sentimientos de la señora por el buen marqués eran más bien tibios. Sin embargo, habría sentido los zarcillos de los celos si, en lugar de haber estado en París disfrutando los bailes y haciéndose nuevos vestidos, hubiese estado presente en el momento en el que el marqués hizo su entrada en el atrio del castillo con la desconocida moribunda en los brazos. Colette consideró trágico y romántico ese momento al mismo tiempo, mirando el largo pelo negro

azabache de la señora gotear sobre la alfombra del escalón mientras él la llevaba hasta la habitación, con el borde del largo manto bailando alrededor de los tacones de las botas sucias.

La señora gimió de nuevo, distrayéndola de sus pensamientos, y Colette permaneció quieta y sorprendida cuando vio que abría los ojos e intentaba levantarse, como si ella también, al igual que los otros, no creyera poder volver a la vida.

Pasado ese momento, la pidió que se tumbara de nuevo y, obedeciendo las órdenes que le había dado, tiró repetidamente y con urgencia la cuerda de la campana, esperando que Madame Rochen llegara pronto.

Mientras esperaba, la escuchó susurrar algo con voz ronca y enseguida se puso nerviosa, pues estaba segura de que no se había expresado en francés. Le habían dicho que era extranjera, pero era una señora, y sabía que todas las señoras hablaban francés. Ladeó la cabeza hacia un hombro y se apretó las manos, como hacía siempre cuando no sabía qué hacer.

La mujer enferma miró un segundo a los ojos de la joven criada, para después apartarla hacia las paredes pintadas con frágiles escenas agrestes, las ricas cortinas brocadas y la elegante chimenea con dintel de mármol rosa encima de impostas adornadas.

«Este no es mi lugar», pensó. Esa no era su habitación, al igual que la cama en la que yacía tampoco era suya. No obstante, extrañamente no pudo centrar la atención en las que de verdad eran su habitación y su cama, como si no hubiese tenido un lugar donde dormir en toda su vida. Escuchó un trueno rugir al otro lado de la ventana y se sobresaltó al recordar gritos y disparos, mientras su mente recorría imágenes rápidas de muchos hombres, de rostro deforme y una mujer que caía al suelo sin emitir grito alguno.

Gimió y extendió una mano como si quisiera aferrar ese último recuerdo que, sin embargo, se le escapó como los anteriores.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? —repitió cansada y con una voz que no reconocía.

Colette retorció las manos y sacudió la cabeza.

—Lo siento, milady, no entiendo vuestra lengua... —murmuró sintiéndose inútil. Había cuidado de esa señora durante días, había esperado que se curara y ahora no podía responder a sus preguntas, aunque podía intuir las: ¿Dónde se encontraba? ¿Cómo había sobrevivido al ataque de los asesinos? ¿Dónde

estaba su marido? ¿Dónde estaban todos? Suspiró aliviada al escuchar que se abría la puerta detrás de ella y los pasos rápidos de Madame Rochen, que entraba a la habitación seguida por otra criada.

La joven señora dio un respingo cuando escuchó otro trueno, pero la gobernanta le cogió una mano con amabilidad, mirándola con comprensión.

—Es solo un temporal, milady, no debéis tener miedo. Ahora estáis a salvo.

—Él también dijo que estaría a salvo... —susurró la enferma, consciente de que no sabía a quién se estaba refiriendo en realidad. Al igual que había ocurrido poco antes, su mente se llenó de visiones y de sonidos que se fueron repentinamente.

Madame Rochen sacudió la cabeza por la incomodidad.

—Perdonad, pero nosotras solo hablamos francés.

La joven mujer la miró unos segundos sin responder. Conocía el idioma, aunque no era el mismo en el que se había expresado y que daba voz a sus pensamientos. Lo conocía y en ese momento ni siquiera sabía cómo lo había aprendido.

—Os entiendo —susurró al final en su idioma—. ¿Qué me ha pasado?

La gobernanta, que todavía le sujetaba la mano, la miró con tristeza.

—Bien, así podremos entendernos, milady. Soy Madame Rochen, la gobernanta del castillo, y la chica de detrás se llama Colette —añadió dándose la vuelta para hacer un gesto a la jovencita para que se acercara—. Colette ha cuidado de vos durante vuestra enfermedad, y si queréis seguirá haciéndolo. Sin embargo, ahora no os esforcéis por hablar y estad tranquila, habéis pasado momentos muy malos y todavía tenéis fiebre.

La enferma sacudió la cabeza. ¿Y cómo podía estar tranquila? Era doloroso, no tenía fuerzas y la voz apenas le salía. Estaba claro que algo le había ocurrido, aunque no sabía el qué. La rodeaban personas que evidentemente la conocían, pero que para ella solo eran extrañas. Desde que se había despertado pocos minutos antes, en su cabeza solo había una niebla extraña que parecía elevarse cada cierto tiempo para dejar paso a imágenes que no querían quedarse. Era como si su vida se hubiese parado en alguna parte, dejándole solo fragmentos huidizos de recuerdos y, aunque se esforzara, no conseguía dar con su nombre. Tampoco lograba recordar su propio rostro ni su edad, podía tener veinte o cien años. Por eso levantó una mano y la observó con curiosidad, descubriendo que era pequeña, estrecha y... joven.

—Os lo ruego... tengo que saberlo. ¿Os he visto ya antes?

—No, señora condesa.

—Pero parece que sabéis quién soy.

«La pobre chica está muy confusa», reflexionó la buena mujer.

—Se lo dijisteis vos al marqués de Latour cuando os encontró tras... el accidente del carruaje. Temimos por vuestra vida, ¿sabéis? Habéis estado inconsciente durante cuatro días. ¿Tenéis hambre? —preguntó luego, esperando posponer las inevitables preguntas que seguirían—. Hasta ahora solo hemos conseguido hacer que ingiráis caldo y medicamentos que el médico ha ordenado que os demos.

Solo tenía sed, pero en ese momento no le interesaba satisfacer esa necesidad, solo saber sobre el accidente. Solo recordaba ruidos y... miedo. La llamaban condesa, pero no recordaba serlo. Llevaba una camisa de seda y le parecía que nunca había tenido sobre la piel nada tan delicado, así como creía que nunca había descansado sobre un colchón de plumas tan suave como ese. Sensaciones que, quizás, no significaban nada. De hecho, un momento antes la mente le había regalado la imagen de dos niñas morenas que se perseguían riendo sobre el suelo de mármol entre mobiliario caro. Y si una de las dos niñas era ella, desde luego no era extraña al lujo. De repente, recordó también un gran parque y una vieja señora de mirada rapaz. ¿Todo eso formaba parte de su pasado?

—¿He sido yo la que ha dicho cómo me llamo? No... lo recuerdo.

—Es de esperar. Estabais casi muerta por el frío y la herida. Descansad ahora.

—No lo recuerdo —repitió de nuevo la joven señora, como si no hubiese escuchado la sugerencia de la gobernanta y estuviese hablando a solas consigo misma—. Un accidente de carruaje, habéis dicho. ¿Cómo ha pasado? ¿Podéis decírmelo?

Madame Rochen no podía y no quería. ¿Cómo decirle a una mujer que había muerto su marido, asesinado por los bandidos junto a los sirvientes y a la escolta? Quizás la pobre no perdió enseguida los sentidos después de haber salido disparada del carruaje. Seguramente estuviera aterrorizada, desesperada y sola, preguntándose cuándo le tocaría a ella. Era un buen motivo para no recordar.

—Pero lo recordaréis pronto —contestó con una nota de optimismo en la

voz—. He mandado a buscar al marqués, que de momento no está en el castillo, y hablaréis con él de todo esto. También he mandado llamar al médico, que estoy segura de que llegará muy rápido.

—No me lo podéis decir —dedujo la joven, desilusionada. Había perdido la memoria, pero no el intelecto, y el silencio de la gobernanta le sugería que todavía le quedaba por escuchar lo peor de lo acontecido. Exhausta, giró la cabeza y cerró los ojos.

Se durmió, pero todavía percibía ruidos en la habitación, perdió la sensación del tiempo que pasó, y volvió a abrir los ojos cuando escuchó una voz masculina.

Era el médico, un hombre de mediana edad y rostro jovial, que se le acercó sonriendo tras agacharse. La examinó con cuidado y, por fin, expresó su satisfacción.

—Temíamos que la perderíamos, milady, y estoy satisfecho de vuestra recuperación. La herida se está curando bien y sin infecciones. En pocos días podréis empezar a dar algunos pasos, y comiendo con apetito os repondréis en pocas semanas —le sonrió de nuevo y tras un momento de duda añadió—: Madame Rochen sostiene que no recordáis lo que os ha ocurrido.

—Así es.

—La mente a veces se cierra cuando suceden eventos dramáticos. Pronto recordaréis todo, lady Sinclair.

—¿Lady Sinclair? —repitió la enferma sacudiendo la cabeza con resignación—. Ni siquiera recuerdo mi nombre.

Durante un momento, el hombre enmudeció. Nunca había visto un caso similar y no sabía cómo afrontar la situación. En su estudio del pueblo había un libro que trataba un argumento análogo y consideró que sería mejor leerlo antes de encontrarse con el marqués. El americano estaba muy preocupado por la chica y le había hecho muchas preguntas respecto a sus competencias médicas. Preguntas que lo habían molestado e incomodado más de una vez. Pero para él era motivo de orgullo haber salvado a la condesa que, sin duda alguna, había rozado la muerte.

—Me han comentado que os llamáis Celeste. Sois la condesa de Sinclair. No me sorprende vuestra confusión, pues habéis estado inconsciente durante cuatro días —explicó el médico esforzándose para sonar tranquilizador—. Sabemos que habéis salido disparada del carruaje en el que estabais viajando.

Las ramas partidas de un árbol os han perforado un costado y es un milagro que no haya tocado órganos vitales. Supongo que también os habréis golpeado la cabeza con una piedra.

—Entonces —susurró ella—. ¿Qué ha sido de los que estaban en el carruaje conmigo? Imagino que no viajaba sola.

El médico sacó de una bolsa algunas de las pertenencias y las puso sobre la mesilla, huyendo de su mirada.

—Lo siento, no estoy al corriente, milady. El marqués de Latour seguramente sepa responder mejor que yo a vuestras preguntas —después, con tono más decidido, se dirigió a la gobernanta—: La paciente está mejor. Creo que podréis darle algo ligero para comer. Y prestad atención a la herida, limpiadla y desinfectadla con la pomada que os he dado. Volveré a verla mañana, ahora tengo que visitar urgentemente a otro paciente.

Cuando se fue el médico, Madame Rochen se acercó.

—Dentro de poco os sentiréis como nueva. ¿Queréis que os cambiemos la camisa y os refresquemos?

La enferma asintió avergonzada, pensando que tenían que haberlo hecho otras veces esos días, como si fuese una recién nacida.

—Os lo agradezco —susurró.

Con una palmada, Colette y otra criada entraron enseguida en la habitación. Le quitaron la camisa y con un paño de lino humedecido con agua perfumada le lavaron el cuerpo y el rostro. Le pusieron una camisa limpia con encaje, le cambiaron la funda de las almohadas y con cuidado la pusieron encima. Después, la misma gobernanta la peinó con suavidad, recogiénole el pelo en una trenza a un lado del rostro.

La condesa se dejó hacer, repitiendo para sí su nombre: Celeste, Celeste, Celeste... Y cuanto más lo repetía, más le parecía familiar.

—¡Princesa Celeste Malpighi! —exclamó de repente—. Os equivocáis, Madame Rochen, no soy la condesa de Sinclair —estaba contenta que no se hubiese olvidado de ese nombre ni de las imágenes de las niñas y el parque. Sí, ella era Celeste Malpighi y estaba empezando a recordarlo. Miró a la buena mujer, que parecía que estaba centrada poniéndole sobre los hombros una capa de lana rosa con muchas cintas de raso del mismo color, y añadió con nerviosismo—: Tengo que aclarar mi identidad con el marqués. A decir verdad, no recuerdo mucho más, pero... estoy segura de que lo que os he

dicho es mi nombre.

Madame Rothen esbozó una sonrisa forzada.

«Pobre criatura», pensó. «Al menos recuerda su nombre de soltera, es mejor que nada». En ese momento, el rostro de la condesa era más sereno, ¿para qué desilusionarla? El marqués decidirá qué decirle.

—Claro, le informaré. Ahora haré que os traigan un buen caldo de pollo y carne cortada en trozos muy pequeños, así podréis tragarlos.

—Os lo agradezco —respondió relajada la joven señora. Esperó a que Colette le trajera el caldo, pero tras unas cuantas cucharadas lo rechazó, dejando también la carne en el plato. Como el temporal había acabado, pidió que abrieran las cortinas para dejar que entrase la luz del día, o lo que quedaba de él, la tarde tenía que haber avanzado mucho, así que cerró los ojos y se meció tranquila sobre las plumas del colchón.

Un rostro en el espejo

El marqués de Latour volvió al castillo en cuanto le informaron de que su huésped por fin había despertado, aunque habría preferido esperar a la mañana siguiente para hablar con el médico antes de visitarla.

No tenía demasiada confianza en las nociones médicas de ese hombre, pero estaba de acuerdo con él en que, para recordar lo ocurrido, la chica tenía que conocer, al menos en parte, la verdad. Monsieur Roux le había hablado de la publicación de un experto parisino, que sostenía que no había nada peor que esconder información, por muy dolorosa que fuera, a los pacientes afectados por amnesia, pues era como empujarlos hacia la locura. Por lo tanto, su deber era decirle a la joven mujer que su marido había muerto y, con ello, hacerle daño por segunda vez, a pesar de la promesa que le había hecho.

Llamó con determinación, pero cuando la sirvienta fue a abrirle se detuvo en el umbral, pues la joven mujer, blanca como un pañuelo, con el rostro magullado y los labios agrietados, tuvo un efecto extraño en él.

Durante las visitas anteriores, mientras ella descansaba en un sueño antinatural, se quedaba observando las largas pestañas oscuras que, como un abanico de seda, le acariciaban los pómulos. Deseaba que se abrieran para encontrarse con su mirada. Había escuchado su respiración lenta y había olido su perfume de mujer, el cual entró en su corazón. Se había hecho mil preguntas sobre ella: si tenía un carácter dulce o caprichoso y si había sido feliz con el marido con el que había compartido su vida durante menos de un mes.

Se quedó mirándola en silencio durante algunos segundos, tan frágil tumbada en la cama, con una trenza abundante y oscura que le caía sobre el pecho, hasta que abrió los ojos y lo envolvió en una extraordinaria mirada azul.

Apretó los labios, sorprendido por un enfado repentino. Tenía treinta años, había poseído muchas mujeres y también había amado a una, pero, como un cachorro inexperto, se había dejado atrapar por el amor ridículo hacia una mujer que, al socorrerla, se había empeñado en proteger.

—Soy el marqués Tristán de Latour, para servirlos —se presentó con un

tono casi áspero mientras hacía una reverencia.

Ella lo miró con incomodidad. Esa mañana se había despertado al amanecer y con obstinación había intentado recordar algo más de lo poco que la mente le había concedido hasta ese momento. Nunca le había pasado, pero consideró una victoria haber logrado encerrar, como las joyas en un cofre, los breves recuerdos que le habían regalado: las niñas que corrían, el rostro de la mujer anciana, el parque y, sobre todo, su nombre.

¡Sabía quién era!

Había esperado con ansia que el marqués la visitara, ya que quería aclarar la equivocación respecto a su persona, pero luego todo cambió.

Le bastó mirar su rostro en el espejo que le había dado Colette con reticencia tras insistirle mucho para preguntarse si estaba loca. ¿Quién era esa chica tan pálida de ojeras profundas y rostro señalado con pequeñas contusiones y arañazos? ¿Era suya la mirada que se hundía a la desesperada en ese reflejo?

Le habían dado un nombre y estaba segura de que le pertenecía, pero ese rostro la había sorprendido, como si hubiese esperado ver otros rasgos, aunque no sabría decir cuáles.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y la sirvienta, creyendo que lloraba por las míseras señales de la cara, le quitó el espejo con dulzura y la tranquilizó diciéndole que no eran nada y que el médico le había asegurado que desaparecerían sin dejar rastro.

Antes de que el marqués llegase hasta ella, había rebuscado en su mente una respuesta, preguntándose si era de verdad quien afirmaba ser con tanta seguridad. Pero las imágenes que había visto habían sido solo las de la mujer que caía al suelo sin gritar, y otras tan terribles que había intentado confinar de nuevo más allá del velo de niebla.

—¿Permitís que me acerque? —preguntó Tristán.

Ella asintió, con las manos unidas, para parar el temblor.

Lo observó mientras se acercaba con paso resuelto y viril y se paró a pocos pasos de la cama. No recordaba el momento en el que la había socorrido, solo el sonido de una voz y un rostro escondido por una capa, de cuya punta caían gotas de agua sobre la cara.

El marqués no podía tener más de treinta años, era muy alto y apuesto, de mandíbula definida y un hoyuelo extraño en la mejilla debido a una pequeña

cicatriz. La nariz era recta, grande, y los ojos verdes... no, dorados, pensó para sí cuando un pálido rayo de sol se hizo camino a través de los cristales de la ventana y le dio en la cara. El cabello largo y liso, recogido en un coletero de seda negro, era de un color extraño entre el rubio y el rojo oscuro, y ese conjunto hacía de él un hombre muy atractivo, si no guapo en el estilo clásico.

Su persona emanaba fuerza, y pensó que sería un hombre con el que contar, un hombre que le cogería de la mano si... Suspiró, otra imagen se le pasó fugazmente por la cabeza para luego desaparecer.

Era extraño... hablaba francés, estaba segura de que pensaba en italiano y podía dar un nombre con facilidad a todo lo que la rodeaba, pero el cuadro de su vida era solo un lienzo en blanco en el que, de vez en cuando, se trazaba una señal que a menudo no se quedaba grabada.

—Sé que... que os debo la vida, señor —balbuceó.

—Solo por pura suerte, lady Sinclair.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no. Soy la princesa Celeste Malpighi. O, al menos, pienso que ese es mi nombre.

—Madame Rochen me ha dicho que ayer estabais segura de ello.

—Hoy todo me ha parecido distinto —contestó ella poniéndose roja—. Me he visto la cara en el espejo y no lo he reconocido... —concluyó con voz débil.

—Os llamaré princesa Celeste, si lo preferís. Un nombre no cambiará la mujer que estoy viendo —contestó Tristán en un tono repentinamente suave. Y, probablemente, en un futuro la recordaría como la *Princesa del bosque*, porque era ese el nombre que le había dado cuando la socorrió.

—Sois condescendiente —susurró ella—. Quizás creáis que estoy loca y, no os sintáis avergonzado, yo también lo pienso. Sacadme de aquí, los locos son peligrosos.

—Normalmente, los locos no admiten que están en ese estado —contestó Tristán sonriendo—. Os han herido, es natural que os sintáis insegura.

Ella se acunó al sonido de esa voz profunda que parecía envolverla como las sábanas que la calentaban en ese momento. Una breve pausa de la inseguridad y el miedo.

—¿Qué recordáis?

—Gritos, disparos y... luego un silencio terrible —dijo arrugando la frente—. Es un recuerdo que a menudo vuelve, pero no deseo profundizar en él. Escucho la voz de un hombre, es maligna, y veo una mujer caer al suelo —dirigió al marqués una mirada de miedo y añadió con tono urgente—: Me han dicho que el carruaje en el que viajaba ha sufrido un accidente, pero si estos breves recuerdos se refieren a ese momento, me pregunto si de verdad ha sido una desgracia. Os ruego que me digáis lo que sabéis. Si estaba de viaje, quizás no estuviese sola y estoy pensando en lo peor respecto a la suerte de quién estaba conmigo.

El marqués arrugó los labios, lo que resaltó la pequeña cicatriz. Aunque quisiera, no podía esconderla.

—Fue obra de bandidos y ninguno ha sobrevivido, aparte de vos. Lo siento mucho.

Gimió de dolor.

—¿Había también una mujer?

—Sí.

—¿Y quién más?

El marqués dudó.

—Vuestro marido y sirvientes.

La joven mujer lo miró perpleja.

¿Estaba casada? ¿Había tenido un marido que la había amado y al que ahora no podía ni llorar? Era horrible que no recordara su rostro, ni el de los otros pasajeros. Era monstruoso que solo sintiese el lamento cristiano por la muerte de unos extraños y no dolor real.

El marqués respetó el silencio que siguió a continuación, intuyendo, por la expresión de su rostro, las sensaciones que estaba sintiendo.

—Puede doler, pero no sufráis por la muerte de alguien al que no recordáis —dijo luego.

Ella asintió, agradecida por la comprensión.

—Asaltaron el carruaje... ¿pero por qué matar a todos? ¿Y por qué no a mí?

—Quizás os creyeran muerta.

Y era la única respuesta posible. No llevaba joyas cuando la habían encontrado, así que los asesinos las habrían sustraído. La señora también tenía una herida en uno de los lóbulos, lo que demuestra que no tuvieron ningún cuidado. Es posible que en ese momento estuviera desmayada.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que lady Sinclair no era la otra mujer?
—susurró mirándolo con sus ojos azules, enfermos pero cautivadores.

—Creo que era vuestra sirvienta, aunque no he encontrado nada de ella. Cuando os socorrí me dijisteis vuestro nombre, que coincide con el que está escrito en las credenciales. Os desposasteis hace menos de un mes, señora, y cuando os encontré recordabais el título anterior. Antes de convertirlos en la condesa de Sinclair, erais la princesa Celeste Malpighi.

En realidad, a él le era suficiente para no dudar, pero había más, en el forro destrozado y sucio de barro de la capa que llevaba la condesa, la gobernanta encontró bordados de sus iniciales, y dentro de un bolsillo había un pañuelo, también con iniciales. Era imposible que una sirvienta que no fuera francesa hablara tan bien ese idioma y, sobre todo, que tuviese tanta elegancia expresándose.

Por lo tanto, no se equivocaba y empezaba a recordar quién era de verdad. Quizás, antes o después, reconocería su rostro mirándose al espejo.

—Supongo que los ladrones robaron todo.

—Todo lo que tenía valor.

No le dijo que los asesinos se tomaron la molestia de mirar los documentos, dejándolos en el carruaje, como si hubieran buscado algo. No sabía si habían encontrado lo que buscaban o no, pero en el camino hacia Joigny habían muerto nueve personas y era un precio muy alto para un robo, aunque fuese fructífero.

Al día siguiente envió a cuatro hombres, pero volvieron con las manos vacías. Esos despreciables aparecieron de la nada y se fueron igual que vinieron. No los habían visto en ninguna taberna y solo un campesino, bien entrada la noche el día de la emboscada, vio un grupo de diez hombres de camino a Sens, a pocas millas de allí. Escondido en el bosque, los escuchó hablar y estaba seguro que venían de la *grande ville*, porque tenían un acento parisino, excepto uno, que creía que era inglés. En cualquier caso, las personas interpeladas estaban de acuerdo en un punto: en los alrededores de Joigny no se veían bandidos desde hacía años, desde cuando el difunto

marqués liberó sus tierras de esa escoria.

Si los hombres que vio el campesino eran los asesinos, eran mercenarios que sabían cómo moverse y pasar inadvertidos, y el hombre inglés que les acompañaba les hacía pensar también en otra cosa.

—Puedo imaginarlo —susurró ella tocándose la oreja. Le parecía que le faltaba algo y se sintió incómoda.

El marqués se acercó para cogerle la mano y llevársela a los labios, apenas rozándole la piel.

—Ahora os dejaré descansar. Mañana volveré a visitaros y quizás podáis recordar algo más.

Se sobresaltó con el roce, una sensación de no haber sentido nada más agradable que ese feliz momento. Si había estado casada, ¿cuáles habían sido las relaciones con su marido?

6

Yo no soy...

Colette se acercó a la señora con una sonrisa y le enseñó un vestido de noche de brocado azul.

—¿Estáis contenta de levantaros por fin?

La joven condesa asintió. Cómo no estarlo. Habían pasado más días y hasta entonces el médico solo le había permitido dar unos pocos pasos hasta el sillón, colocado al pie de la cama. Obedeció con resignación, teniendo en cuenta que la herida tardaba en sanar. Y el tiempo, después de quitarle la fiebre, estaba haciendo lo mismo con los moratones y los arañazos. Su piel estaba más brillante y sus ojos ya no estaban rodeados de ese color azulado enfermo. Solo quería empezar a vivir de nuevo, aunque no supiera nada de su propia vida.

Aceptó apoyarse en el brazo de la chica y se acercó a la puerta francesa que daba a un pequeño balcón. Hacía muy buen día, el jardín florecía y a ella le habría gustado absorber los olores.

—Cuando haga más calor, podréis bajar al jardín —dijo la chica, como si le hubiera leído la mente.

—Espero no tener que aguardar a que el calor llegue —respondió lentamente mirando a través del cristal—. Lástima que no tenga ropa.

—No os preocupéis, no será un problema —dijo Madame Rochen entrando en la habitación en ese momento, seguida por una criada que sostenía ropa en los brazos—. Veo que estáis mucho mejor esta mañana —después asintió a la chica para que dejara la ropa en la cama y se acercó a la condesa extendiendo el brazo—. Os lo ruego, venid y sentaos en el sillón junto a la cama para que podáis ver más de cerca. Os he traído un manto y un par de vestidos de la marquesa.

«Entonces, el marqués de Latour está casado», pensó la joven con una pizca

de desilusión de la que se avergonzaba. Tal vez podría perdonarse a sí misma por no haber estado de luto por la muerte de un marido que no recordaba, pero no debería haber pensado en otro hombre, no con la intensidad con la que había pensado en el marqués desde que lo conocía. Apartó casi por la fuerza la atractiva figura del hombre y, mientras seguía a la buena señora, se vio a sí misma preguntándose por qué la marquesa nunca había venido a visitarla.

Se sentó en un sillón y miró el manto que las dos doncellas habían extendido delante de ella. Era tan apta para el duelo como los dos vestidos que le mostraron inmediatamente después. Con ellos se parecería a un espectro, con el pelo oscuro y la tez clara, pero no le dio importancia. A pesar de ello, su mirada se encontró deslizándose insistentemente sobre un tercer vestido, hecho de seda de mármol azul polvoriento. Ese no era un vestido para una viuda, al menos durante el primer año, porque a pesar de la dulce sobriedad del color, el corpiño tenía un gran escote cuadrado, estaba cargado con cintas del mismo color y tenía bordadas numerosas flores pequeñas de colores. Extendió la mano para tocar con cuidado la seda de la falda y en ese momento mil imágenes invadieron sus pensamientos. Una visión general de la vida que se redujo a la figura de una mujer joven, morena y con un peinado elegante y a la moda. No reconoció la cara, pero podría haber sido ella misma.

—He visto este vestido antes —murmuró.

—Me alegro de que lo hayáis reconocido, ¡porque es vuestro! —exclamó Colette, despertando una paciente mirada de desaprobación por parte de Madame Rochen. Sin embargo, sabía que ella también estaba feliz de que la condesa empezara a recordar. Todos le habían cogido cariño a la triste señora, nada pretenciosa pero muy amable.

—Pensé que todo lo que poseía se había perdido —respondió la asombrada condesa.

—En realidad, sí —comentó el ama de llaves fulminando a Colette con la mirada para que se callara—. Los baúles estaban abiertos y la lluvia arrasó con todo lo que había dentro. Este es el único vestido que hemos podido salvar, ya que estaba escondido bajo otros. Huelga decir que el manto y el vestido que llevabais ese día también eran irrecuperables.

La joven condesa quitó la mano del vestido

—No tiene importancia. ¿Llevo puesto un vestido de gala de la marquesa?

—Sí, a la señora le encantaba este vestido.

—¿Le encantaba?

—Hablo de la abuela de *M'sieur l'Marquis*, que falleció hace muchos años. El marqués no tiene esposa.

«No está casado», pensó la joven mujer llena de felicidad, como si eso pudiera cambiar algo de... de nada.

—La marquesa fue una gran dama, de nacimiento y de corazón —comentó Madame Rochen con un poco de pesar, apretando los labios como si algo la molestara.

—Debe haber sido una mujer especial si la recordáis con tanto cariño.

—Nunca habrá otra mujer como ella aquí en el castillo —luego se recuperó y sonrió—. ¿Os apetece probaros ropa? Para evitar que estéis demasiado tiempo de pie mientras os la probáis, los encargados del guardarropa los han arreglado siguiendo este vestido —añadió señalando el vestido azul—. Sin embargo, supongo que tendrán que hacer otros cambios, ya que me temo que habéis adelgazado un poco en la última semana. Diría, entonces, que podríamos empezar con este.

Con docilidad, la joven se dejó vestir y luego se fue al espejo. Se miró a sí misma durante mucho tiempo sin admirar la obra maestra de seda y bordados preciosos. Exclamó algo que para los oídos de las mujeres que la rodeaban sonaba incomprensible, pero que en su mente resonaba de forma clara y desesperada:

—*Yo no soy...* —y se desmayó.

Se recuperó casi de inmediato y se encontró acostada en la cama con el corpiño desatado. Dio un gemido ahogado y con gestos histéricos intentó quitarse el vestido. Un vestido que había reconocido y visto muchas veces. Un vestido que nunca había podido ponerse porque no le pertenecía.

Delante del espejo, en ese momento tan largo y bajo la mirada perpleja del ama de llaves y de las criadas, comprendió la razón de la incertidumbre que sentía después de ver su propio rostro.

No era la princesa Malpighi, sino solo Gemma Cangia, la sirvienta. Celeste estaba muerta. Lord Sinclair estaba muerto. Todo el mundo había muerto durante esa terrible tarde. Todos menos ella, ahora respetada y venerada en un mundo que no era el suyo.

—Ayudadme a quitarme este vestido, por favor —gimoteó entre lágrimas—. No quiero volver a verlo. ¡Nunca más!

Y más tarde, tumbada bajo las mantas, con la camisa de la difunta marquesa de Latour, miró al techo sin decir una palabra, abrumada por una ola de recuerdos, sabiendo que cada pedazo de su pasado estaba ocupando su lugar de nuevo, haciéndola caer en la vida que le pertenecía, con su tristeza, su cansancio y sus esperanzas desilusionadas. Una cinta que se desenrollaba poco a poco, con los rostros pintados de aquellas personas a las que había amado y perdido, de los que la habían ayudado y luego la dejaron ir hasta dos meses antes, cuando aceptó acompañar a Celeste en ese viaje maldito...

Febrero de 1784

Residencia de los príncipes de Malpighi

Costa sureste del lago de Garda – Italia

Cuando finalmente vio el arco que conducía al gran patio de servicio de la mansión de los Malpighi, Gemma se dio la vuelta para mirar a su acompañante, dedicándole al mismo tiempo una sonrisa amarga y agradecida.

—Habéis sido generoso al acompañarme, señor Olmi.

El hombre era el dueño de El Caballito Blanco, la posada donde los carruajes solían hacer una parada, y al verla bajar de la diligencia, imaginando el motivo de su regreso, corrió a su encuentro y le ofreció sus servicios.

—No es nada, señorita Gemma. Recordaréis que mi esposa es una gran amiga de vuestra madre, y si no hubiera ido con nuestra sobrina, que está a punto de dar a luz, estoy seguro de que habría querido acompañaros ella misma. Supimos de lo de Clara por uno de los empleados de Su Señoría y... lo sentimos mucho.

Gemma asintió. Le agradeció su preocupación y después de bajarse del carruaje se quedó quieta unos segundos mirando a su alrededor, perdida. Nada parecía haber cambiado desde el invierno anterior, cuando visitó a su madre por última vez. Nada. Y le pareció casi injusto, ya que el mundo se había derrumbado sobre ella.

En la puerta, Nora, una de las sirvientas ancianas que la conocía desde

hacía mucho tiempo, le dio la bienvenida. Normalmente alegre y locuaz, esta vez la miró con dolor y, después de abrazarla fuertemente con los brazos en un gesto de amor y consuelo, la empujó con suavidad hacia la escalera que llevaba a las habitaciones de los sirvientes.

—Sube, hija mía, te está esperando.

—¿Todavía está muy enferma? —preguntó Gemma, soñando con una respuesta que no podía llegar. La actitud de la buena mujer, de hecho, no dio lugar a la esperanza.

—Desafortunadamente, sí.

La chica se mordió el labio inferior conteniendo un sollozo. Luego subió corriendo los escalones de piedra de dos en dos por la empinada escalera.

Si de verdad había un Dios, este era cruel presionando siempre a los humildes. A personas como ella solo les dejaba oler la felicidad con un cinismo sádico antes de morder como un lobo hambriento y destruir.

Dos años antes había terminado brillantemente sus estudios y la señorita Del Vecchio, directora del colegio, le había ofrecido un trabajo como asistente en la secretaría y en la dirección de la casa. El año anterior, también le había permitido ocasionalmente hacer de suplente y luego ascenderla a profesora cuando, de repente, se quedó vacío un puesto fijo.

La idea de tener un trabajo cualificado y bien remunerado le había permitido tener mil sueños, de los cuales al menos uno se estaba materializando en ese momento. De hecho, había encontrado dos pequeñas habitaciones de alquiler para ella y su madre cerca del colegio: una cocina y un dormitorio, en la que Clara sería solo ella misma y ya no una sirvienta de los Malpighi.

Se había sentido tan feliz mientras le escribía, hablando con entusiasmo sobre su idea. Al mojar la pluma en el tintero se imaginó la alegría que sentiría cuando la señora Brunato, el ama de llaves de la mansión de los Malpighi, le leyera la carta. Pero la respuesta que había recibido no era la que esperaba. Ni siquiera era una respuesta, ya que, en ese mismo momento, la señora Brunato le estaba enviando un mensaje urgente con la mala noticia de que su madre, después de un resfriado que al principio parecía no ser nada, había contraído neumonía y se estaba muriendo.

Muriendo... Se apoyó contra la pared y sollozó. ¡Su madre no podía morir! Todavía le quedaban muchos años de vida. Y mucho más para estar juntas,

charlar, hacer planes, reír... Cuando Clara estaba feliz, tenía una forma de reír que llenaba sus corazones y levantaba los ánimos.

Con un arrebato de rabia, siguió subiendo y se paró un momento, dudosa frente a la puerta de la pequeña habitación donde estaba su madre. Abrió la puerta con una última esperanza aún en el corazón, pero Clara estaba tumbada con la cabeza inclinada hacia un lado, casi tocando el hombro, y su piel estaba tan cerosa que creía que la muerte ya la había cogido de la mano.

Al oírla entrar, la mujer moribunda levantó la vista y, antes de toser sobre el pecho, le dedicó una pobre sonrisa.

—Mi pequeña —murmuró entre un espasmo y otro—. Gracias a Dios que estás aquí.

Gemma la levantó con cuidado, la sostuvo en los brazos hasta que cesó la tos y, finalmente, la acostó de nuevo, intentando que mantuviera la espalda levantada lo máximo posible y cubriéndole la garganta y los hombros con el chal.

La mujer extendió una mano para acariciarle el cabello.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo.

—No digas eso. Te pondrás bien muy pronto. Vamos a vivir juntas y estarás orgullosa de mí —añadió en un tono que creía que era firme, pero que en realidad sonó desesperado.

—Ya estoy orgullosa de ti, siempre lo he estado —susurró Clara—. Eres tan buena y guapa... —siguió mirándola con amor. Tosió de nuevo, pero se recuperó de inmediato—. Siento que mi tiempo pasa volando y quiero que sepas que te quiero mucho. Todo lo que hice, bueno o malo, fue cumplir los deseos de aquellos a los que amaba y para tu futuro.

—Mamá, yo también te quiero —susurró Gemma estrechando la mano diáfana entre las suyas y llevándosela a la mejilla.

Dos lágrimas cayeron lentamente sobre las mejillas de la mujer moribunda.

—Dios me ha permitido resistir para poder verte y hablar contigo por última vez. Cuando me vaya, mira en la caja debajo de mi cama y sabrás lo que nunca tuve el valor de decirte. Un secreto que solo la pobre tía Adele conocía y que se llevó a la tumba. Desearía tanto... —hizo una pausa, emitió un extraño gorgoteo y, mientras su aliento se detenía en la garganta, miró a su hija con una mirada asustada y resignada al mismo tiempo.

La última.

Gemma sacudió la cabeza por la conmoción. Esto no era verdad, ¡no podía estar pasando! Su madre no se estaba yendo de verdad.

—¡No, no, no! ¡Mamá, no me dejes! ¡Háblame! ¡Mírame! —gritó, sacudiendo el cuerpo sin vida casi con rabia—. No me dejes, por favor... — repitió después como si estuviera vacía, colocando finalmente la cabeza sobre su pecho y llorando desesperadamente todas sus lágrimas.

Pero Clara la había dejado, y después del funeral Gemma recogió los dos vestidos de su querida madre para dárselos a las otras sirvientas, guardándose solo un viejo chal, varias veces remendado, que siempre había visto sobre sus hombros y que había recogido su último calor. Con los ojos húmedos se envolvió en él, tocándolo con las mejillas bañadas en lágrimas. «Pobre madre...», reflexionó con tristeza. Tenía solo treinta y ocho años y no tenía nada de la vida. Nada.

Se perdió un poco en sus recuerdos, pensando en cuánta ternura había podido darle esa mujer. Luego, con un suspiro, se preparó para mirar en la caja que Clara le había dicho que abriera.

Encontró las cartas que le había enviado en esos años y tocó las hojas con dedos temblorosos. Se podía ver que las había tenido muy a menudo en las manos; el papel estaba rasgado en los pliegues y en algunos lugares las palabras estaban casi borradas. Su madre no sabía leer, pero debió llorar mucho en esas páginas después de que se las leyeran, y solo con tocarlas, sabiendo que Clara lo había hecho, le dio algún consuelo.

Colocó las cartas sobre la cama y revisó la caja de nuevo, quedando asombrada al encontrar un par de aretes de oro de elaboración delicada y modesta. Instintivamente miró a su alrededor, como si unos ojos entrometidos pudieran verla, sintiéndose culpable sin razón alguna. ¿Cómo es posible que su madre tuviera joyas en su poder? Sin embargo, no podía pensar que las había robado. Clara le había enseñado que la honestidad era una gran virtud. Entonces vio el sobre aún cerrado, con su nombre escrito en él con una letra redonda y firme que no conocía.

Lo abrió con rapidez, y en las hojas que contenía encontró la razón por la que Clara poseía esas joyas.

«Mi muy querida hija:

Le pedí al reverendo que vino a darme la extremaunción que escribiera esta confesión por mí. Ahora que mi vida está terminando, desearía haber encontrado el coraje para hablar contigo mirándote a los ojos. Pero nunca he sido valiente y sé que de ninguna manera podría haber hecho que esta noticia fuera menos amarga para ti. Así que rezo al cielo para que me perdones.

No soy tu madre, como siempre te he dejado creer, aunque te haya amado como si te hubiera dado a luz. Tu verdadera madre fue mi adorada hermana Emma, que nos dejó el día que naciste para ir al cielo con ángeles como ella...».

Gemma sacudió lentamente la cabeza. ¿Era su madre esa dulce y frágil criatura que Clara siempre había intentado proteger y de la que tanto había hablado? Y mientras siguió leyendo, descubrió que su padre era un noble que había cortejado a Emma como si fuera su compañera y no la pequeña criada sin finura que era.

«...Emma se enamoró de él a primera vista y solo se necesitaron unos pocos halagos y una promesa de amor eterno para que ella olvidara que era una mujer joven y honesta. Lo siguió como una niña ingenua y ciega y regresó a casa dos meses después, con tres vestidos nuevos, un par de aretes, un anillo en el dedo, una muestra de amor pero no de matrimonio, y un poco de dinero, suficiente para vivir sin hambre durante unos meses.

Vivió con nervios durante semanas esperando que su amor mentiroso cumpliera su promesa de volver a buscarla, intentando no ceder ante el temor de que algo le hubiera sucedido, y solo cuando estaba segura de que esperaba un hijo se atrevió a buscarlo.

Lo encontró en buen estado de salud en el palacio de su ciudad, pero cuando confesó haberle esperado ansiosamente y llevar el fruto de su semilla en su regazo, se rio en su cara y la trató como una ilusa. Incluso se asombró de que pudiera suponer que un hombre de su rango podía casarse con una sirvienta ignorante...».

«Pobre Emma», pensó Gemma apesadumbrada e imaginando el dolor de

esa chica. Había sido ingenua, por supuesto, especialmente al creer que el hombre al que amaba tenía corazón. Y volviendo hacia esas líneas, se dio cuenta de que no había límites para lo peor de una persona. Ese... «noble» había sido tan cruel como para añadir que estaba a punto de casarse con una mujer digna de él y que no estaba interesado en un hijo bastardo. Incluso le había tirado monedas, como si fuera una mendiga, diciendo que le había pagado demasiado por sus servicios y que, si se atrevía a presentarse ante él de nuevo, la soltaría a los perros.

« ... Fue entonces cuando mi pobre hermana empezó a morir. Me pareció un milagro que lograra completar su embarazo y que tú, mi amor, hubieras nacido. No obstante, antes de irse tuvo la fuerza de pedirme que te hiciera crecer lo mejor posible porque tu padre era el príncipe Vittorio Malpighi.»

Gemma no podía respirar. Siempre pensó que era una hija del amor, pero no lo era. ¡Era la hija del engaño! Era hija de un mentiroso infame, de un hombre insensible y cruel, sin moral ni sentimientos. Se alegró en ese momento de que este hombre hubiera muerto unos años antes a causa de una terrible enfermedad que había devastado su cuerpo y su mente. Incluso sintió pena por no haberlo visto en ese estado, porque su enfermedad empezó después de que dejara la mansión para ir al colegio de la señorita Del Vecchio.

Luego volvió de nuevo a las cartas, en su corazón creció una ira feroz y sintió la gran curiosidad de saber cómo Clara había terminado sirviendo en la casa de los príncipes Malpighi. Luego descubrió que una vez que Emma murió, con un bebé recién nacido que mantener, la pobre chica decidió recurrir, aunque con pocas esperanzas, a Elena Malpighi, la madre del príncipe Vittorio. Pensaba que al ser mujer, y viendo las malas condiciones en las que encontró a su nieta, podía sentir lástima. Después de todo, tenía una prueba de ese parentesco: el anillo que el príncipe se había quitado del dedo cuando le prometió a Emma amor eterno. Y la anciana mostró algo de compasión. No concedió mucho, pero sí lo suficiente, al fin y al cabo, para una chica de campo como Clara. De hecho, la princesa le pidió que le devolviera el anillo y le hizo jurar que guardaría para siempre el silencio sobre la verdadera naturaleza de la niña a cambio de un trabajo en la mansión y, por lo tanto, un techo, comida y ropa para la huérfana. Si Clara no hubiera cumplido

su promesa, habría sido expulsada de inmediato junto con su carga.

Cansada, Gemma grabó en su mente el rostro de la princesa Elena, que murió hace doce años. No recordaba haber visto ternura en ese rostro arrugado con barbilla afilada, pero a veces la había descubierto mirándola con curiosidad y, quizás, cuando la miraba de esa manera buscaba un parecido con su hijo. Algo que justifique esa atención extra hacia ella. Pero no había similitud entre ella y ese hombre, excepto por el color claro de su piel y el pelo negro y ondulado, que también había heredado la pequeña princesa Celeste. Sus ojos eran de un azul brillante, como los de Clara, y su boca era grande y llena, muy diferente de los ojos pequeños y aristocráticos de aquellos príncipes lombardos de origen alemán lejano.

Sin embargo, ahora sabía que le debía a la antigua princesa el papel de la compañera de juegos de Celeste. Quizás pensase que era una posición perfecta para la pequeña e incierta bastarda de su hijo.

Sin amargura, consideró que había sido la perrita de la princesa durante un tiempo, pero que gracias a ese papel tuvo una infancia feliz y fue capaz de satisfacer su sed de conocimiento. Sentada en silencio cerca de la puerta de su estudio, escuchó con interés todas las palabras de la amable señorita Archant, la institutriz francesa, cuando enseñaba a su alumna.

No había nada que no le gustara, aunque prefería la historia y escuchar las acciones de los grandes hombres del pasado. Comandantes que llevaron a sus ejércitos a la victoria y navegantes que cruzaron el aún desconocido océano para descubrir otros mundos. Tierras lejanas con las que fantaseaba al pasar el dedo índice por todo el mapamundi. Durante el día escuchaba y por la noche tomaba nota de lo que había aprendido para no olvidarlo. A los trece años, cuando Clara la envió a Verona para trabajar como criada en el colegio de la señorita Del Vecchio, sabía leer y escribir. Conocía las matemáticas elementales y, aunque muy mal, llegó a conversar en francés.

Por un segundo se preguntó si el príncipe Vittorio había sospechado que era su hija. Después sacudió la cabeza. Aunque lo hubiera imaginado, nunca le dio importancia.

Alisó las hojas que había arrugado antes con las manos durante un momento con ira y con los ojos velados por las lágrimas siguió leyendo.

«Los pendientes de tu madre ahora te pertenecen. Aunque eran la

confirmación de un amor traicionero, ella nunca quiso deshacerse de ellos para conseguir algo de dinero a cambio y, para respetar sus deseos, yo tampoco. Dispón de ellos como desees. Perdóname si no he sido sincera y guarda el afecto que me tienes. Te abrazo y te beso con amor, mi tesoro, y también lo hago por Emma, quien, aunque por poco tiempo, te amó mucho.

Tu querida madre, que aún no puede renunciar a ese nombre».

Gemma pareció sentir ese beso y ese abrazo. Con una sensación de alegría, dobló las hojas y se las llevó al corazón.

Permaneció así durante un rato largo, hasta que una de las sirvientas entró en la pequeña habitación.

—Gemma, la princesa Augusta quiere verte. Te espera en su salón privado.

—¿Crees que quiere darme el pésame?

La otra mujer puso una mueca.

—Si lo hiciera, creo que los burros empezarían a volar como los pájaros. Sabemos que esa podrida ni siquiera se preocupa por su hija, mucho menos por nosotras. Tal vez te pida que reemplaces a Paolina, la sirvienta personal de la princesa, a la que echaron la semana pasada. Se dice que ayudó a nuestra querida joven a encontrarse con el hijo de un aparcerero, pero no hay nada seguro, porque la pobre salió de la casa sin hablar con nadie —dio un largo suspiro y sonrió—. Tienes suerte de tener ese trabajo, ya no tendrás que subir y bajar las escaleras cada vez que suenan las campanas. Clara estuvo hablando de ello y estaba muy orgullosa de ti.

—Ya no tengo ese trabajo, Eugenia —susurró Gemma después de hacer una breve pausa incómoda, casi como si sintiera que había engañado a todo el mundo—. La directora del colegio se ha visto obligada a despedirme después de que la madre de una de las señoritas lo exigiera. Esa señora estaba muy ofendida de que una persona de clase baja como yo pudiera educar a aquellos que eran socialmente superiores a ella.

—¿Y la directora permitió que se le dieran órdenes? Pensé que era la dueña. Es una pena, tu madre hablaba tan bien de ella... —añadió con pesar—. Dijo que te había acogido en el colegio y que te había tratado como a una de sus estudiantes ricas. Nora dice que hasta compartiste habitación con una de ellas.

Gemma sacudió la cabeza. Cuando los rumores circulaban y pasaban de

boca en boca, siempre se añadía o se eliminaba algo.

Nunca había compartido habitación con una de las señoritas y habría sido extraño que ocurriera lo contrario, ya que había entrado en ese colegio como criada. Habría estado siempre agradecida a la señorita Del Vecchio, que había decidido ser su mentora; sin embargo, había trabajado arduamente doce horas al día y estudiado en cada momento libre que tenía, siete días a la semana, para obtener el certificado.

—Es una buena persona —confirmó con firmeza—. No la culpo por despedirme; la escuela es toda su vida y habría perdido muchas alumnas si no hubiera satisfecho a esa noble mujer. Me ofreció un puesto fijo antes de enterarse de que había sido sirvienta hasta hace dos años. En resumen, me dio oportunidades que, lamentablemente, al final no pude aprovechar.

—No ha sido tu culpa, al menos ahora estás fuera —respondió Eugenia con la lógica abierta de la gente pobre—. Ahora tengo que irme. Ve pronto, la princesa Augusta tiene muy poca paciencia.

Gemma asintió con la cabeza y la miró cerrar la puerta detrás de ella. No tenía ni idea de lo que la princesa quería, pero no creía que le importara el destino de las personas que trabajaban para ella y sí le importaran los sentimientos de sus familias. Esa mujer se sentía por encima de todas las demás. Una señora fría y elegante de origen noble, perfecta para ese cobarde mentiroso que había sido el príncipe Vittorio.

«Todos de la misma raza», pensó. Todos menos Celeste, que también parecía una hija bastarda. Por supuesto, la pequeña princesa siempre había sido muy consciente de su posición y era, sin duda, caprichosa y pretenciosa; sin embargo, también sabía cómo ser cariñosa. Don que no poseía ninguno de los Malpighi, ni siquiera Giulio, el hermano menor de Celeste, el príncipe niño.

Tenía dos hermanos que no se podía decir que lo eran, algo que lamentaba.

Con un leve suspiro, dejó la carta en la caja, que escondió de nuevo bajo la cama. Se subió a un taburete y después de abrir la ventana miró a través del cristal, el único espejo de esa pobre habitación, para comprobar que llevaba bien el pelo y no pareciese despeinado a los ojos de la noble.

La princesa Augusta era todavía una mujer joven y guapa, pero su mirada arrogante, con las cejas siempre levantadas formando una arruga imposible de

alisar, y los labios estirados y con expresión de desaprobación le quitaban el brillo de la cara. Su rostro era demasiado claro debido al exceso de polvo, que en ese momento mostraba una expresión aún más oscura de lo habitual mientras esperaba a Gemma en su tocador.

—¡Por fin! —exclamó cuando entró la chica en la habitación.

Gemma se sonrojó un poco. No se entretuvo frente al cristal de la ventana, pero tuvo que disculparse mientras hacía una reverencia.

—Perdonadme, señora princesa.

La noble mujer hizo un gesto con la mano, una floritura con los dedos que solo significaba una cosa para sus sirvientes: silencio.

—Me enteré de lo de tu madre. Lo siento —dijo abruptamente, como si se sintiera avergonzada de transmitir sus condolencias a alguien tan inferior a ella—. Sin embargo, te he mandado llamar para un asunto de gran importancia.

¡Como si la muerte de su madre no hubiera sido de gran importancia! La mirada azul brillaba con ira, pero solo durante un momento. ¿De qué serviría enviar vulgarmente a esa señora al infierno? Era tan arrogante que no lo habría entendido e, incluso, hasta la habría echado de la mansión, impidiéndole que se llevara los recuerdos de Clara.

La chica bajó la cabeza, dejando que las largas y oscuras pestañas cubrieran su mirada.

—Necesito tus servicios para acompañar a mi hija a París y luego a su nuevo hogar en Inglaterra —dijo la princesa con tono firme, como si Gemma estuviera a su servicio y no tuviera más elección que obedecer.

—¿En Inglaterra?

—¿Eres un loro, chica? Espero que no repitas cada palabra que diga.

—No lo haré, señora princesa.

Augusta la miró con desprecio. No estaba segura de que el ama de llaves le hubiera hecho una buena sugerencia. Esa chica no parecía tan inteligente como le habían dicho y quién sabe si de verdad había estudiado en una escuela para señoritas en Verona, lo que le parecía inconcebible. Por supuesto, Brunato le había explicado que había entrado en la escuela como sirvienta, pero al parecer la directora la había acogido y la había ayudado a mejorar. Sin embargo, mirándola con atención admitió que tenía buena presencia. Si no hubiera sabido quién era y la hubiesen propuesto como institutriz en su casa,

con buenas referencias podría haberlo considerado.

—Como sabrás, mi hija se casará dentro de unos días y, con su marido, lord Sinclair, se irá a París. Más tarde, se instalará en Londres. Se había decidido que la acompañara la baronesa Sestrieri, pero mi prima tiene otro de sus líos y ya no le apetece hacer ese viaje —añadió la princesa apretando los labios por la decepción.

¡Solo de pensarlo se enfadaba! Esa estúpida mujerzuela la había traicionado en un momento muy delicado al negarse a ir. Solo tenía que quedarse en Londres unos meses, el tiempo suficiente para que la pequeña se estableciera y para que la madre condesa le encontrara una dama de compañía adecuada. En cambio, Maria Grazia se había atrevido a decirle que le estaba haciendo algo muy malo a su pequeña hija sacándola de su casa y obligándola a casarse con un inglés horrible, y que jamás se habría ido porque tenía la intención de casarse con el notario Aliberti, un simple burgués, avergonzando así a la familia.

¡Y después de todo lo que había hecho por ella!

La luz tormentosa de los ojos de la princesa hizo que Gemma se diera cuenta de lo enfadada que estaba con su prima. Quizás con razón, ya que le había hecho una promesa que luego incumpliría; a pesar de ello, el personal del servicio estuvo incondicionalmente de acuerdo con la amable y tímida baronesa Sestrieri. Desde que enviudó, se había recibido a la buena señora en la mansión como huésped, pero nunca como tal. Aunque almorzara en la mesa de los príncipes y participase en sus fiestas, seguía siendo una pariente pobre obligada a ir de un lado a otro para satisfacer los caprichos de sus benefactores. Todo el mundo en la cocina estaba contento de que hubiera encontrado un nuevo marido.

—Es demasiado tarde para buscar a otra persona de confianza con un mínimo de delicadeza, pero estás aquí y puedes ayudarme —volvió a decir con determinación la noble mujer.

Gemma la miró sin decir nada. ¿Era posible que la propia princesa Augusta le ofreciera tal oportunidad? Había estudiado para esto: para convertirse en institutriz o dama de compañía antes de creer que podía enseñar en el internado de la señorita Del Vecchio. Un sueño que se fue volando con su pobre madre.

—¿Qué respondes? —instó la señora, ya molesta por el breve silencio.

—Es un gran honor, señora princesa. ¿Debería quedarme unos meses en Londres con la princesa Celeste como su dama de compañía?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! No tengo intención de ofrecerte un trabajo tan importante —contestó la princesa con arrogancia, casi ofendida por el hecho de que esa chica se hubiera atrevido a suponerlo—. No estoy segura de que estés cualificada para ello y, además... ¿qué diría de mí la madre de lord Sinclair si supiera que le propuse a una chica de nacimiento incierto un papel tan importante junto a la esposa de su hijo? Solo quiero que acompañes a la princesa a Inglaterra y la ayudes a cuidarla. Después, la condesa madre buscará a una dama que se adapte a nuestras necesidades, así como le encontrará una digna criada personal. Una vez terminado tu trabajo, supongo que en cuatro o cinco meses, serás libre de volver a Italia, y, si has hecho bien tu trabajo, le pediré al ama de llaves que te busque algo que hacer en la mansión o en el palacio de la ciudad —concedió.

Aparentemente, solo era útil en un momento de extrema necesidad. «La hija de una criada», pensó la chica con amargura, «no puede aspirar a nada, ni siquiera a ser una criada personal, al parecer». Nació en el estrato equivocado, y para esas personas ignorantes y malvadas una persona como ella no valía nada. Probablemente, si la hubieran escuchado hablar francés o tocar la espineta, la habrían visto como un mono tratando de imitar las actitudes de la gente de clase alta. Sin embargo, aunque no le gustara, era consciente de que todo lo que podía hacer era sufrir.

La señorita Del Vecchio, que nunca había tenido pelos en la lengua, le había dicho muchos años antes que le resultaría difícil hacer un buen uso de su educación en el futuro, porque el mundo no giraba todavía como les habría gustado. Los estudios la habían enriquecido, por supuesto, pero a pesar de todos esos nobles presuntuosos, siempre habría seguido siendo la hija bastarda de una sirvienta.

Esas palabras se le revelaron tristemente solo una semana antes y, después de lo que acababa de decir la princesa Augusta, se imaginó que las excelentes referencias que había escrito su mentora con el elegante membrete de la universidad valdrían como garabatos en papel mojado.

El rencoroso deseo de rechazar la propuesta, dejando a la inestable noble en un estado de confusión, la sorprendió por un momento. Sin embargo, negarse solo le disgustaría a ella misma. No importaba que la oferta de ese trabajo naciera por necesidad ni que la princesa despreciara su rango social,

necesitaba trabajar y con ese viaje realizaría el sueño que creía imposible: visitar lugares lejanos.

Y así creyó que sería, antes de que atacaran el carruaje y antes de que asesinaran con crueldad a Celeste.

Lo que ningún otro habría hecho

Tristán bajó las escaleras que conducían al jardín y se detuvo para observar a la figurita vestida de negro sentada en un banco de piedra, con la espalda recta, la cabeza inclinada y las manos en el regazo atormentándose entre sí.

Consideró que para esa joven los últimos diez días habían sido aún peores que los anteriores, pues los fragmentos de su pasado habían empezado a unirse. Ella sabía que era lo correcto, que era un paso hacia la curación y que poco a poco su mente reabsorbería ese dolor, al igual que su cuerpo había absorbido las heridas; sin embargo, no toleraba verla en ese estado y saber que por la noche se despertaba gritando que Labelette estaba allí para matarla.

Metió la mano en el bolsillo del frac y cogió el objeto con los dedos. Pensó en buscar los pendientes que ella recordaba haber tirado al césped antes de fingir que estaba muerta. Solo había encontrado uno, parcialmente hundido en el suelo ablandado por la lluvia y luego endurecido por el sol, pero esperaba hacerla feliz devolviéndoselo. No estaba seguro, pero creía que tenía un apego particular a esas joyas, a diferencia de otras que le habían robado.

Y para ella, para su princesa del bosque, tarde o temprano encontraría al jefe de los bandidos.

Sabía que sería difícil, porque París era grande y era posible que el bastardo ni siquiera se escondiera en esa ciudad, pero Celeste había recordado tanto el nombre como el rostro marcado del asesino, y ambos detalles eran cruciales para quienes lo estuvieran buscando. Lo encontraría y mataría, pero antes le haría escupir el nombre del instigador de esa carnicería.

Antes de que ella girara la cabeza y lo viera, la admiró durante unos momentos más, con el corazón y la mente llenos de deseo; luego, con el rostro repentinamente entristecido al saber que nunca tendría a esa mujer, siguió andando.

Con un ligero temblor en las manos y el corazón palpitando en el pecho, Gemma observó cómo se acercaba el marqués. Iba sencillo, con un frac de tela marrón, pantalones de ante y botas por encima de las rodillas. La corbata no

estaba perfectamente anudada, como las que llevaba lord Sinclair, llevaba el pelo suelto y la barba le poblaba mandíbula y la barbilla, como si no se hubiera afeitado esa mañana. Seguramente, la señorita Del Vecchio lo habría considerado descuidado, pero para ella era magnífico.

Nunca se había sentido así... indefensa viendo, sintiendo e imaginando la presencia de un hombre a su lado. Nunca se había considerado tan tonta como ahora.

Tristán de Latour era un noble, inalcanzable para una mujer como ella. Si hubiera descubierto lo que era de verdad, probablemente la habría tratado como toda la gente de su clase: con superioridad y desdén. Colette le había dicho que era estadounidense, que había luchado por su país y que era un caballero muy diferente al viejo marqués, pero seguía siendo un noble, al igual que ella era una mujer del pueblo. Y una sirvienta seguía siendo sirvienta para cualquiera, hasta para un americano.

Ella le sonrió tímidamente e intentó consolarse pensando que, sin duda, su enamoramiento era solo un doloroso capricho que pronto pasaría. Después de todo, nunca había conocido el amor y no podía entenderlo. Sabía que su corazón latía más rápido cada vez que se miraban, sabía que le gustaría sentir el calor de sus brazos mientras rodeaban su cuerpo y sabía que le gustaría que sus labios no solo tocaran su mano cuando se despidiera de ella... ¡pero no podía estar enamorada!

—¿Cómo estáis, señora? —preguntó Tristán tomándole la mano.

—Muy bien, os lo agradezco —pero estaba enferma porque su corazón daba saltos mortales. Y estaba enferma porque les mentía todos los días fingiendo que aún tenía lagunas en su memoria.

Desde que se dio cuenta de que no era Celeste, había intentado varias veces hablar con él, pero no podía; y cada día, cada hora y cada minuto que pasaba se volvía más y más difícil.

Para todos, la condesa de Sinclair era la única superviviente de la emboscada. Sabía que el magistrado local ya había enviado una carta a un agente diplomático en París y que desde allí un mensajero seguramente partiría hacia Londres. En dos o tres semanas las malas noticias llegarían a la familia, la madre condesa le escribiría a la princesa Malpighi y... todo estallaría como una burbuja espeluznante.

Todavía no había recordado cómo podría haberle dicho al marqués que era

Celeste y, probablemente, dadas las circunstancias en las que lo había dicho, nunca lo habría recordado. Sin embargo, y esto sí que lo recordó, lo hizo una vez más después de hablar con el médico y, muy vehementemente, el día en que se despertó. Sus ropas y el hecho de que pudiera comportarse como una dama habían favorecido los malentendidos y estaba segura de que una vez que saliera a la luz la verdad nadie volvería a creer en su inocencia.

—Tan bien, me dicen, que os sentís lista para marcharos de aquí —dijo.

Por el tono, Gemma sintió una pizca de sarcasmo. Había sido ingenua al imaginar que podía ir en una diligencia. Le bastó mirar la expresión de asombro y escándalo de Madame Rochen cuando lo insinuó para comprender que el marqués nunca acompañaría a su invitada en un carruaje. Sin embargo, abandonaría el castillo de alguna manera antes de que se descubriera su identidad y buscaría trabajo en una ciudad lejos de allí. Por supuesto, nunca podría volver a Italia, pero una vez a salvo escribiría a la princesa Malpighi para explicarle lo que había sucedido y pedirle perdón.

—Creo que ya es la hora. Me gustaría volver a casa antes de que la mala noticia de la muerte de... de Sinclair llegue a mi madre. Sé que mis decisiones dependen de la aprobación del médico y de vuestra ayuda, pero puedo afrontar un viaje.

—Entiendo que estéis ansiosa por volver al seno de vuestra familia después de lo que ha ocurrido, pero me temo que debo decepcionaros.

Gemma apretó los labios, haciendo que se le hincharan las mejillas.

—Os pido perdón por mi insistencia, pero estoy bien y me gustaría irme a casa.

Tristán vio que su mirada se había vuelto brillante y pensó que con esa determinación le gustaba todavía más. No obstante, eso no significaba que estuviera preparada de verdad para enfrentarse a cientos de kilómetros en un carruaje y que le permitiera hacerlo sola.

—¿Cuál ha sido el objetivo de vuestros paseos hasta ahora?

La joven inclinó la cabeza hacia abajo sin responder. Entendía sus intenciones. Un par de días antes se había aventurado en el parque con Colette y aunque quería llegar al lago no lo había conseguido. Así que se sentó en el tronco de un árbol talado y se contentó con admirar esa extensión de agua desde lejos.

—En verdad no pensaba partir mañana —dijo.

—Me alegro, porque el doctor no os dará ninguna aprobación antes de unas semanas. He enviado un mensaje a vuestra madre y cuando lo reciba enviará a alguien de confianza para que os lleve. Nunca os dejaré ir sola.

¿Por qué había omitido esa hipótesis? Debe haber sabido que a una preciosa princesa no se le permitiría viajar sola, aunque estuviera en un carruaje digno de una reina y su escolta estuviera formada por un ejército. Se encontró con la mirada tranquila del hombre y estaba segura de que su decisión era irrevocable.

Si tan solo no hubiera perdido la memoria y hubiera podido pronunciar con orgullo su nombre: ¡Gemma, Gemma, Gemma! Un hombre como él nunca habría dejado abandonada a una mujer herida, fuera cual fuera su origen social.

—¿Os acordáis de ella?

—¿Habláis de... mi acompañante? —tartamudeó agitada. Cuando pensaba en Celeste, siempre la veía caer al suelo con la garganta cortada. Y era insoportable.

A Tristán le pareció intuir sus pensamientos y se arrepintió.

—Me refiero a vuestra madre.

—Sí, y la echo mucho de menos —contestó recordando el buen rostro de Clara.

—Es posible que los pendientes os los regalara ella y estaréis feliz de tenerlos de vuelta, aunque solo sea uno —dijo el marqués sacando la joya del bolsillo y mostrándosela.

Abrió los ojos de par en par, sin mover la mano para cogerlo. Esos pendientes habían despertado emociones opuestas en ella, pero ahora sabía que el que quedaría sería para siempre en su corazón. Ese hombre le había salvado la vida, pero era algo que cualquiera, en las mismas condiciones, habría hecho. Lo que nadie más haría, sin embargo, sería ir al bosque y buscar ese objeto para ella.

—Nunca sabré cómo agradeceréroslo —dijo con voz temblorosa de emoción.

—Hacedlo intentando no pensar en marcharos —respondió Tristán mirándola a los ojos durante un buen rato.

Una simple frase que ella le pareció casi una declaración de amor. Perdida en esa mirada dorada, dejó que la cogiera de la mano y le pusiera el pendiente

en la palma. Sintió una emoción de placer al sentir la calidez del hombre mezclada con el frío del metal y asintió, porque quedarse era lo que ella quería. Luego se recuperó, cerró el puño con el pendiente dentro y echó la mano hacia atrás.

—Habéis sido muy generoso... —susurró. Y temiendo llorar, cambió de discurso—: ¿Creéis que la persona encargada de informar a la condesa madre de la muerte de Sinclair ha salido ya de París?

—Es posible, pero uno de los primos de vuestro marido estaba en la capital cuando la embajada se enteró de su muerte y va a venir aquí.

Gemma gimió.

—Yo... ¡no puedo verlo!

¡No era justo! ¡Dios la odiaba y se estaba vengando por sus mentiras! Ese hombre le haría mil preguntas y no le podría hacer frente. Sabía muy poco de lord Sinclair, y aunque era cierto que Celeste a menudo se había desquitado con ella, siempre había sido para denigrar el carácter de su marido. Seguramente le habría hablado a su esposa sobre su familia y, en especial, sobre su madre. Información que, por supuesto, ninguna señora le diría a su criada. Pero no solo ignoraba la historia familiar del conde, excepto que el primer Sinclair había sido nombrado caballero en la Edad Media, ni siquiera sabía todo sobre su hermana, pues después de irse a Verona no la había visto en siete años.

—Entiendo que no será fácil para vos —continuó el marqués—. Es un extraño que probablemente quiera hablaros de su marido, pero tened la seguridad de que le explicaré la situación en la que os encontráis antes de que lo conozcáis.

«¡Díselo, díselo, díselo!», le gritó a su mente. «Díselo... y la campana de vidrio en la que te mantiene protegida se romperá». Pero no fue capaz de hacerlo.

Sin darse cuenta, el marqués le había ofrecido otra excusa para seguir mintiendo y esto le dio tiempo para encontrar una forma de escapar cobardemente de él antes de que se enterara de todo.

—Recuerdo que no me gustaba... —dijo de repente, pensando en revelarle al menos una parte de la verdad. Y no importaba si hablaba negativamente de un hombre que ya no existía. Lord Sinclair había muerto como había vivido, pensando solo en sí mismo. Murió sin extender una mano para proteger a su

esposa, prometiendo oro y joyas a los asesinos para salvar su vida. Siempre había considerado hipócrita pretender lamentar a los muertos que no merecían nada en la vida; él era uno de ellos—. No lo recuerdo todo, pero sé que era altivo y meticuloso —y robando las palabras de Celeste, continuó—: Dijo que no era lo suficientemente refinada y que su familia era del siglo XII o XIII, como si yo hubiera nacido en un establo. Pero nunca me maltrató.

«Y así su pequeña princesa se había visto obligada a soportar el matrimonio habitual de conveniencia», pensó Tristán sintiéndose irrazonablemente feliz de que no hubiera estado enamorada de su marido.

—¿Teméis que su primo sea como él?

Tembló, levantó la cabeza y asintió.

—No os tenéis que preocupar por ese hombre, señora. ¿Puedo sugeriros que entréis? Está refrescando fuera —dijo Tristán con suavidad quitándose el frac y colocándolo sobre los esbeltos hombros de la joven. Y mientras ella sonreía agradecida y apoyaba la mano sobre su brazo, se encontró sintiendo una estimulante sensación de alegría que, sin embargo, duró solo un momento.

Su princesa no había amado a su marido, pero eso no cambiaba las cosas, pues no era un hombre libre. Estaba prometido con Helena, y su compromiso con ella iba más allá del honor, también era una cuestión de gratitud.

Tristán conoció a su prometida desde que nació, porque las propiedades de sus padres eran vecinas. Siendo tres años mayor que la chica, había sido como un hermano mayor para ella hasta que, entrando en ese delicado período de edad en el que todo hombre se vuelve aventurero y romántico, descubrió en ella una chica encantadora a la que amar.

Poco antes de partir, tras la llegada del ejército del general Washington, le juró amor eterno. Eran demasiado jóvenes, su país había sido arrasado por la guerra y el padre de Helena, sir Richard Philpeters, era un monárquico fiel.

En las colonias, todos se habían puesto de parte de uno u otro lado. Los amigos se habían convertido en enemigos y hermanos lucharon contra hermanos. Lo mismo les pasó a sus dos familias, amigos desde tiempos inmemoriales, y cuando se fue ni siquiera pudo despedirse de su amor, pues Philpeters, después de insultarlo como rebelde y traidor, lo echó abruptamente de su casa.

Siguieron años muy duros. Muchos hombres, como su padre y sir Richard,

murieron por sus ideales y muchas de sus propiedades quedaron destruidas.

Cuando Yorktown fue finalmente conquistada por los americanos en 1981, armado con la fuerza de voluntad y los entonces escasos ingresos de una fábrica de madera, que milagrosamente permaneció en su poder, empezó a reconstruir la casa familiar que habían incendiado los británicos más de un año antes. Poco más que una cabaña al principio, pero que había dado cobijo a su familia y a la señora Philpeters, ahora viuda, sin medios de sustento y sin el consuelo de tener a su hija al lado, pues unos años antes Helena se había casado con un mayor de los húsares y le había seguido a los estados del sur.

Sus finanzas mejoraron considerablemente y la casa se terminó cuando, a finales del verano de 1982, Helena, que también era una viuda reciente, regresó a la ciudad. Se había convertido en una mujer encantadora y se había sentido muy atraído por ella, pero pronto se dio cuenta de que en realidad no sentía nada. Ya no era el chico del pasado. Esos difíciles años de guerra lo habían atenuado, y la traición de Julie, una mujer a la que había amado y que no había dudado en entregarlo a los británicos, le había vuelto escéptico. Pero ese mismo escepticismo que le había llevado a creer que no necesitaba amor, junto con lo que consideraba una deuda de gratitud por la ayuda que la señora Philpeters había dado a su madre y a su hermana en tiempos de gran necesidad, le había impulsado a pedírselo como esposa.

Solo le llevó unas pocas semanas entender que su amistad ya no renacería de los escombros de aquellos años y que ella nunca se convertiría en la esposa que él quería. La guerra también había cambiado a Helena, y la chica dulce y sensible, casi tímida, se había convertido en una mujer dura, codiciosa, caprichosa y egoísta. Ella nunca le había confiado su difícil vida tras la estela de un oficial inglés vagabundo. Era posible que, como muchos otros, hubiera sufrido de hambre, pero ahora parecía querer rivalizar con ella misma, y era codiciosa con todo: ropa de lujo, reuniones, fiestas y mil otras cosas.

Tenía una mujer a la que no amaba y que no lo amaba, pero que siempre estaba dispuesta a entregarse, como si temiera que pudiera cambiar de opinión. Su relación íntima estaba hecha de deseos que culminaban en momentos de pasión violenta, que parecían satisfacerla mucho, pero no había nada más. No había miradas que se persiguieran, no había necesidad de tocarse solo para disfrutar de ese placer y no había momentos de serena dulzura.

Helena era su amante, pero no su compañera.

El honor nunca le habría permitido retirar su palabra, pero el hecho de que no pudieran casarse inmediatamente debido al luto le había aliviado en parte. Cuando su abuelo falleció, se marchó a Francia decidido a tomar un descanso de esa extraña relación que pesaba cada vez más sobre él y que le sujetaría el cuello como una soga durante toda su vida. Pero ella lo había seguido después de unos meses, acompañada por lady Philpeters, que no podía negarle nada a su hija.

Durante esas primeras semanas en el castillo, parecía una gatita necesitada que estaba estudiando su nuevo hogar, y en ese momento surgió su verdadera personalidad. Después de una visita a París, contagiada por la brillante vida social que reinaba en la capital, Helena había insistido en quedarse gracias a la amabilidad de *tante* Marie, una antigua prima del difunto marqués, que la había encontrado original y moderna, y llevaba viviendo en el palacio de Latour casi tres meses.

Cada vez más a menudo, Tristán se preguntaba cómo podría enfrentarse al futuro con esa mujer. Ahora más que nunca, después de haber visto a su princesa.

Pero no era el momento de pensar en ello, al igual que Celeste no tenía que preocuparse por una reunión que no debería importarle.

Sir George Moore

Gemma ni siquiera tuvo tiempo de acostumbrarse a la idea, ya que el primo de lord Sinclair llegó al castillo tres días más tarde por la mañana en un elegante carruaje de viaje con su esposa. Le siguieron seis sirvientes en un segundo carruaje cargado de equipaje y una escolta de una docena de hombres de armas.

Observando la llegada de ese notable convoy desde una de las ventanas del primer piso, la joven mujer pensó que esos caballeros tenían que tener hábitos caros más parecidos a los de la princesa Augusta en lugar de a los casi frugales del marido de Celeste. Y mientras los dos subían la escalera de piedra donde los sirvientes del marqués estaban alineados para recibirlos, pensó que la señora quizás pertenecía a una familia aún más importante que la de los Sinclair, porque era tan altiva que parecía que pertenecía a la realeza. El hecho de que lady Moore estuviera cargada de joyas le hizo pensar que su marido no debía tener los mismos reparos que el conde fallecido a la hora de mostrar sus riquezas en el camino, y recordó, con un toque de ira, que la pobre Celeste ni siquiera había podido llevar su anillo de bodas.

Sir Moore era un hombre de mediana estatura con tendencia a la obesidad. Parecía que la ropa bajo su elegante capa estaba hilada en oro y se movía con pasos pequeños como si estuviera bailando.

Cuando el marqués de Latour se reunió con ellos, Gemma, consciente de que no era muy caritativa, no pudo evitar hacer una comparación entre los dos hombres: el primero era alto y fuerte, tan masculino en su facilidad de movimientos y en su manera sencilla de vestir, mientras que el otro parecía ser uno de esos perritos falderos que las damas decoraban con cintas y collares de diamantes.

Vio que una mujer que acompañaba a lady Moore miraba con curiosidad a su alrededor, y antes de que levantara la cabeza y se diera cuenta, se retiró de la ventana. Seguramente, si la hubieran visto, les habría resultado muy extraño que los espicara desde una ventana en lugar de encontrarse con ellos. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. ¿Cómo había podido fingir que era una princesa con esa gente? También podía hacer parecer que no tenía memoria,

pues nadie podía pasar por su mente para averiguar si era verdad o no, pero a pesar de los buenos modales que había recibido y los ejemplos que siempre la habían inspirado, los modales de estas personas eran más caballerosos de lo que ella era capaz de imitar. Sintiendo un escalofrío, pensó que entenderían al instante que era una fanfarrona y que, tal vez, hasta sospecharían que pudiera ser cómplice de los bandidos, ya que ella era la única superviviente del ataque.

Regresó a la habitación rápidamente y hasta que Colette fue con ella pasó el tiempo preguntándose qué podía hacer y cómo comportarse.

—Si me lo permitís, debo preparar el vestido para la cena, señora —dijo la chica sacando del armario el vestido de noche que habían arreglado para ella esos días. Luego suspiró con un poco de desánimo—. Lástima que solo podáis vestiros de negro. Cuando llegó, lady Moore parecía un pájaro del paraíso. Nunca he visto a una señora tan elegante. Nunca.

—Yo también los he visto llegar.

La pequeña sirvienta alisó la seda de la falda y sonrió.

—Vuestro vestido también es muy bonito. Y como no tenéis ninguna joya para alegrarlo, podréis poneros una cinta de color en el pelo. Un color discreto, tal vez.

—Lo sé, el negro no me queda bien —y al ver la cara de la chica, sonrió—. Puedes estar tranquila, no me has ofendido. Tal vez si fuera rubia o pelirroja, como lady Moore, sería otra cosa.

—Sí, el negro se vería muy bien en la señora inglesa, y quizás...

Se detuvo. Gemma la miró con aire de interrogación.

—Perdonadme, pero he oído decir a Annette que, aunque magnífica, la ropa que han usado los caballeros ingleses para el viaje era demasiado deslumbrante para la situación en la que estamos. Es decir, lady Moore llevaba un vestido de viaje amarillo. ¡Amarillo! —comentó—. Y parecía una sopera dorada. Siendo parientes de lord Sinclair, ellos también deberían vestir de luto.

Gemma estuvo a punto de reírse, pues antes la había comparado con un perro faldero. Sin embargo, se contuvo.

—Las noticias fueron repentinas, no estaban preparados.

«Y en todos esos baúles que llevaban no había nada gris», pensó Colette.

—Seguramente así fuera —dijo después lamentando haber hecho ese comentario. La condesa era muy amable y sencilla, pero seguía siendo una princesa de nacimiento y, no sabía por qué, ciertas formas de hacer las cosas se toleraban más entre la gente de alto rango.

Sin duda, Gemma pensaba que Colette tenía razón. El vestido de lady Moore, bajo un manto de color óxido, era de un hermoso amarillo ocre, y parecía imposible que la señora no hubiera encontrado nada más discreto que ponerse en esa ocasión. Era probable, entonces, que el parentesco de los Moore con los condes de Sinclair fuera muy lejano y que la pareja hubiera salido de París solo por una obligación social. Quién sabe, tal vez en la capital tendrían muchos amigos y habría corrido el rumor de que no habían visitado a la viuda del conde de Sinclair.

Considerando que podía ser así, se tranquilizó un poco y dejó a un lado los pensamientos sombríos que la habían acompañado hasta que llegó Colette, junto con el loco plan de una escapada nocturna que había planeado y que se había derrumbado como un castillo de naipes gracias al razonamiento. Sin embargo, aún no estaba preparada para conocerlos.

—No creo que vaya a bajar a cenar esta noche. Supongo que mañana será un día más favorable para nuestra reunión.

—Avisaré de ello, señora Condesa.

Cuando Colette salió, apareció de nuevo en la mente de Gemma la maldita sopera dorada y empezó a reírse. Una risa liberadora que se repitió varias veces. No se había reído desde que murió su madre.

Poco después, Madame Rochen entró en la habitación.

—Me han dicho que no deseáis bajar a cenar. ¿No estáis bien? ¿Queréis que informe al marqués?

—Estoy bien. No os preocupéis, por favor.

—Lady Moore expresó su deseo de haceros una visita —dijo el ama de llaves—. Estaba muy preocupada por vuestra salud después de que el marqués les contara por lo que habéis pasado.

Madame Rochen había recibido a esa noble mujer a su llegada y, de hecho, le parecía que nada le preocupaba más que recibir su equipaje lo antes posible para cambiarse. Se dio cuenta de la mirada de la condesa y sonrió con aire materno, consciente de cómo se sentía ante la idea de encontrarse con los familiares de su difunto marido después de aquella tragedia.

—Por supuesto, podéis recibirla mañana, pero quizás una reunión en la cena con el marqués presente sería más fácil.

—Lo pensaré, gracias. Y si lady Moore insiste en visitarme, decidle que estoy descansando.

Gemma la vio salir, llamándose a sí misma cobarde. Postergar esa reunión, después de todo, ha sido inútil. Incluso si se hubiera encerrado en su habitación durante días, estas personas no habrían salido del castillo sin verla. Al final pensó que bajaría a cenar y trataría de causar una buena impresión. Sería Celeste, solo ella, sin imitar como un mono a la princesa Augusta o a lady Moore.

Mucho más tarde, cuando le dieron el vestido, se dio cuenta con asombro de que ya no era el mismo. Era de seda azul oscuro, con el corpiño cuadrado de escote rematado con encaje azul oscuro. El mismo que adornaba las mangas.

—Desafortunadamente, vuestro vestido estaba roto y la chica del guardarropa lo ha remediado con esto. Madame Rochen pensó que por una noche el azul podría reemplazar al negro y que la nota de color del encaje podría seguir siendo aceptable. Espero que no os importe.

—No pasa nada, además... no tengo palabras para agradeceréoslo. Todos habéis sido buenos y generosos.

Colette estaba orgullosa por ese cumplido.

—El trabajo se ha hecho muy rápido y quizás tenga algunos defectos, pero el encaje y el bordado de la parte delantera los esconderá muy bien. Para esta noche, la señora inglesa ha elegido un vestido de raso verde esmeralda y, por lo tanto...

Una frase sin terminar que decía mucho. Quizás su vestido no estaba roto y la amable ama de llaves, que se había encariñado con ella, se había asegurado de que no quedara mal delante de esos invitados arrogantes.

Finalmente, distraída por el pensamiento de lo que la esperaba, Gemma se dejó vestir y peinar, y cuando Colette sacó del bolsillo de su delantal una cinta de encaje igual a la que adornaba su vestido, se encogió de hombros. ¡Al diablo con todo! Si un pariente de lord Sinclair se permitía vestirse de amarillo o verde esmeralda, podía ponerse una cinta azul en el pelo. Y estaba justificado, pues nada de lo que llevaba era de su elección, ya que no le quedaba nada.

Se estaba mirando en el espejo cuando el marqués llamó a la puerta.

Gemma sabía que no era costumbre que un hombre visitara a una señora a su habitación, tampoco a una señora decente, pero había estado confinada allí durante dos semanas antes de poder andar, y las visitas del marqués se habían convertido en habituales. Una costumbre maravillosa.

Tristán quedó deslumbrado al ver a Gemma, guapísima en ese sencillo vestido de seda. Su brillante cabello oscuro, sujeto en la nuca con una cinta azul, parecía brillar a la luz de las velas, y sus ojos, iluminados por una extraña luz, parecían zafiros centelleantes. Hasta ese momento la había visto vistiendo ropa pesada o ropa que, aunque modelada según su figura, no era adecuada para una mujer joven. Pero el escote del corpiño ahora revelaba una piel blanca y lisa y un pecho perfecto.

«Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida», pensó. Y ella era la mujer que le habría gustado tener con él para siempre.

Ignoró a la joven sirvienta, que pasaba junto a él con la cabeza baja para salir, y se acercó, deteniéndose entonces a un paso de ella, quien, completamente inconsciente de lo provocativo que podía ser, levantó la cabeza y entreabrió los labios, como si estuviera esperando.

Todo lo que Tristán quería en ese momento era tenerla en sus brazos y besarla. Levantarla, ponerla en la cama, desvestirla y amarla. Amarla, no llevarla con la pasión que nace de la necesidad física. Quería disfrutar tranquilamente de la dulzura de su piel y quería mirarla a los ojos cuando la hubiera poseído. Pero, maldita sea, no podía. Así que no hizo nada de lo que hubiera querido y después de hacer una reverencia le cogió la mano para besarla.

Gemma se dio cuenta de que quería desesperadamente que la besaran en el momento en que se dio cuenta de que no iba a suceder.

—Estáis preciosa, señora.

Si cerraba los ojos, todo era verdad. Ella era una princesa y él... él era el hombre que podía permitirse amar.

Tristán la volvió a mirar durante bastante tiempo, y luego dejó su mano.

—¿Os preocupa conocer a mis invitados?

—Sí, me preocupa. Sinclair era un hombre que estaba orgulloso de su nombre y posición, e imagino que su familia no es diferente.

—¿No recordáis si vuestro marido os habló de ellos?

—¡No! —exclamó Gemma a la defensiva.

El marqués asintió.

—Todavía tenemos tiempo antes de la cena. ¿Os gustaría hablar de ello?

Era educado y comprensivo, y a ella le habría gustado mucho confiar en él. Quizás entendiera sus motivos y la protegería de nuevo. Quizás...

«Ilusa», dijo una vocecita en ella. Era ingenua si pensaba que podría pasar. El marqués podía ser un hombre generoso, pero no la perdonaría porque nada era peor que un engaño mantenido en el tiempo.

Era demasiado tarde para hablar. A estas alturas, solo podía poner a prueba la historia de Celeste para que entendiera, al menos en parte, las razones por las que temía que se produjera ese encuentro.

—Crecí en el campo y mi vida estaba repleta de clases con mi institutriz, paseos por el lago y algunos bailes en residencias cercanas. No me relacioné mucho con la sociedad antes de casarme con Sinclair. Dijo que debería aprender a comportarme bien cuando estuviéramos en Londres. Nunca ocultó que nuestra forma de vida en Italia era diferente a la suya.

—La habitual arrogancia inglesa. Y ahora tendréis que enfrentaros a dos representantes de su círculo sin su apoyo —dijo de una forma tan dulce y con esa voz tan profunda que la hizo soñar—. No debéis sentir os incómoda. Sois perfecta, bella, elegante, inteligente... —«y preciosa», pensó mirándola con ternura. Tan preciosa que la protegería a cualquier precio.

Viendo a la increíble pareja de pavos, Tristán se había preguntado si tenía que hablar primero con ellos. No podía evitar pensar que habían llegado demasiado rápido.

Por supuesto que podría haber muchas razones por las que alguien quisiera matar al conde, pero el hecho de que esos asesinos también quisieran matar a la condesa canalizó la historia hacia un solo escenario: los celos familiares. El conde acababa de casarse y su joven esposa podría haberle dado un heredero varón muy pronto. Esa misma tarde, Moore mencionó muy discretamente que él mismo era el heredero de Sinclair. Fue un comentario al azar, como si, después de todo, no le importara la nueva condición a la que ascendería, ya que tenía suficiente dinero y propiedades para satisfacer a muchas generaciones venideras.

El dinero, sin embargo, no es un título.

Por eso, Tristán tenía la intención de vigilar a sus invitados y, cuando les contó las condiciones en que se encontraba Celeste, prefirió decir que la condesa no había visto nada durante la emboscada y que había estado inconsciente todo el tiempo.

Lady Moore parecía la típica mujer tonta aristocrática que solía acudir a las recepciones. Sin embargo, estas mujeres tontas solían ser mujeres inteligentes y ambiciosas, al igual que Helena. Su marido parecía un hombre tranquilo y sumiso, pero no era la primera vez que hombres así ocultaban personalidades retorcidas.

—Vos sois la condesa de Sinclair y vuestro padre fue un príncipe —añadió el marqués posponiendo esos pensamientos para otro momento—. Eso no es poca cosa. Siempre estaré cerca de vos, os lo prometo.

Después de esas palabras, Gemma se relajó. Era muy fuerte y resuelto. Y... ¿no era eso lo que ella misma le había dicho a Celeste unas semanas antes?

—Tenéis razón, señor. Estoy... lista para conocerlos.

Era la hija de un príncipe. ¡En verdad era la hija de un príncipe! Antes de entrar en la sala de estar donde los familiares de lord Sinclair los esperaban, Gemma no paró de repetírselo, y cuando ese hombre tan elegante se encontró con ella, consiguió ofrecerle la mano con gracia.

—Soy George Moore, el primo de Sinclair —dijo el hombre haciendo una reverencia antes de besarle la mano, expresándose en un francés casi perfecto—. Encantado de conoceros, querida, aunque el momento no sea feliz. Permitidme presentaros a mi esposa, lady Amelia.

Un saludo impecable. Sir Moore parecía ser un hombre amable y gentil, muy diferente del marido de Celeste. Aunque más robusto, se parecía mucho a lord Sinclair, pero con una mirada mucho más amable, lo que le daba serenidad. Tal vez no habría sido tan terrible esa experiencia, se dijo Gemma con más calma e incluso se avergonzó de haberse reído de él. Pero entonces miró a la bella y muy elegante señora sentada en un sofá y ese breve momento de tranquilidad desapareció.

Lady Moore tenía una mirada aguda y fría, y en el momento siguiente, mientras se inclinaba hacia adelante y extendía lánguidamente la mano, se sintió segura de que la iba a juzgar.

—Mi querida Celeste, puedo llamaros así, ¿no? ¡Qué terrible desgracia

hemos tenido! No puedo imaginarme vuestro sufrimiento. Pero estaremos cerca de vos.

En el colegio de la señorita Del Vecchio había conocido a muchas chicas de la sociedad, todas con su propio carácter particular. Le llevó algún tiempo, pero Gemma había aprendido a distinguir entre chicas sinceras y mentirosas. Sabía, por lo tanto, que las palabras que había pronunciado esta señora de porcelana, que ni siquiera se había levantado para fingir que la abrazaba, no eran sinceras.

Era con esa mujer con la que tendría que lidiar. Era a ella a quien tenía que demostrar que era una princesa.

—Os lo agradezco —respondió educadamente, pero con un toque de soberbia, muy elegante, mientras el mayordomo anunciaba que la cena estaba servida. Entonces, con mucha gracia, concedió la mano a sir George, que se había inclinado un poco para invitarla a seguirlo.

9

Lady Moore

—¿Qué pensáis, mi amor, de la viuda de Sinclair? —preguntó sir George a su esposa cuando más tarde se retiraron a los aposentos que les habían asignado.

Amelia suspiró levemente. Moore la miró desde el umbral que conectaba las dos habitaciones y esperaba haber despertado en ella el deseo de hablar de Celeste. Se despidió de la criada y se llevó dos dedos a la sien.

—¿No preferís hablar de ella mañana? Me duele un poco la cabeza y el viaje me ha cansado mucho. Esas horribles posadas con habitaciones húmedas me han destrozado. Si no hubierais tenido tanta prisa por transmitir vuestras condolencias a esa mujer...

—Lady Sinclair, no lo olvidéis, Amelia —respondió con ironía.

—¡Está bien! Pero espero que admitáis que aunque hubiéramos llegado aquí una semana más tarde, nada habría cambiado. Celeste no se habría ido a ninguna parte. La hirieron y... perdió la memoria. ¿No os parece absurdo? —añadió levantando la cabeza. Pero como no esperaba respuesta al comentario, continuó—: ¡Admitidlo, os lo ruego!

—¿Por qué negarlo? Tenéis razón, pero al menos encontré un buen vino en esas horribles posadas, —continuó mientras se adentraba en la habitación, acercándose tanto a ella que podía tocarle el cuello con una mano en un gesto íntimo y sensual.

Su esposa apretó un poco los labios y él se retiró, aunque no parecía ofendido.

—Quería vuestra opinión como señora experta que sois. Charles me contó por escrito que la futura lady Sinclair era poco más que una pequeña maleducada. ¿Lo recordáis?

Amelia recordaba bien la carta que les había llegado a su casa de Londres unos meses antes. Sí, a partir de esa carta entendieron que la princesita era una niña sencilla, criada lejos de la sociedad y de sus obligaciones.

—Pienso que es igual que vuestro primo. ¿Pero no os parece que es también una mujer culta?

—Que haya hablado de los escritos de Rousseau no significa que lo sea de verdad. Pero es raro, Charles la consideraba una chica tonta agradable y vivaz.

—Sé que erais más amigos que primos, pero seguramente no pudo contaros todo en unas pocas hojas de papel. Además, apenas la conocía y no podía saber todo sobre ella —respondió Amelia.

—Por supuesto. Sin embargo, Celeste ha intentado compensarlo. Mi primo debe haberle dicho que no hable de estas cosas con la sociedad, así que podemos perdonarla —añadió George con ese tono educadamente irónico que molestaba mucho a su esposa.

—En realidad, no creo que esa mujer sea capaz de entender nuestro estilo de vida y sus reglas. Charles no debería haberse casado con ella —respondió Amelia con decisión—. No entiendo cómo un hombre como él pudo haber imaginado presentar a esa simplona en la sociedad.

—¿No exageráis un poco, querida?

Amelia se encogió de hombros.

—Muy bien, tal vez con la ayuda de la condesa madre habría podido causar una impresión decente —admitió de mala gana—. Es... encantadora.

—Es bella y tiene un título prestigioso.

—Por el amor de Dios. Europa está llena de príncipes sin una guinea.

—Pero también tiene una fortuna. Una heredera, según Charles. Escribió que la princesa Malpighi le había concedido una dote extraordinaria. Si Celeste se decidiera a venir con nosotros a Inglaterra, tendría mucho éxito y se podría, como ya hizo mi primo, disimular su... falta de refinamiento. Creo que la considerarían muy interesante. Se dice que el carácter de las mujeres del sur es mucho más feroz que el de nuestras delicadas señoras inglesas. Quizás recordéis a la increíble duquesa española que enloqueció a lord Taylor en Viena.

Amelia resopló:

—Sea como fuere. ¿Pero por qué debería venir a Londres? Imagino que su familia enviará a alguien a recogerla en cuanto tenga noticia de la desgracia.

—Quizás porque tiene derecho a hacerlo, siendo la viuda de Charles, y porque... tal vez, su familia no la quiera.

—¿Qué quieres decir?

—No os he hablado de ello, pero recibí otra carta de mi primo. Temía que la princesa Malpighi quisiera encubrir un escándalo. Quizás nuestra bella y pálida princesa morena tenga algo que esconder. No obstante, me escribió que me lo contaría todo al volver a Londres.

Amelia sacudió la cabeza.

—¡George, es imposible! Aunque tuviera muchos defectos, Charles siempre mantuvo su honor y el de su familia como para aceptar el compromiso

—Mi primo estaba casi arruinado, Amelia, unos años más y a su heredero solo le quedarían los bienes inalienables.

—No me lo puedo creer.

—Creedlo, querida. Lo conozco bien. Después de todo, soy su primo y le he salvado bastantes veces de la cárcel por deudas y, como debéis saber, soy su heredero, siempre que la princesa no esté en dulce espera.

Amelia lo miró sorprendida.

—Dios mío, ¿creéis que podría estar embarazada de alguien que no sea Charles?

George hizo una mueca que transformó completamente su rostro benévolo.

—Espero que no. Conociendo bien a Charles, estoy seguro de que con esas condiciones no le habría bastado ni todo el oro del reino. Sin embargo, si no se hubiera dado cuenta... —miró pensativo a su mujer durante unos segundos—. Pensé, mi amor, que Celeste podría encontrar en vos una amiga durante los días de nuestra estancia. Quizás así sería más fácil para que confesara.

—¡Oh, por supuesto, querido! Terminaré contándome sus problemas y quizás me confiese que los Sinclair podrán contar con un bastardo como cabeza de familia en los años venideros. Siempre que, naturalmente, lo recuerde —respondió con amargura al levantarse de la silla sin darse cuenta de la expresión rígida y casi cruel de su marido.

Sin embargo, la voz del hombre era tranquila y su cara se relajó cuando se dirigió de nuevo hacia su esposa:

—Digamos que me gustaría tener más información sobre la viuda de mi primo, por eso cuento con vuestras habilidades diplomáticas. Perdonadme, mi amor, si os he forzado a permanecer despierta con mi charla. Ahora os dejo descansar.

Amelia no tenía ningún deseo de convertirse en la confidente de esa gata muerta, pero sabía lo bastante sobre su marido como para saber que era una orden. Asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa demacrada después de que le besara la frente, feliz de que al menos no le hubiera pedido quedarse con ella. No quería a George, nunca lo había amado, y era un sacrificio para ella cumplir con sus deberes maritales.

Llamó a Benson, su criada, para que la ayudara a desvestirse y se fue a la cama, pero no podía dormir.

Por lo que sabía, George nunca había querido el título de su primo, del cual era el primero en la línea de sucesión. Después de todo, poseía una gran riqueza y no necesitaba ningún título para que le recibieran. Pero ciertamente no dejaba que nadie usurpara su lugar legítimo.

En cuanto a ella, no podía negar que después de enterarse de la muerte de Charles a menudo se había imaginado a sí misma como condesa. Normalmente, ese pensamiento, a pesar de que ya era una de las mujeres más prominentes de Londres, la satisfacía mucho.

Pensó en Celeste con un poco de irritación. George tenía razón. Era bella, rica y, sobre todo, una princesa. Amelia ni siquiera podía imaginar cómo sería su futuro si pudiera contar con ese título y esa riqueza. Seguramente su juventud habría sido más animada y brillante que la que había tenido, porque a las herederas con título se les permitía casi todo. Habría contado con miles de admiradores, ya que, sin su falsa modestia, podía decir que era bella. En resumen, podría haber elegido entre duques y marqueses, sin sentirse obligada, como lo había estado, a aceptar la oferta de matrimonio de George.

Procedía de una familia de la nobleza de pequeños terratenientes. Había crecido en una hermosa casa de proporciones moderadas en Yorkshire, pero sus padres se vieron obligados a ganar mucho dinero, ya que tenían ingresos limitados y la familia era grande.

Al igual que pasó con sus dos hermanas mayores, también estaba destinada a casarse con cualquier señorito del lugar y criar un montón de niños con él. Pero eso no era lo que quería.

Su aspiración era tener a un hombre poderoso a su lado, alguien que la hiciera vivir una vida de ensueño en Londres, en una casa con muchos sirvientes. Un hombre tan rico que le permitiera tener joyas en cantidad y un armario tan surtido que no le obligara a llevar el mismo vestido dos veces. Soñaba con tener un hombre con un nombre tan importante que le permitiera frecuentar la crema de la sociedad para hacer de ella una de las mujeres más prominentes de Londres.

Un hombre que, sin embargo, no aparecería por arte de magia frente a su puerta y al que solo podría encontrar en las recepciones de la capital. Para conocerlo, tendría que residir unos meses en Londres.

Convenció a su madre para que escribiera a su querida amiga, lady Parson, para pedirle que patrocinara su debut, y esta contestó que estaría encantada de ocuparse una vez más de una joven, ya que había casado con éxito a tres hijas.

La señora, que tenía muchas amistades y podía elegir cada noche entre dos o tres recepciones, la había llevado a todas partes, presentándola a los jóvenes que consideraba aceptables y manteniéndola alejada de aquellos que consideraba peligrosos o demasiado altos para ella. Le recomendó enseguida que no soñara con duques y marqueses porque, aunque era muy bella, no tenía una dote que pudiera considerarse al menos discreta. No esperaba poder elegir para su protección a alguien más importante que un barón, pero pensaba que había fiestas interesantes y estaba segura de que al final de la temporada le darían buenas noticias a su madre.

Su temporada casi había terminado cuando sir George Moore regresó a Londres después de un largo viaje al continente. Tenía treinta y seis años, diecisiete más que ella; no era alto, no era guapo, pero era uno de los hombres más ricos del reino y la visitó solo tres veces antes de pedirle que se casara con él.

Amelia no dudó ni por un momento cuando lady Parson, toda emocionada, le habló de las intenciones del hombre. Había cumplido los sueños románticos de su corazón y se casó con George casi sin arrepentirse. Después de todo, era el hombre con el que había soñado. Por supuesto, tenía que soportarlo en la cama, pero como le había dado tres hijos que le habían asegurado su descendencia, ya no era tan asiduo.

Suspiró lentamente. Por supuesto, si también pudiera asegurar a sus descendientes un título...

Tal vez George tenía razón. Mejor asegurarse del estado real de Celeste, que, de hecho, podría estar esperando ya un hijo, sea o no un bastardo. La criada que tuvo en su juventud se había casado con un francés y conocía el idioma lo suficiente como para hacer algunas preguntas a los sirvientes del castillo. Sería fácil para ella averiguar si la princesa estaba en un estado interesante o no.

10

Noticias desde París

—Perdonadme... —dijo Madame Rochen asomándose a la puerta del estudio, donde, sentado detrás del escritorio, el marqués estaba leyendo una carta.

Levantó la cabeza y amablemente la invitó a entrar, pero la buena mujer dudó de todos modos, preguntándose si había elegido el momento equivocado. El joven, de hecho, tenía la cara tensa mientras rompía el papel que tenía en las manos y lo tiraba a la basura.

—Os lo ruego, entrad —repitió Tristán.

La mujer cerró la puerta tras ella y después de acercarse a la mesa cruzó los brazos.

—Me pedisteis que os avisara si vuestros invitados hacían alguna pregunta sobre lady Sinclair, y la criada de lady Moore hizo algunas —dijo con indecisión.

—¿Qué clase de preguntas?

—Muy personales, señor marqués.

Arrugó la frente.

—¿Qué queréis decir?

—Muy... femeninas, quiero decir.

—¿Me estáis diciendo que lady Moore quiere saber si la condesa está esperando un hijo?

La señora Rochen suspiró profundamente, considerando que el marqués era muy perspicaz y que habría preferido no hablar de temas tan vergonzosos con un hombre.

—Sí, así es.

—Y... ¿hay algún indicio que indique ese estado? —preguntó Tristán

sintiendo un peso molesto en el corazón.

—Ninguna, señor. Pero... tal vez pronto lo haya. Su marido falleció hace casi un mes.

—¿Qué influencia podría tener la criada de lady Moore en la sirvienta que cuida de lady Sinclair? —preguntó Tristán después de reflexionar un momento—. ¿Existe la posibilidad de que acepte dinero a cambio de información?

El ama de llaves le miró con expresión claramente ofendida.

—Sé bien, señor, que conocéis al personal de servicio desde hace pocos meses, pero todos ellos siempre han sido fieles al difunto marqués, aunque pensasen que estaba equivocado. ¡Y son leales a vos!

—Os pido que me disculpéis, no pretendo desafiar a ningún miembro del personal de servicio, pero el motivo es importante. ¿Es posible que la chica, sin malicia, diga algo que no deba?

—Pondría mi mano en el fuego por ella. Colette es una chica buena e inteligente que adora a la condesa. De hecho, acudió a mí de inmediato para decírmelo. No mordió el anzuelo cuando esa mujer quiso hacerse su amiga y ni siquiera es del tipo que corre a la cocina para decir cosas que no le conciernen. Os aseguro que dirá o... callará lo que queráis, señor marqués.

—Bien. Mis invitados no tienen que saber nada, si hay o no hay... indicios. ¿Entendido? —añadió mirándola con intención.

La señora Rochen asintió impresionada. Había algo sin aclarar en la emboscada a los Sinclair, ¿estaban los Moore involucrados? Pensó, por lo tanto, que recomendaría una vez más a Colette que tuviera cuidado y, sobre todo, que no se perdiera los comentarios de otros sirvientes de la casa.

—Así se hará, señor marqués.

Tras quedarse solo de nuevo, Tristán miró otra hoja de papel que tenía delante y también la rompió.

Tan solo dos horas antes, su hombre de confianza había regresado de París con noticias nada apasionantes. Sabía que Helena se estaba divirtiendo mucho en los bailes parisinos y que también tenía un par de pretendientes bastante asiduos, pero eso no era lo que le importaba. De hecho, después de haber leído distraídamente la carta que le había enviado, como todas las anteriores, la rompió.

Lo que le interesaba, y lo que Jack había descubierto, era que Labelette no era un nombre desconocido en los barrios bajos, aunque nadie hubiese visto su cara. También confirmó que Moore era el heredero de Sinclair y que también era el hombre rico que demostraba ser. Si hubiera querido quitar a su primo del camino, no le habrían faltado medios para contratar un ejército de asesinos y se habría salido con la suya.

—¡Maldita sea! —dijo golpeando la mesa con el puño.

Esa misma noche, ese ridículo hombrecillo había comentado que para la viuda de lord Sinclair no era apropiado seguir bajo el mismo techo de un soltero. Según él, Celeste tendría que ir con ellos a París, y luego, tal vez, aceptar acompañarlos a Londres.

Al final de la conversación, añadió que la condesa madre se reconfortaría al abrazar a la viuda de su querido hijo y que Amelia se alegraría de tener la agradable compañía de una amiga durante el viaje. Tenían la intención de irse a Inglaterra en cuatro o cinco semanas, porque su querida Amelia sentía nostalgia por los niños.

Cualquier idiota que apenas conociera a lady Moore habría visto que esta mujer no podía tener tanto amor maternal en su corazón y, respecto a lo de disfrutar de la compañía de una amiga, Moore no debía haberse dado cuenta de la mirada de asombro y enfado de su esposa, antes de que intentara sonreír, tan ácida como un limón.

—Maldita sea —repitió. No dejaría que su princesa se fuera con esa gente. ¡Nunca!

Era consciente de que ella no era suya, y aunque la amase mucho, no podía pedirle que se quedara con él. Así que no tenía derecho a ordenar o prohibir, pero intentaría convencerla de que no siguiera a los Moore. Si realmente era tan inapropiado para una señora vivir en un castillo de cincuenta habitaciones con muchos sirvientes, tampoco podría soportar las noventa y cinco millas que separaban Joigny de París. La llevaría al palacio de Latour, donde estaría mucho más segura que con personas que, en el mejor de los casos, no sentían ni afecto ni simpatía por ella.

Su intención era estar tan cerca de ella como le fuera posible y vigilar a Moore.

Echó otro vistazo a las hojas de papel esparcidas sobre la mesa, y cuando sus ojos se posaron sobre la cuenta de una modista parisina, se encontró

sonriendo amargamente. En tiempos de guerra, Helena habría vivido un año entero sin hacer esfuerzos económicos si no se hubiera gastado el dinero en comprar ese maldito sombrero. Esa mujer nunca tenía suficiente. Sacudió la cabeza y, después de recoger todos los papeles, los apiló en un cajón. Se levantó y fue a la biblioteca, pensando en continuar un libro que había empezado a leer unos días antes.

La biblioteca estaba parcialmente iluminada y después de cerrar la puerta tras él se dio cuenta de que no estaba solo.

Ella estaba allí, de pie en un taburete alto con un libro en las manos. La luz de la lámpara de la estantería apenas la iluminaba, pero al acercarse, Tristán pudo ver su mirada de sorpresa.

A Gemma se le escapó una breve exclamación, el libro se le cayó de la mano y mientras intentaba cogerlo, perdió el equilibrio y se resbaló hacia delante. Se habría caído si él no la hubiera agarrado.

Mirándola a los ojos y sin dejar de abrazarla, Tristán la dejó lentamente en el suelo, disfrutando de ese momento de respiración confusa y corazones furiosos que laten el uno junto al otro.

Gemma podría haber contado esos segundos maravillosos y, como ya había ocurrido, perdida en esa mirada dorada que en ese momento y bajo la luz tenue parecía azabache, entreabrió los labios soñando que la besaría.

No había nada que Tristán deseara más, pero se alejó. Se agachó para coger el libro del suelo y sacudió la tapa dura con nerviosismo.

—No os vayáis con los Moore —dijo de repente—. No estáis lista para marcharos y tampoco preparada para ellos —extendió la mano para poner el libro sobre la mesa y después de mirar el título se formó una sonrisa en sus labios—. Leéis Platón... no se lo reveléis a lady Moore, creo que se escandalizaría.

Gemma suspiró y lo miró con tristeza mientras él, después de hacer una reverencia, le dio la espalda y se fue hacia la puerta. Quería que se diera la vuelta, que la tocara de nuevo, y quizás lo deseaba tanto que el marqués lo sintió.

Tristán se detuvo, dudó y finalmente se dio la vuelta. Volvió sobre sus pasos, rodeó su rostro con las manos y acercó los labios a los suyos, sintiéndolos maleables y apetecibles.

Estaba dispuesto a rendirse y a arrepentirse, pero al menos un beso tenía

que dárselo.

Gemma cerró los ojos a ese contacto tan deseado, y mientras el beso se hacía más profundo, más audaz y más apasionado, se dejó llevar a un mundo nuevo hecho de sensaciones irresistibles, de placer y de felicidad. ¿Era esto lo que una mujer sentía cuando estaba enamorada? ¿Ese deseo de dejarse llevar en los brazos de un ser querido? ¿Ese deseo irresistible de dar el cuerpo y el alma, a pesar de todo y de todos?

Había querido engañarse a sí misma diciendo que Tristán tan solo le gustaba, pero, en lugar de eso, lo amaba.

Amaba al marqués de Latour.

Cuando él apartó los labios de los suyos, sacudió un poco la cabeza y, sin darse cuenta, intentó retenerlo. Quería desesperadamente seguir sintiendo su áspera barbilla arañarle la piel y su lengua jugando en las suaves profundidades de la boca. Quería quedarse en esos placeres y conocer otros.

Mirándola a los ojos, le cogió con cuidado los brazos, que aún le rodeaban la nuca, y los acompañó lentamente hasta que cayeron de nuevo a lo largo de las caderas.

—Nunca podré casarme con vos, Celeste.

Gemma no sabía por qué Tristán nunca podría casarse con la princesa Celeste Malpighi, pero sí sabía por qué nunca se casaría con la hija de una sirvienta. Nunca tendrían un futuro juntos, quizás solo unos pocos momentos de felicidad.

—Oh... No me importa, Tristán, solo quiero estar con vos el tiempo que se nos permita —susurró levantando las manos para acariciarle la cara.

—No me tentéis, no sabéis cuánto os deseo —dijo lentamente dando un paso atrás.

Herida, Gemma le vio salir de la habitación dando grandes pasos y, aunque lo deseaba desesperadamente, esta vez Tristán no volvió.

11

Una amarga verdad

Después de despedir a Colette, Gemma se acostó en la cama con un profundo suspiro.

—Dios, aunque no lo merezca, por favor, ayúdame —murmuró.

Esa noche se había retirado inmediatamente después de la cena, seguida por la mirada preocupada del marqués y de la mirada siempre invasiva de sir Moore.

Ese día, más que ningún otro, había sido una pesadilla para ella, ya que lady Amelia y su marido no la habían abandonado ni un segundo. Pensaron erróneamente que necesitaba su compañía porque el mes anterior, ese mismo día, falleció Sinclair.

Gemma temía a esa mujer, a la que sentía fría y distante a pesar de sus esfuerzos por sonreír y tratar de tener una conversación amistosa, pero temía aún más la compañía de sir Moore.

La primera impresión del caballero había cambiado en aquellos días. Siempre fue amable, eso es cierto, pero estaba tan interesado y era tan insistente con la vida de Celeste en Italia que se preguntaba si no sospechaba nada.

Le habló del conde como si creyera que fuese el amor de su vida y le contó pequeñas anécdotas sobre él. Aunque el marqués le había recordado varias veces que no recordaba a su marido, sir George insistió, con optimismo, como si de verdad quisiera ayudarla a abrir su mente.

Luego le preguntó por la princesa Malpighi, por el difunto príncipe y hasta por el príncipe niño. Le preguntó si estaba ansiosa por reanudar sus actividades favoritas, como bailar, dibujar, montar a caballo... Y fue con respecto a ese último tema que sir Moore la avergonzó diciéndole que Sinclair la había descrito como una excelente artista y una amazona.

Recordó que a Celeste le encantaban las lecciones del maestro de baile, mientras que odiaba las lecciones de acuarela. Sus obras eran bocetos en color, hechos sin interés ni habilidad, e incluso si se hubiera aplicado en esos años, algo que dudaba, difícilmente se habría convertido en una artista apenas aceptable. Con el tiempo, las cosas agradables y las fobias no cambian, y Celeste no pudo haber perdido el amor por la danza, así como tampoco pudo vencer su miedo a los caballos. De niña incluso desafió la fría impaciencia de su padre, que no se esforzaba por entenderla, inventando siempre nuevas e improbables excusas para no montarse en el sillín.

Durante esas desagradables semanas de viaje con los recién casados, a Gemma le pareció que lord Sinclair no apreciaba nada de Celeste, y le pareció poco probable que se hubiera molestado en escribir tantas apreciaciones sobre su esposa, pero era posible que la hubiera descrito físicamente con tanto detalle hasta el punto de llevar a sir Moore a sospechar de ella e intentar ponerla a prueba.

Por lo tanto, dudó unos segundos antes de encontrar la valentía de responder que no recordaba que pudiera dibujar, al igual que no sabía si, una vez curada, sería capaz de montarse en el sillín.

Como parecía que tenían una correspondencia muy densa, sir Moore sabía que lord Sinclair había pedido que se enviara el anillo de la familia a su esposa y, cuando habló de ello, le miró las manos desnudas casi con pesar.

—Os habéis salvado... —dijo de repente—. En el momento de la agresión, ¿no llevabais el anillo de bodas en el dedo?

Gemma no sabía cómo se las había arreglado para mantener su mirada, amable pero curiosa, ni cómo había logrado mantener la voz tranquila mientras respondía, una vez más, que no tenía memoria. Si sir Moore de verdad conocía tan bien a su primo, debería haber sabido que la joya se guardaría en el cofre, escondida junto con las otras joyas en un compartimento secreto del carruaje. Y otra vez, el miedo se apoderó de su garganta, notando que apareció una extraña expresión que no supo interpretar en la cara del hombre.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. ¿Cuánto tiempo tenía antes de traicionarse a sí misma? ¿Cuánto tiempo tenía para escapar? ¿Qué otras soluciones tenía? Después de esa noche en la biblioteca, aunque a regañadientes, había considerado la oferta de Moore de ir a París con ellos. La capital era grande, no habría sido difícil encontrar la oportunidad adecuada para salir de su casa y hacer que le perdieran el rastro. Ahora le parecía

impensable.

Pero ya no tenía que pensar en cuándo se iría, ni cómo podría hacerlo. Ya no tenía que pensar en Tristán, su voz profunda, su mirada dorada y sus besos. Era un sueño que volvería a ella muchas veces en las noches venideras, pero no podía ir a más. Incluso si no la hubiera odiado tras saber la verdad, no habría podido amarla de todos modos. Los dos, juntos, no tenían futuro.

Se levantó de la cama y se acercó al armario. Si se hubiera quedado más tiempo, se habría vuelto loca. La noche habría sido favorable para ella y nadie se habría dado cuenta de su huida hasta el día siguiente.

Cogió el vestido más cálido que tenía y su capa, que era esencial para protegerse del frío de aquel mes de abril que aún no quería dejar paso a la primavera, y los colocó en la cama.

Le habría gustado escapar como un espíritu en la noche, pero, aunque fuera difícil, tenía que dejarle una carta a Tristán.

Tenía que decirle lo que era, porque solo así, indignado por el engaño, la dejaría a su suerte.

Tiró tres hojas de papel al fuego antes de poder escribir la verdad. Intentó no revelar, ni siquiera entre líneas, cuánto lo amaba; pero quería hacerle saber que no quería engañarlo y que le habría gustado confesarse no una sino cien veces. Le explicó cómo se sintió cuando descubrió que era la hermana de Celeste y su sutil resentimiento, quizás incluso envidia, por la diferencia entre ellas. Le escribió sobre su miedo a estar en un país extranjero sin dinero ni credenciales, le describió el tormento que sentía cuando llegaron los Moore. Admitió que estaba al límite de su capacidad y que no le quedaba más remedio que huir.

Una vez doblada la carta, la colocó sobre la mesita de noche para que Colette pudiera verla a la mañana siguiente. Se puso el vestido y buscó sus zapatos de viaje, que el zapatero del castillo había conseguido renovar. Cogió todos los dulces que había en la bandeja sobre la mesa, esperando que fueran suficientes para su sustento durante el viaje, y después de haberlos dejado en un pañuelo, los puso junto con lo necesario para el aseo en un chal que anudó varias veces.

El bulto no era muy voluminoso y se imaginó que sería fácil esconderlo bajo la capa hasta que estuviera fuera del castillo.

En ese momento no quería pensar en otra cosa. No quería imaginar cómo

sería su vida fuera del castillo, sin protección, sin dinero, sin... Tristán. Sabía que sería imposible encontrar trabajo como institutriz en una casa respetable sin referencias, y solo podía esperar tener la suerte de encontrar refugio y alimentarse trabajando como peluquera en alguna posada.

Por el momento solo tenía que pensar en llegar a una ciudad lo suficientemente grande como para hacerla invisible entre la gente. Y con la fuerza de la desesperación se dijo que tendría éxito.

Durante un momento miró con incertidumbre a los pequeños objetos de plata que había sobre la mesa y sacudió la cabeza, furiosa solo por mirarlos. Era cierto que su venta la ayudaría a sobrevivir por un tiempo, pero ella no quería robarle a Tristán. Nunca.

Se puso la capa sobre los hombros y, después de cerrar silenciosamente la puerta de la habitación, bajó las escaleras y salió al parque por la ventana francesa de una de las salas de estar. Todo a su alrededor estaba oscuro, era casi aterrador y dudó unos segundos antes de decidirse a caminar hacia la espesura de los árboles que rodeaban el largo camino de entrada.

Amelia ya estaba en la cama cuando se acercó su marido.

—Querido, estaba a punto de dormirme —murmuró desalentada.

No se ofendió. Estuvo enamorado de ella durante un tiempo, pero desde hace al menos dos años ya no tenía ningún deseo por su cuerpo y se distraía mucho en otras partes. Sin embargo, era una esposa perfecta en todos los sentidos de la palabra.

—No quería molestaros, perdonadme. He jugado a las cartas con el marqués de Latour durante un par de horas, pero quería saber si vuestra criada había hecho algún progreso. El marqués es un hombre aparentemente amistoso, pero no quiero aprovecharme de su hospitalidad por mucho más tiempo.

—Por supuesto, querido George. Pero Benson aún no puede decirme nada. La criada de Celeste es tímida y escurridiza, parece que se avergüenza de hablar sobre un asunto tan delicado. Como si no supiéramos lo mucho que los sirvientes hablan —añadió con desprecio.

—Ni siquiera vos habéis progresado mucho. La condesa también es escurridiza con vos.

«Respecto a esto, lo es con los dos», pensó Amelia con irritación. Como mujer se sentía hasta solidaria con ella, ya que George era muy aburrido

cuando hablaba de Charles y de lo mucho que habían sido amigos, algo que ella no consideraba del todo cierto.

—No es mi culpa —se defendió Amelia poniendo mala cara—. Admito que me molesta su aire pensativo y de sufridora, pero está claro que no le gusto. Y, además, casi siempre está el marqués a su lado, ¿os habéis dado cuenta? ¿No creéis que ese hombre está interesado en ella? Estaría bien que se casara con ella, así nos quitaría un peso de encima.

La miró con expresión de burla.

—No pensé que os importara su futuro.

—Os burláis de mí, lo sé, pero admitiréis que sería un alivio.

—Me temo que vuestros sueños no se harán realidad. Antes de venir aquí, saqué información sobre el marqués. Está prometido y su futura esposa está ahora en París. Una americana, como él, que parece disfrutar de la protección de Madame Marie Blanchard de Latour, esa señora excéntrica que se viste como si todavía estuviéramos en los años veinte y que le gustan tanto las fiestas que se la lleva a los pasillos apoyada por dos criados.

Amelia suspiró.

—Si es así, no tenemos esperanza. Aunque no le guste la idea, es posible que Celeste acepte venir a París con nosotros y, tal vez, nos siga también a Londres. Y, a decir verdad, no creo que pueda esforzarme mucho más por ser amable con ella. También preveo, a pesar de vuestras afirmaciones, que lady Eleonor no recibirá a la viuda de su hijo con alegría. Quizás recordéis que ella deseaba que cortejara a Clarissa Winsley. Ni siquiera le gustan los italianos, parece que en su juventud se sintió desilusionada por un barón, que regresó a Roma o a cualquier otra ciudad en la que viviese para casarse con otra.

—Sé que no se os escapa nada, querida, así que intentad averiguar lo antes posible lo que me interesa —respondió el marido de repente con frialdad—. Recordad que podría tratarse de una cuestión de honor.

Consciente de que lo había molestado, Amelia intentó amansarlo tocándole el brazo y acariciándolo.

—No creáis que el asunto no me molesta a mí también, solo intento no ponerme tan nerviosa. Quizás sea tonta, pero creo que aún hay tiempo antes de... preocuparse. Para empezar, tendrá que pasar una semana antes de que el médico le permita viajar a Celeste y, mientras tanto... quién sabe... —dejó

caer.

—Confío en vos, mi amor —dijo, y después de besarla en la frente la dejó sola.

Amelia se quedó mirando la puerta detrás de la cual su marido había desaparecido. ¿Qué más podría hacer para preguntarle abiertamente a esa mujer si estaba en un estado interesante o no? Y, con un egoísmo cruel, pensó en lo bien que les habría venido si Celeste hubiera muerto en esa emboscada.

Sin más ganas de dormir, se acercó a la ventana y, como si hablar de la princesa hubiera hecho que su persona se materializara, la vio caminando con paso rápido a lo largo del camino justo debajo. ¿Adónde se dirigía? «Y pensar que había huido a su habitación con el último bocado aún en la boca diciendo que se sentía cansada», pensó con malicia.

Fue en ese momento cuando, no muy lejos, vio al marqués caminando en silencio sobre el prado que descendía suavemente hacia un espejo de agua. ¿Acaso los dos tenían una cita? ¿Estaba ya buscando consuelo la pálida viuda de Charles? «Menudo consuelo», pensó mientras admiraba la atractiva figura del marqués americano.

De repente, se le ocurrió una idea y llamó a su criada, que estaba durmiendo en una habitación que comunicaba con la suya. No había mucho tiempo, pero esa era la oportunidad perfecta para que Benson echara un vistazo en la habitación de Celeste sin sirvientas entrando y saliendo. Quién sabe, tal vez podría encontrar algo que revelara su estado. Por lo que ella sabía, Celeste podría haber ido a su habitación un poco antes por una razón que la habría liberado para siempre de no poder convertirse en condesa.

Tristán había estado jugando a las cartas con sir Moore durante más de una hora después de que lady Amelia también se retirara a su habitación. Intentó ver qué hombre estaba detrás de la adorable máscara que mostraba, pero se hacía el más listo o el más estúpido, y cuando dejó las cartas para decir que quería retirarse, no quiso insistir para retenerlo.

Seguro de que no podría dormir, decidió dar un paseo, y mientras caminaba pensativo hacia el estanque vio la frágil figura de una mujer envuelta en una capa oscura.

—Celeste... —llamó en voz baja para no asustarla —. Pensé que estabais dormida.

Gemma se detuvo, pero no se dio la vuelta de inmediato, y en los pocos segundos que tardó el hombre en alcanzarla, logró recuperarse de la sorpresa. Se aseguró de que el bulto que tenía en la mano estuviera bien escondido bajo la capa y se dio la vuelta, esforzándose por sonreír.

El marqués la notó alterada e imaginó que la causa se debía a sir Moore, quien, aunque siempre fue amable, no hizo otra cosa que preguntarle sobre su vida en Italia y hablarle de lord Sinclair, de su maldita amistad y de su condenado pasado en una Inglaterra que, en sus recuerdos, parecía convertirse en el Edén. Ese día hubo momentos en que le habría gustado cogerlo por la solapa de su elegante frac, tirarlo al carruaje y poner en marcha los caballos.

—No podía dormir —respondió ella.

—¿Os apetece venir conmigo al estanque?

Y con dulzura, sin esperar su consentimiento, le cogió la mano que sostenía los bordes del manto sobre el pecho y la colocó sobre su brazo para que pudiera apoyarse.

Gemma lo siguió, pensando que, a estas alturas, difícilmente podría irse esa noche. Tristán seguramente insistiría en llevarla de vuelta a su habitación y no podía arriesgarse a que la descubrieran fuera por segunda vez en una noche. Luego se sentó a su lado en un banco a la orilla del lago y miró fijamente la pequeña e inmóvil extensión plateada a la luz de la luna.

Sí, Dios la odiaba a pesar de haber actuado correctamente al irse después de confesar lo que había hecho.

Con un poco de ansiedad, pensó en la carta que había dejado en la mesita de noche, la cual tendría que mantener bien escondida hasta el día en el que volviera a escapar de nuevo, pero se relajó al ver que, al fin y al cabo, no había razón para preocuparse. Antes de dejarla sola, como siempre, Colette había reavivado el fuego en la chimenea y no volvería a la habitación hasta la mañana siguiente con el desayuno.

Así que podía aprovechar unos momentos más en compañía del hombre que amaba y disfrutar de una pausa del miedo, la incertidumbre y de todo lo malo de su vida.

Levantó la cabeza y, al ver la mirada del hombre, vio todos sus deseos en un espejo. Quería abrazarlo, besarlo, sentir la piel áspera de su mejilla en la suya. Quería que la amara para olvidar, al menos por un tiempo, que le estaba mintiendo. Una vez más. Solo una.

Él hizo un sonido ronco, lleno de intolerancia y resignación, mientras extendía la mano para acariciarla. Estaba enamorado de ella, pero no podía hacer nada al respecto. Fue difícil rechazarla la noche que admitió que quería hacerlo. Fue difícil no buscarla después. Ahora sabía que una promesa hecha a una mujer a la que no amaba no podía separarlos. Sabía que daría todo lo que quisiera a Helena para que lo liberara de su compromiso.

Gemma cerró los ojos y, con un gesto lento de la cabeza, siguió la mano fuerte del hombre que se movía desde la mejilla hasta la nuca con una caricia muy sensual. Vio su cara acercándose, sus ojos sondeándola y vacilando, quizás esperando un rechazo que nunca llegó.

«Dios mío, si de verdad hubiera sido Celeste», pensó la joven mujer perdida en ese fuerte y posesivo abrazo. ¡Ojalá hubiera podido aspirar a ese hombre!

Invasada por el deseo, mientras se agarraba a él sin ningún tipo de discreción, también se olvidó de sí misma junto con el bulto que había escondido bajo la capa al borde del banco. La bolsa se cayó al suelo con un ligero ruido sordo, pero al oírlo ambos en el silencio de la noche, en la que se podía captar hasta el leve silbido de la respiración, parecía el sonido de una piedra al caer.

Tristán se apartó un poco para mirar a su alrededor antes de ver en el suelo lo que había roto esa magia.

Consciente de lo que había ocurrido, miró al marqués con tristeza y susto, segura de que no era solo el final de esos momentos maravillosos, sino de todo.

—Qué diablos... —el hombre cogió el paquete e instintivamente abrió chal, dejando caer el contenido al suelo. Luego se levantó, mirándola con desconcierto—. ¿Estabais intentando huir, Celeste?

Gemma permaneció en silencio durante unos largos segundos antes de murmurar con la cabeza gacha:

—Sí, iba a hacerlo —y después de admitirlo, encontró la fuerza para levantar los ojos y cruzarse valientemente con la mirada masculina, ofendida y feroz del marqués.

—¿Por qué? ¿Por qué esta prisa por escapar de noche con...? —con la punta de la bota esparció las pocas cosas de aseo y los dulces que se habían caído del pañuelo— Con... nada —dijo con enfado—. ¿Adónde creíais que

ibais sin comida, sin dinero y todavía tan débil?

—Tenía que hacerlo. Y Dios sabe que yo no quería.

—¡Dios no tiene nada que ver con esto! ¡Sois vos quien habéis elegido huir como una ladrona!

—Estaba huyendo como una ladrona porque lo soy, marqués —susurró con lágrimas en los ojos. ¿Qué otra cosa podría hacer si no decir la verdad? Y continuó—: La ladrona de un nombre que no es mío.

Sollozó y sondeó su mirada, tratando de encontrar su comprensión habitual. Pero lo que vio la petrificó.

—¿Qué quieres decir?

—Os he dejado una carta explicando la razón de mi fuga.

—¿Y tengo que esperar para leerla? —preguntó con sarcasmo. Estaba enfadado y herido. Se sentía traicionado y estúpido porque no entendía o, peor aún, porque no quería entender.

—No soy la viuda de lord Sinclair, sino su acompañante —dijo sin pararse a respirar.

Así que era una mentirosa. Era peor que Helena e incluso que Julie, que lo había vendido a los británicos. Y por esa mujer habría pisoteado su honor.

—No recordaba quién era, os lo juro. Cuando me dijeron quién podía ser, lo acepté. ¡Creí de verdad que era ella! Lo creí hasta que me vi con su vestido puesto. En ese momento, lo recordé todo. Todo excepto el momento en que me ayudasteis.

—Si es así, deberíais habérmelo dicho —rugió Tristán, que en ese momento no se podía creer nada.

—Tenía miedo —respondió Gemma con la cabeza baja y las manos entrelazadas en el regazo.

—¿De que te echara a la calle como un gato callejero? De eso nada... —añadió sacudiendo la cabeza—. No puedes ser tan solo una criada.

«Tan solo una criada. Soy solo eso, al fin y al cabo», pensó Gemma con amargura. Una mujer de nada a la que negar el tono respetuoso que le había dado hasta ese momento.

—Nunca he sido otra cosa para los Malpighi —dijo con dureza—, accedí a acompañar a la princesa a Londres porque acababan de despedirme del colegio en el que enseñaba. Soy Gemma Cangia, la hija ilegítima de una

servienta.

—La hija ilegítima de una criada que se parece a una señora —comentó con sarcasmo despiadado—, debo decir que has aprendido bien las lecciones que te dieron para engañar a los idiotas —y definitivamente era idiota, ya que se había enamorado de una sirvienta mentirosa. Se agachó, recogió las humildes cosas que ella había traído consigo y se las tiró encima—. Escóndelas, igual que lo hiciste antes —insinuó. Luego la cogió del brazo para obligarla a ponerse de pie y seguirlo.

—Señor...

—¡Silencio! —le ordenó.

En la oscuridad, la guio por las escaleras hasta la habitación que la había albergado desde el primer momento. La invitó bruscamente a entrar y luego la siguió, cerrando la puerta tras él.

—¡La carta! —ordenó extendiendo la palma de la mano.

Gemma asintió, entendiendo su afirmación. Tristán quería saber si le había vuelto a mentir, aunque, comparada con la enormidad de lo que había hecho, una última mentira sería muy poca cosa. Se acercó a la mesilla de noche y miró a su alrededor.

—Ya no está.

Tristán se rio en su cara.

—¿En serio?

—Estaba aquí —dijo desesperadamente señalando la mesilla de noche—. En esa carta te lo explicaba todo.

Sin decir una palabra, apartó los muebles, pero no había nada detrás.

—La escribí para vos. Tal vez por alguna razón Colette entró y al ver la hoja de papel con vuestro nombre debió haber pensado en dároslo.

El marqués permaneció en silencio durante unos segundos, observándola con aire meditabundo. Resultaba ser una mujer en la que no podía confiar, pero su cara parecía muy sincera... Y si no estaba mintiendo en ese momento, alguien más había cogido esa carta.

—Te lo preguntaré solo una vez más. ¿Has dejado de verdad un mensaje?

Gemma suspiró. Ya no era el mismo hombre que la había tenido en sus

brazos.

—Así es. Eso no justifica todo lo demás, lo sé. Pero juro por Dios que lo hice.

Y, sorprendentemente, la creyó.

—Voy a hacer algunas preguntas a los sirvientes mientras tú te quedas aquí —ordenó—. No intentes escapar, te encontraría y sería de todo menos indulgente. Piensa con cuidado antes de dar un paso, podría haber algo peor que mi cólera.

—Lo sé.

—No, chica, en verdad no creo que lo sepas.

En busca de la carta desaparecida

Nerviosa, Madame Rochen entró en el estudio, donde el marqués la había convocado a toda prisa.

Avergonzada de no estar completamente vestida, se sintió como la pobre sirvienta que una vez había sido y se puso un chal grande para cubrirse el camión de la mejor manera posible.

—A sus órdenes, señor.

—Siento haberos despertado tan repentinamente —se disculpó Tristán con amabilidad—, pero necesito urgentemente cierta información.

Luego, le explicó brevemente lo que había pasado, pero no dijo nada, al menos por el momento, sobre la verdadera identidad de la mujer de la que creían que era una princesa.

La señora dijo que no había oído hablar de ninguna carta, pero corrió a despertar a Colette, quien solo pudo confirmar que había dejado a la princesa vestida para la noche, sin ninguna orden con respecto al marqués.

—Puedo garantizar —añadió poco después—, que ninguno de los sirvientes puede entrar en la habitación de la princesa sin órdenes.

—Ninguno de nuestros sirvientes —comentó el marqués.

Durante un momento, el ama de llaves lo miró enmudecida.

—La intrigante criada de la señora Moore podría haberlo hecho —dijo más tarde—. Tal vez su señora vio a la condesa irse y le ordenó que registrara la habitación —no se atrevió a añadir que no entendía por qué la condesa sentía la necesidad de irse. Por supuesto, ella la había visto muy nerviosa esos últimos días y a menudo se había preguntado si los invitados ingleses eran la razón de ese nerviosismo. Sin embargo, pensó que era demasiado para escapar.

—Yo también lo creo —comentó Tristán con aire pensativo.

Si la criada de lady Moore ha robado la carta, los ingleses ya sabían la verdad. Y aunque Gemma se lo mereciera, no podía ni imaginar dejársela en sus manos. Manos que sospechaba que no tendrían piedad.

—Necesito vuestra cooperación, Madame Rochen. Soy un extraño en estas tierras, así que confío en vos. ¿Conocéis a gente de confianza y un lugar seguro donde una señora pueda esconderse?

—¿Os referís a la condesa?

—Sí, a ella.

—Estaría Odette, mi hermana. Vive sola en el Sena, en las afueras de París.

—¿Y creéis que aceptaría acomodar a una persona sin previo aviso?

—En cuanto a eso, no tengo ninguna duda, porque es generosa por naturaleza. Durante muchos años trabajó en el castillo y le tenía mucho cariño a su abuela, señor marqués —añadió sonriendo—. Su casa es modesta, quizás no adecuada para acomodar a una persona importante, pero con Odette la señora estaría a salvo. Podríamos irnos mañana si lo deseáis.

—El lugar de residencia de vuestra hermana estará bien, pero lady Sinclair debe irse de inmediato.

Después de un momento de duda, la señora Rochen asintió con la cabeza.

—Me daré prisa, señor marqués.

—Os lo agradezco, pero no podréis ser vos la que la acompañe. La señora partirá a caballo, acompañada por dos de mis hombres. Por favor, apresuraos a escribir un mensaje a vuestra hermana, pidiéndole que guarde el secreto. Añadiré una suma de dinero que le permitirá ganarse la vida durante mucho tiempo, incluso después de que la... señora decida dejarla.

—¿La condesa viajará sin ninguna acompañante? —murmuró la mujer como si pensara que fuera impensable.

Tristán sonrió.

—Es importante que os quedéis aquí. Vuestra ausencia se notaría y en este momento tan especial los Moore podrían sospechar. Todos los habitantes del castillo deben creer en la fuga de la señora y debe ser la primera noticia que circule mañana por la mañana. ¿A qué hora suele entrar Colette en la habitación?

—Alrededor de las nueve, señor marqués.

—Bien, entonces las noticias empezarán a circular en ese momento. Confío

en vos y en la chica. Ahora tenemos que ser rápidos porque no tenemos mucho tiempo.

El ama de llaves lo miró con preocupación.

—Disculpe, señor, ¿son tan peligrosos vuestros invitados?

—Francamente, no lo sé. Quizás mis sospechas de ellos son infames, pero por el momento la mujer necesita que se la proteja.

Sola en la habitación, todavía con la capa sobre los hombros, Gemma se preguntaba qué estaba haciendo Tristán. ¿Había llamado a las autoridades? ¿Había despertado a los Moore? No sabía cuál de las dos opciones la asustaba más.

Había una tercera, por supuesto, y era en la que, enfadado, ofendido y decepcionado, tuviese la bondad de dejarla ir.

A la hora siguiente, esperando a que volviera, puso otro chal en la cama, pues el anterior estaba roto, y colocó allí los mismos artículos de tocador que había llevado la primera vez. Llevaba el pendiente, que había escondido en el escote unas horas antes, y esperó.

Cuando oyó la llamada, tembló, como si no hubiera esperado tanto ese momento.

—Soy de Latour —oyó decir detrás de la puerta.

Gemma lo invitó a pasar y lo vio avanzar, temeroso e infeliz.

—No se ha encontrado la carta.

—No lo entiendo, la escribí y... os expliqué el motivo por el que...

La interrumpió con un gesto seco de la mano.

—La hayas escrito o no, olvidémoslo. No me importan tus motivos, sigues siendo una mentirosa aprovechada. Te irás pronto —añadió—. Madame Rochen te traerá la ropa que te pondrás para el viaje. Por el momento no le he dicho nada sobre tu verdadera identidad, así que no pierdas el tiempo en confesiones inútiles.

La joven bajó la cabeza.

—Gracias —y, tratando de contener las lágrimas que le apretaban los ojos, señaló la cama con la mano—. Lo que hay ahí es suficiente para mí. Me iré de inmediato.

Él hizo un gesto de impaciencia y se acercó a ella con rabia.

—Dejarás aquí todo lo que te han dado en estas semanas. Las ropas que la señora Rochen te traerá y que, me imagino, te serán útiles en los próximos meses, no serán de mujer noble. No dejaré que finjas ser lo que no eres. Sin embargo, como viajarás a caballo con mis hombres, en estos días llevarás ropa de hombre.

Ella lo miró con sorpresa.

—Entiendo que no queréis que me ponga ropa de vuestra abuela, no me niego y os agradezco lo que me permitís tener, ¿pero por qué debería ponerme ropa de hombre?

Dobló los labios en una mueca de ira.

—No tengo que darte explicaciones. Harás lo que acabo de decir. ¿Entendido? Si no eres estúpida, sabrás que no tienes otra opción. Yéndote sola, sin protección y sin dinero, sufrirías el frío, el hambre y tal vez la humillación de ser violada en el camino por hombres sin honor. Te doy la oportunidad de irte a París y vivir un tiempo en una casa digna, protegida por la hermana de Madame Rochen. Tendrás techo y comida, y no te irás hasta que yo lo diga.

—No lo entiendo.

Tristán se rio de forma despectiva. ¡Maldita sea! Gemma le había mentado durante un mes entero; había penetrado en sus sueños, le había dejado creer que en el mundo había una mujer limpia, honesta... enamorada. La había respetado, frenó sus deseos e ignoró los de ella. ¿Y para qué? Dejarla ir sin haberla tenido, sin haber saboreado su cuerpo...

Como si le hubiera poseído un demonio, la cogió por los brazos y la empujó contra el borde del escritorio que tenía detrás. Le rompió el corpiño y la blusa que llevaba debajo, revelando sus blancos senos. Admiró la dulzura de esas sinuosas curvas y sin poderlo resistir dejó que sus manos se deslizaran sobre su suave piel, sintiendo sus pezones rosados endurecerse entre sus dedos. Bajó la cabeza para atraparlos con los labios, acariciándolos con la lengua en una lenta y sensual caricia que arrebató un involuntario gemido de placer a la chica. La levantó, obligándola a sentarse, y mientras con una mano penetraba bajo su falda, buscando la carne blanda entre sus muslos, con la otra la empujó hacia él y la besó. Un beso enfadado y vengativo. Un beso que no obtuvo respuesta, que no merecía respuesta.

¡Maldita sea! Un momento más y se habría vuelto loco. Nunca había violado a una mujer y no lo haría con ella. Ni aunque pareciera odiarla. ¡Ni aunque se mereciera el peor de los tratos! La dejó, enfadado con ella y consigo mismo, dándole un suave empujón que le hizo golpear la espalda contra la pared.

—¡Solo harás lo que yo quiera y sin pedir ninguna explicación!

Gemma se puso de pie. Con la cabeza baja, llena de vergüenza, se recolocó la falda y se puso las manos en el pecho para proteger los senos de su mirada. Ahora que sabía que no era una princesa, sino una simple criada, podía tratarla como quisiera. Esas caricias y ese beso eran prueba de ello. Después de todo, así es como los hombres de su rango trataban a las mujeres como ella. Los cobardes las violaban, los mentirosos como su padre las conquistaban con promesas que nunca cumplirían, otros las compraban ofreciéndoles protección y otros, impulsados por la ira, imponían su voluntad.

Tristán le estaba ordenando que fuera donde él quisiera. Donde podía llegar a ella cuando quisiera y le apeteciera. París, después de todo, estaba a solo dos o tres días del castillo. Él la había salvado, eso era verdad, pero el precio a pagar quizás serían besos como el que acaba de sufrir. Besos llenos de posesión que solo le harían daño. Aunque... Pensó en sus fuertes manos sobre su cuerpo, esos dedos tocando sus partes íntimas y sintió un escalofrío, que no era de asco. Tal vez por eso, por no sentirse dueña de sí misma, dijo con tono cortante:

—¿Tendré que estar a vuestra disposición?

De nuevo, Tristán se burló de ella. Lo que había ocurrido entre ellos surgió de una sensación de venganza. Su cuerpo todavía latía con un deseo insatisfecho, pero a pesar de ello no quería amarla y no la quería de esa manera. La protegería, pero ya no la buscaría más.

—No me parecía que te disgustara, así que no te hagas ilusiones, chica — dijo en tono de burla—, he decidido ayudarte porque podrías estar en grave peligro —se dignó a explicárselo al fin—. Es mejor que no estés presente cuando los Moore sepan que llevan más de una semana con una embustera. Ya lo he preparado todo y, como te he dicho, dos de mis hombres te acompañarán a París.

—¿Creéis que los ingleses enviarán a sus guardias a perseguirme? — preguntó lentamente sin atreverse a mirarle. Pensó que sería extraño si

ocurriese lo contrario. Eran personas que no soportaban las ofensas. Por no decir que podrían pensar que estaba confabulada con los asesinos de los Sinclair.

—Quizás. No eres inocente, después de todo —dijo con tono muy sarcástico.

—No soy culpable de la muerte de los condes de Sinclair —protestó Gemma con pasión.

—Eso lo sé —admitió Tristán—, por el momento te quedarás en la casa de la persona a la que se te ha confiado. Si intentaras irte sin mi permiso, solo tendrías problemas.

Finalmente, encontró la fuerza para mirarlo. Los ojos dorados del marqués eran fríos y Gemma se dijo que era hasta inútil intentar unir los bordes del corsé rasgado. Estaba segura de que aunque estuviera desnuda y lista para recibirlo, no la habría querido.

—No lo haré. Mientras tanto, buscaré un trabajo que me permita pagar el viaje en diligencia a Italia —añadió sin darse cuenta de que había pronunciado esas palabras con un tono desafiante.

Tristán no respondió. Seguramente Gemma no merecía nada, ni siquiera que la protegieran de la ira de los Moore, pero aunque fuera la hija ilegítima de una sirvienta, en verdad parecía una princesa, y no podía imaginarla trabajando en una taberna o pelándose las manos en una lavandería. Era imposible que encontrara trabajo como institutriz. Era demasiado bella para que una mujer noble la contratara en su casa. Sobre todo sin referencia alguna. Sin ayuda podría haber terminado en los brazos de alguien, y esto, a pesar de todo, no podría soportarlo.

Perturbado por ese último pensamiento, le dio la espalda y se fue hacia el umbral. Dudó solo un momento antes de salir, preso por un maldito deseo de darse la vuelta y mirarla por última vez. Entonces, exclamando algo medio enfadado, salió de la habitación.

Que empiece el espectáculo

—Anoche y esta mañana temprano han estado llenas de noticias. Me imagino que mi conversación con el marqués de Latour no será menos —dijo con alegría sir Moore después de entrar en la habitación de su esposa y de haber ahuyentado con un gesto brusco a la pequeña sirvienta que estaba encendiendo el fuego de la chimenea. La ansiedad que lo había atormentado había terminado y se convertiría en el nuevo conde de Sinclair—. Nuestro anfitrión acaba de enviar a un sirviente para informarme que quiere verme en la biblioteca. Me imagino que me dirá que la usurpadora ha logrado huir.

Desde la gran cama en la que había descansado muy poco esa noche, Amelia lo miró sorprendida e incluso un poco disgustada.

—No me digáis, querida, que vuestra Benson, tan buena rebuscando en las habitaciones de otras personas, aún no ha oído lo que se murmura en el castillo —continuó el hombre con tono burlón—. Y... por cierto —añadió con indiferencia—, recordadme que le dé una buena gratificación por el servicio.

—Le había ordenado que no me despertara por ningún motivo hasta las once, pero vos lo habéis hecho antes —respondió Amelia—. Así que se las ha arreglado para escaparse —continuó pensativa. Después resopló—: Me pregunto cómo esa mentirosa, que tuvo el valor de tratarnos como iguales, logró escapar después de encontrarse con el marqués.

—Yo diría que es obvio. Seguramente anoche la acompañara de vuelta a la habitación, haciendo que sus intenciones fracasaran. Pensaría en posponer su fuga una o dos noches, pero imagino que al descubrir que su patética carta de despedida había desaparecido, se dio cuenta de que ya no tenía tiempo.

—¡Dios mío, esa carta! —exclamó con asco Amelia—. Todo ese llanto por el motivo que la llevó a mentir... ¿Pero os dais cuenta? La hija de una sirvienta que dice ser el fruto ilegítimo de un príncipe. ¡Qué montón de mentiras!

George sonrió.

—Tenéis que admitir, mi amor, que no parece una sirvienta en absoluto. Me imagino que el príncipe, sabiendo que la niña era suya, pensó darle un papel de más rango haciéndola estudiar. Hay muchos tontos en el mundo —y después de una breve pausa, continuó—: Me pregunto cómo se habrá tomado el marqués la fuga. Estoy ansioso por verlo.

—Como no ha leído la carta, supongo que no tiene ni idea de por qué. Estará muy preocupado y hará que la busquen. Qué rabia no poder decirle lo mucho que sabemos.

—Pero le diré que tenía algunas sospechas sobre la identidad de esa mujer, no os preocupéis, querida. Cuando la encuentre, no será tan generoso con ella, os lo aseguro. Encima le ha engañado y ofendido una miserable sirvienta.

—¿Pensáis que será así?

—No creo que sea tonto.

—¡No soporto no poder darle latigazos yo misma a esa mujer malvada! Deberíamos avisar a los gendarmes para que la encuentren y reciba lo que se merece. Unos pocos años en una celda la cambiarían mucho y ya no podría engañar a nadie fingiendo ser una princesa —dijo Amelia, tan impresionada por su hostilidad que no se dio cuenta de la expresión dura que se dibujó en la cara de su marido.

—Pero en ese caso no podríais darle latigazos nunca más. Os prometo que no se nos escapará, mi amor —continuó George sonriendo de una manera extraña, lo que la hizo sentir incómoda por un momento.

—Saber que al menos está en manos de la ley me satisfaría.

—¿Por qué deberíais estar satisfecha? Me gustaría que me acompañarais —añadió.

Amelia no entendía por qué Moore quería que lo acompañara, pero sabiendo lo insistente que se ponía cuando quería conseguir algo, se levantó de la cama y tocó la campana para que Benson fuera con ellos—. Necesitaré al menos una hora para que esté presentable.

—El cuidado personal excesivo puede parecer extraño en un momento como este. Ha desaparecido la esposa de nuestro primo, deberíais estar muy angustiada.

Amelia suspiró.

—Intentaré hacerlo en media hora.

Él se sentó en un sillón y sonrió.

—Os haré compañía mientras vuestra criada os ayuda a vestiros.

Con aire melancólico, Tristán vio a Moore entrar en la habitación con su esposa al lado. No la había invitado a la entrevista, pero en realidad esperaba verla.

—Marqués, hemos escuchado la increíble noticia de que lady Sinclair ya no está en el castillo, y me imagino que de eso es de lo que quería hablar. No podemos creer que haya huido. ¿La horrible experiencia la ha vuelto loca? Mi esposa está conmocionada y muy preocupada por su suerte.

Tristán prefirió ignorar esa última afirmación. Era más probable que le preocupara no tener a Gemma en sus manos y no poder darle latigazos. Después de invitar cortésmente a sus invitados a sentarse, asintió.

—Sí, Moore, de eso quería hablaros, pero prefiero dejar claro que lady Sinclair no ha huido, sino que está muerta.

—¿Qué?

—Quiero decir que la verdadera señora Sinclair murió en la emboscada con su marido. La mujer que conocimos era su acompañante.

—Pero... ¿cómo sabéis eso? —preguntó Amelia, preocupada por el descubrimiento de sus maniobras.

—Ella misma me lo confesó. Deberíais saber que anoche conocí a la... señora en el parque, y después de ofrecerme a acompañarla descubrí que llevaba una bolsa con ella. Estaba claro que se iba.

—Me imagino que habrá intentado robaros —dijo Amelia con tono indignado.

—No. Extraño, ¿verdad? De hecho, lo he confirmado. Se iba solo con los artículos de tocador. Me dijo que me dejó una carta, pero está claro que no puede ser verdad. No se encontró nada —comentó Tristán con tono de indiferencia.

—Entendible —dijo nuevamente lady Amelia, feliz de que al menos se haya resuelto esa cuestión.

—Quiero confesaros, marqués, que tenía una vaga sospecha —admitió Moore con un tono falsamente arrepentido—. Y con ese propósito intenté

hacer que la chica cayera en la contradicción, pero sin éxito.

Tristán se acomodó mejor en la silla, descansando un codo sobre un apoyabrazos y una palma sobre la otra, echando la cabeza hacia atrás. Le intrigaba su comedia, que mejoraba cada vez más.

—Deberíais habérmelo dicho. No es agradable tener a una embustera bajo el techo, al igual que no me gustaría acoger a un ladrón o a un asesino — continuó mirando a su interlocutor a los ojos.

Moore dudó demasiado bajo el hielo de esa mirada. A veces, como en ese momento, tenía la desagradable sensación de que de Latour sabía toda la verdad.

—Imagino que comprenderéis, marqués —respondió al reponerse—, que no era posible acusar a lo que todos pensábamos que era una señora de ser una mentirosa. Pues, como ya os he dicho, solo tenía una vaga sospecha. En sus cartas, mi primo había descrito a su futura esposa como una chica tonta encantadora, mientras que la mujer que conocimos era hasta culta. Sin embargo... la chica no ha huido porque la habían descubierto. ¿La habéis denunciado al magistrado?

—Francamente, no me importa. La he echado de mi propiedad —afirmó el marqués con altivez, dejando claro que esta era su casa y hacía lo que quería.

—¿Qué? —gritó lady Moore, incapaz de contener la furia que se había apoderado de ella—. Esa mujer se merecía que la arrestaran y la encerraran. Por lo que sabemos, ¡puede que incluso haya confabulado con los asesinos del querido Charles y su esposa!

—Estoy seguro de que ese no es el caso. Entiendo, por supuesto, que vos, como parientes queridos, deseáis averiguar quién mató con tanta crueldad a Sinclair, pero la investigación va hacia otro lado, aunque, en mi opinión, no llevará a nada —respondió Tristán mirando a sir Moore.

—¿Vos lo creéis? —preguntó el hombre deteniendo a su esposa, que quería hablar, con un gesto firme de la mano.

—¿Puedo hablar con claridad sin temor a que se me malinterprete? —preguntó Tristán mirándolo a los ojos. Y con su consentimiento continuó—: Todavía no había tenido la oportunidad de informaros, Moore, pero han visto unos hombres de apariencia no fiable en una posada cerca de Joigny —mintió—, y parece que uno de ellos era inglés.

—No es extraño... en tiempos de paz los caminos de Francia están llenos

de muchos viajeros ingleses —respondió sir Moore con prisa.

—Por supuesto. ¿Tenía vuestro primo enemigos, los cuales fueran peligrosos? Después de la emboscada, los ladrones registraron el carruaje y esparcieron los documentos. Tal vez encontrarán lo que buscaban, o tal vez no. Lo que es seguro es que no querían testigos porque, como usted sabe, mataron a todos.

—No es posible —protestó Moore—. Nunca creeré que mi primo fuera un espía. Porque eso es lo que... suponéis. ¿No es así? —iba a decir «insinuáis», pero el marqués podría haberse ofendido y, quizás, retarlo a un duelo.

«Sir Moore es muy bueno fingiendo y, por lo tanto, protegiéndose a sí mismo», pensó Tristán. Solo se había limitado a dejarlo caer y el otro había encontrado de inmediato una posible respuesta. Que el conde fuera un espía... era una hipótesis que había considerado antes de conocer a esas personas; antes de saber que ese estirado era el heredero de Sinclair y que lady Moore estaba interesada en los asuntos privados de lo que ella creía que era la Condesa.

—La confianza que depositáis en vuestro primo es loable —comentó Tristán —pero no puedo evitar considerar que los bandidos comunes también habrían robado buena parte de la ropa contenida en los baúles, junto con las joyas. Tienen mujeres que alimentar y vestir. Los más audaces se habrían atrevido a secuestrar a lord Sinclair y a su esposa, pero difícilmente habrían cometido esa masacre. Tened en cuenta que los gendarmes son mucho más eficientes en la investigación cuando hay víctimas. La diferencia para esa turba que vive asaltando carruajes está entre la prisión y el hacha.

—Aunque sea difícil de creer, puede ser —admitió Moore dubitativo, como si estuviera empezando a aceptar la situación—. Por el bien de Inglaterra, mi primo haría cualquier cosa.

—Charles un espía... ¡por el amor de Dios! —protestó Amelia con amargura—. ¡Pero si no toleraba tener un pelo mal colocado! En cualquier caso, esa chica se ha apropiado de la identidad de otra mujer y es justo que sea llevada ante la justicia.

—No son justas muchas cosas, señora —dijo Tristán con tranquilidad—. Si lo deseáis, podemos advertir a los gendarmes que busquen a la chica y, por supuesto, la encontrarán. ¿Dónde puede haber llegado sola y sin ningún medio de sustento?

—¡Que se haga!

—Si es vuestro deseo, señora, enviaré a uno de mis sirvientes a Joigny para informar al magistrado. Pensando en ello, bajo interrogatorio la chica podría recordar algo más. Investigar la muerte de vuestro primo llevará tiempo, por supuesto, pero quizás la verdad salga a la luz.

—Eso es lo que queremos, ¿verdad, Moore? —insistió Amelia mirando a su marido.

Tristán tuvo que hacer un esfuerzo para mantener una expresión de desapego. Lady Amelia era como un perro con su hueso. No le importaba la muerte de esa pobre gente, lo que quería era encontrar a Gemma para vengarse de las ofensas que creía haber sufrido. Y si Moore había urdido ese complot en contra de su primo, seguramente ella no fuera consciente de ello.

—Querida, calmaos —dijo sir Moore con calma cogiéndole el brazo y sujetándolo con fuerza para imponerle silencio—. Estoy de acuerdo con vos en que la desgraciada merece lo peor, pero no es de ella de quien tenemos que preocuparnos. Charles está muerto y debemos pensar en nuestro buen nombre. Creedme si os digo que se produciría un gran escándalo si la sociedad se enterara de que el conde de Sinclair estaba en contacto con espías —se detuvo y volvió a mirar al marqués—. Tendré que explicarle a la madre de mi primo este desafortunado asunto, y me imagino que será ella misma, entonces, la que escriba a la princesa Malpighi sobre el terrible final de su hija y el engaño consumado por su sirvienta. Me pregunto si esa mentirosa regresará a Italia —añadió pensativo.

—Supongo que tarde o temprano lo hará —respondió Tristán con indiferencia—, será más fácil para ella, aunque, por supuesto, dudo que vuelva a los lugares que ya conoce. No obstante, si os soy sincero, no me importa lo que haga. No soporto que me engañen.

—Y por una mujerzuela de nada —comentó Amelia con hostilidad.

A pesar de todo, Tristán no pensaba eso de Gemma. Más bien, le parecía que la mujerzuela de nada era lady Moore.

—Todos estamos de acuerdo en esto, querida —dijo sir Moore permitiéndose una sonrisa forzada.

Con algunas complicaciones, su plan tuvo éxito. Los hombres que su sirviente de confianza había contratado se habían comportado bastante bien, aunque no comprobasen mejor que la pequeña criada mentirosa estuviera

muerta. Después de todo, la impresión que quería dar de esa emboscada era exactamente lo que el marqués de Latour había sugerido, y tuvo suerte de que vieran a su sirviente en esa posada, aunque no hubiese estado con los bandidos.

Nunca había odiado a su primo hasta el punto de pensar en asesinarlo para heredar el título, aunque le importara mucho. Y nunca había pensado en deshacerse de él, ni siquiera en los dos últimos años, durante los cuales Charles, a causa de las muchas deudas, se había arriesgado a desacreditar a su familia. Cuando le escribió que tenía la intención de casarse con una heredera extranjera, se sintió hasta feliz. Su primo tenía treinta y dos años y siempre había pensado que tarde o temprano se casaría. Sin embargo, cuando ese idiota le envió una segunda carta en la que, como de costumbre, le decía que había convencido a la princesa Malpighi para que firmara importantes acuerdos de herencia y que la noble estaba de acuerdo en aceptar, comprendió que la búsqueda de dinero estaba ocultando el poco sentido común que le quedaba. Era demasiado tarde para enviar a alguien que pudiera tomar información precisa, y el insoportable pensamiento de que un posible bastardo pudiera arrebatarse el título delante de sus narices le había hecho actuar con rapidez y sin remordimientos.

—Creo que en este momento nuestra presencia aquí sobra —añadió después—. Mañana arreglaré nuestra partida a París. Mi esposa está cansada de la vida en el campo.

—Pensé que queríais volver a Inglaterra porque lady Moore echaba de menos a los niños —dijo Tristán con serenidad.

—Por supuesto, pero una parada en París la ayudará a olvidar esta mala historia durante un tiempo.

—En ese caso, tal vez nos encontremos allí. Hace tiempo que le dije a mi prometida que iría a verla. Tal vez lo haga en un par de semanas.

—¿Estáis comprometido, marqués? —preguntó lady Moore, fingiendo que no lo sabía.

—Sí, ¿os sorprende? —contestó Tristán con un matiz burlón. Después, se dio cuenta de que sus sentimientos por Gemma habrían parecido mucho más evidentes de lo que había pensado.

—Querida, os lo ruego... —regañó Moore a su esposa con tono de amor—. Perdonadla —añadió después dirigiéndose al marqués—. A Amelia, como a

cualquier otra señora, también le encanta unir parejas, y justamente ayer me dijo que le gustaría presentaros a una querida amiga nuestra de una familia muy noble.

—A mi prometida no le gustaría mucho —respondió Tristán en tono de lounge y se levantó para besar la mano de la señora.

Cuando salieron de la habitación, tocándose el brazo por donde George la había cogido, Amelia se quejó:

—Me habéis hecho daño y me habéis tratado como a una niña torpe.

—Os he tratado como a una niña torpe porque os habéis portado como tal.

Ella, que era perfectamente consciente de que se había excedido, se sonrojó.

—¿Por qué no queríais que se llamara a los gendarmes?

—Porque lo llevaré mucho mejor por mi cuenta, mi amor. Después de todo, os lo he prometido.

Una vez solo, Tristán se quedó mucho tiempo mirando la puerta antes de convocar al fiel Jack.

—Mis huéspedes se irán mañana, pero puede que el sirviente de Moore abandone el castillo esta noche y se encuentre con alguien. Síguelo, hasta a París si fuera necesario. Y quiero que vayan al menos dos hombres, ya que podría encontrarse con algunos canallas peligrosos.

Jack sonrió.

—Homer y Ricky serían suficientes para diez pícaros, capitán.

—Eso espero.

—¿Habéis confirmado vuestras sospechas, capitán?

—Apostaría mi mejor caballo a que Moore es el que dio la orden, pero no puedo probarlo.

—Es una pena que no pague por sus crímenes, pensando en cómo asesinaron a esa pobre chica.

—Pasa a menudo, Jack. Hemos pasado por mucho para saberlo.

—Pero si Moore es el culpable, ahora que sabe que la señora no es la condesa, ¿por qué iba a perder tiempo y dinero buscándola?

—El orgullo y la venganza son dos buenas razones. Y, además..., matar a la chica, aunque no sepa nada, le garantizaría la certeza de que nadie tendrá nunca razón para reabrir este feo capítulo —y en un tono que podría haber sido indiferente, añadió—: A mediados del mes que viene también partiremos nosotros a París.

Siempre bajo las órdenes de su capitán, Jack no dijo nada, pero estaba seguro de que el marqués no emprendería ese viaje por esa señora caprichosa con la que había decidido casarse.

París

Julio de 1784

Una casa en la que vivir

—¿No queréis tomaros un descanso, querida? —preguntó Madame Fabre mirando con curiosidad a su protegida—. Lleváis trabajando en ese bordado durante más de seis horas.

—Quiero terminarlo lo antes posible —respondió Gemma levantando los ojos del trabajo.

—Pero no tendréis que entregar las camisas hasta dentro de tres días.

—En realidad, me gustaría llevarlas a la tienda de Madame Claudette mañana por la mañana, si estáis dispuesta a acompañarme. Así me dará más cosas que hacer. La semana pasada me dijo que está muy contenta conmigo y que me dará trabajo cuando quiera —luego sonrió agradecida—, no sé cómo agradecerle que me hayáis encontrado este trabajo, Madame Odette. En este mes he conseguido ganar lo suficiente para llegar al menos hasta Lyon.

Madame Fabre no dijo nada. Había ayudado a la chica a encontrar ese trabajo porque, después de estar inactiva durante casi un mes, se había vuelto muy impaciente.

Sin duda, los americanos que la habían acompañado le recomendaron que no se fuera porque podría estar en peligro, pero París era una ciudad muy grande y era poco probable que alguien que la buscara pudiera encontrarla en ese barrio de gente pobre y honesta. Por lo tanto, un trabajo que desarrollara en la tranquilidad de esas paredes solo podía darle esperanza y hacerla sentir bien.

Conocía su historia, y no solo porque su hermana se la hubiese contado en una larga carta. Gemma, de hecho, había querido ser sincera con ella de inmediato, confesándole lo que había hecho. Al principio, tuvo que admitir que se había escandalizado, sin embargo, tras conocerla, había descubierto que era una persona buena y generosa.

Había cometido un error y lo estaba pagando muy caro.

Al principio, se había comprometido a protegerla por ser agradecida con su hermana y el marqués, aunque no conociera a este último, sin menospreciar el dinero que se le había ofrecido y que le daría una gran tranquilidad para la

vejez venidera. Pero luego se encariñó mucho con Gemma y pensó que quizás había otros peligros que la amenazaban.

Los hombres, desgraciadamente, nobles o campesinos, se comportaban todos de la misma manera si querían una mujer, y muy pocos habrían podido resistirse frente a una chica como Gemma. Seguramente ni siquiera el joven de Latour, a quien su hermana alababa.

Este hombre no solo había salvado a Gemma de una muerte segura después de la emboscada, sino que también la protegió aunque lo hubiera engañado, haciéndola huir en secreto del castillo. ¿Acaso tanta bondad y generosidad no eran dignas de un santo? Estaba convencida, por lo tanto, de que tarde o temprano el noble vendría a pedirle lo que consideraba la atención y el tiempo perdidos. Y con todos los intereses.

Gemma era una buena chica y no merecía convertirse en la amante de un noble que, seguramente, después de usarla a voluntad, la abandonaría. Lo mejor para ella habría sido volver a Italia con su gente. Estaba segura de que los que la amaban la ayudarían a reconstruir su vida. Todo esto, por supuesto, si no tuviera enemigos persiguiéndola, porque en ese caso llevar una diligencia al sur habría sido una elección equivocada y arriesgada.

Suspiró. Esta preocupación, sin embargo, aún estaba muy lejos. Un viaje a Lyon era una cosa, llegar a la frontera con Italia y cruzarla era otra. Para ello, Gemma tendría que trabajar durante mucho tiempo antes de poder conseguir todo el dinero que necesitaba; y era posible que, cuando llegara ese momento, se hubiera perdido el deseo de venganza de los que la odiaban.

—Me iré a la cama —dijo la buena mujer—. Por favor, si alguien llama a la puerta, no la abráis.

Gemma asintió. Madame Fabre siempre le pedía lo mismo. Pero ella también tenía miedo.

Cuando salió del castillo, ya se imaginaba, en parte, qué esperar; pero entonces, durante esos tres días de viaje a caballo, lejos del camino principal, sin detenerse nunca en las posadas y durmiendo en el bosque, comprendió que Tristán consideraba a los Moore mucho más peligrosos que cualquier gendarme. Le hizo preguntas a sus acompañantes, pero ambos respondieron que si el marqués lo había decidido, eso significaba que era lo único que se podía hacer.

No sabía si Tristán la había salvado de un peligro real o imaginario, pero

estaba segura que la había borrado de su mente, pues no había ido a buscarla.

En cambio, ella no podía evitar pensar en él. Recordaba con obstinación sus besos y sus caricias. Escuchaba su cálida voz en su mente, veía su sonrisa y esa pequeña cicatriz que parecía un hoyuelo. Cuando pensó en lo que había pasado esa noche, su cuerpo pareció iluminarse como una antorcha. No quería justificarlo, pero lo hizo. Después de todo, le había hecho daño y al final no había abusado de ella. Se había preguntado mil veces qué diría si llegaba a esa casa y le pedía que lo siguiera y se convirtiera en su amante. Se lo preguntaba, pero sabía la respuesta. Ya en el pasado, en la biblioteca, tomó su decisión. Lo amaba y, tal vez, siempre lo había amado.

Se decía que una manzana nunca caía demasiado lejos del árbol. Seguramente era una niña tonta enamorada, como lo fue su verdadera madre.

Siguió bordando con más empeño, imponiéndose a sí misma no seguir pensando en Tristán. Todo lo que tenía que hacer era trabajar y ganar lo suficiente para volver a casa. Una casa que en verdad no tenía. El lago, donde había crecido, estaría por siempre cerrado para ella, ni siquiera Verona habría sido un lugar posible. Una vez que supieran de la muerte de su hija y de lo que había hecho, la princesa Malpighi sería cualquier cosa menos benevolente con ella. Nunca habría comprendido su incertidumbre y sus temores y, tal vez, el castigo que le habría infligido no habría sido menos terrible que el de los Moore, si es que la encontraban.

Lombardía era la tierra que casi se podía considerar su hogar. En Milán, quizás, podría pasar desapercibida y seguir siendo bordadora.

Después de unas horas de descanso, a la mañana siguiente pidió de nuevo a su anfitriona que la acompañara a la sastrería de Madame Claudette.

La señora, una mujer amable y un poco ansiosa, recibió a las dos mujeres con gran placer y, después de felicitar a Gemma por el buen trabajo realizado en tan poco tiempo, le preparó otras prendas para bordar. Tenía que terminar pronto el ajuar de la hija de un rico comerciante que tenía la intención de casarse en agosto y, por lo tanto, debido al trabajo que había que hacer, incluyendo la ropa de cama, de paseo y de noche, necesitaba mucho su ayuda.

Como siempre, al mirar a Gemma, Madame Claudette no podía evitar preguntarse de dónde venía esa hermosa chica morena. Era evidente que era extranjera, aunque hablaba muy bien su idioma. Y también estaba claro que no

era una criada, como su amiga Odette quería que creyera. Más que una sirvienta, imposible con esas manos de piel lisa, podría haber sido una criada personal. Pero tenía algo más. Era evidente que era pobre y necesitaba trabajo, pero su comportamiento era el de una joven muy bien educada.

Después de despedirse con afecto de su querida amiga Odette y con simpatía de Gemma, regresó con su huésped, la viuda inglesa de uno de sus queridos primos, que la esperaba en la sala de estar adyacente.

La encontró en el umbral, mirando con curiosidad la puerta de entrada.

—Querida prima Abby, perdonadme por haceros esperar. Me alegra cada vez que venís a visitarme.

—Cuando estamos en París y mi señora lo permite, sabéis que nunca dejo de hacerlo. Esas dos mujeres no eran clientes, ¿verdad?

—No. La mayor es una vieja amiga que vive cerca y la chica es muy buena bordadora.

—Solo la vi por detrás. Tiene buen porte, parece una mujer noble.

—Si también lo pensáis vos, que vivís entre nobles todos los días, tiene que ser así.

—Mi señora es de una elegancia sin igual, así que no las puedo comparar, pero parece muy fina. ¿Es francesa?

—Aunque habla muy bien el idioma, no lo es. No sé de dónde viene, tampoco es inglesa —dijo sonriendo—. Su acento es muy diferente al vuestro y es muy bella. Cuando sonrío, tiene dos bonitos hoyuelos en las comisuras de los labios y sus ojos son tan azules que parecen reales.

—¿Y vive con vuestra amiga?

—Sí, desde hace un par de meses, creo. Pero habladme de vos y de vuestro progreso. La última vez que me visitasteis me hablasteis de lo generosa que es vuestra señora con usted.

—Es muy generosa, y hace poco tiempo también recibí una gran bonificación de mi señor.

Madame Claudette se rio con malicia, causando otra risita avergonzada y divertida al mismo tiempo.

—Vamos, amiga mía, soy demasiado vieja para ciertas cosas, aunque, debo decir, el mayordomo de la casa de Londres me hizo algunas propuestas —añadió la mujer con una pizca de coquetería y acariciando el encaje de la

cofia—. Parece que todavía no estoy para tirar.

—¿Os vais a casar de nuevo? —preguntó Claudette con curiosidad.

—Por nada del mundo. No hay ningún demonio que pueda convencerme para hacerlo. Vuestro primo era una buena persona, pero se emborrachaba a menudo. Quiero vivir en paz el resto de mi vida.

—Os deseo todo lo mejor. Estar en servicio, sin embargo, no hace que la vida sea serena. Muchas veces ni siquiera puedo dormir cinco horas por la noche.

—Es cierto, pero he ahorrado algo de dinero. Creo que dentro de unos años podré jubilarme y comprar una casa pequeña. Tal vez incluso antes —añadió Abby Benson sonriendo enigmáticamente.

Lady Helena

Durante días, en la sociedad no se habló más que del baile que Madame de Saint Nazaire daría en honor al compromiso de su hijo mayor, Maurice, con la jovencísima descendiente de otra noble familia. Una criatura muy atractiva que lo había vuelto loco a primera vista, se decía, hasta el punto de hacerle olvidar la joven señora que había cortejado asiduamente hasta unas semanas antes.

Todos los nobles parisinos tenían mucha curiosidad por conocer a la esposa, pero, en realidad, estaban mucho más interesados en ver con sus propios ojos la reacción de la señora abandonada, de la que se decía que tenía un carácter muy impulsivo y que, sin duda, participaría en el baile por orgullo. A Tristán no le importaban en absoluto los escándalos y las pasiones de aquellas damiselas ni tanta mundanalidad, y en ese momento, de pie en la majestuosa escalera con muchos otros nobles esperando a que se les anunciara, empezó a impacientarse.

Sabía que era un hombre sencillo y que prefería las recepciones modestas donde podía tener conversaciones agradables con conocidos selectos y escuchar buena música en lugar de aguantar a la gente que no le importaba. A diferencia de su prometida, que no quería perderse nada.

Se volvió para mirarla mientras hablaba con otra señora que estaba esperando y solo podía admitir, aunque desencantado, que estaba magnífica con ese vestido azul. Una mujer bella a la que no quería. De hecho, una mujer aparentemente espléndida que cada día revelaba más y más lo peor de sí misma.

Cuando llegó a París unas semanas antes, ella fue a su encuentro con tanta alegría que por un momento se sintió culpable de no amarla. Un sentimiento que solo duró unos pocos minutos, hasta que se puso el sombrero pidiéndole que la disculpara, pues tenía que reunirse con su nueva y querida amiga Brigitte para hacer unas compras con ella. Le dijo, acariciándolo como acariciaría a su perrito, que se verían esa misma noche.

Sin prisa, por supuesto.

«Compras... No hace otra cosa», pensó con amargura. Durante su estancia en París había acumulado tantas facturas que en esas semanas llegaron a su estudio por docenas. Solo el vestido que usó para el baile valía el sueldo de un mayordomo durante cinco años, sin contar la peluca, cuyo costo estaba más allá de la imaginación.

Esa tarde, después de recibir la última factura de la modista, entró en su tocador y se la enseñó pidiendo explicaciones. Se sonrojó y preguntó con tono de broma:

—*¿Te has vuelto tacaño, querido Tristán? ¿Eres tan mezquino hasta el punto de privarme de lo que es necesario?* —y mientras se ponía un lunar en una de las mejillas, añadió con inseguridad—: *¿Qué opinas? ¿No crees que me hace parecer mayor?*

Ignoró esa pregunta insulsa.

—*No soy tacaño, y me imagino que preferirías tener menos vestidos a no tener ninguno, porque si sigues así acabaré en la cárcel por deudas.*

Helena lo miró con asombro y se rio brevemente con desconcierto.

—*Imagino que estás de broma. Tante Marie me ha dicho que eres un hombre muy rico. Has heredado el castillo y la tierra en Joigny junto con este palacio, además, no eres un hombre que tira los documentos de las propiedad en las mesas de juego y los pierde.*

—*¿También has visto eso durante tu estancia en París?*

—*A los nobles no les importa el dinero. Anoche oí que una duquesa se quitó el collar de diamantes y lo tiró a la mesa para cubrir su apuesta. Quería ganar a cualquier precio contra alguien que, según dicen, había sido su amante.*

—*Todo muy señorial* —comentó con sarcasmo—. *Madame Blanchard tiene razón. Soy un hombre rico, como nunca antes lo había sido, pero un bolso bordado con perlas es un poco demasiado... de la realeza para mis finanzas.*

—*Solo tiene veinte perlas y me ha costado mucho menos que si hubiera comprado los zapatos adecuados para el vestido rosa. Mi madre me lo impidió porque los rubíes que adornaban los tacones no parecían valer lo que me pedían y porque pensó que no te iban a gustar* —y haciendo un puchero añadió—: *A mi madre nunca le gusta nada de lo que hago.*

—*Entonces, tengo que darle las gracias a lady Philpeters* —comentó con frialdad. ¡Maldita sea! Helena había sido esposa de un soldado, ¿era posible

que no se diera cuenta de que esos gastos eran muy exagerados? Hablaba de perlas y rubíes en bolsos y zapatos sin ningún tipo de vergüenza aprovechando su generosidad sin frenos—. *En cualquier caso, no necesitarás la mitad de toda esa ropa cuando lleguemos a casa.*

—*¿A casa?* —repitió perpleja—. *¿Te refieres al castillo?*

Como a Helena le gustaba tanto París, Tristán tuvo la satisfacción de decir:

—*No, me refiero a Virginia. Tengo pensado irme en dos o tres meses.*

Se llevó las manos al pecho, como si el golpe que le había propinado la información hubiera sido mortal. Entonces empezó a llorar por el capricho.

—*No querrás llevarme de vuelta a ese asqueroso lugar después de... después de todo esto* —dijo en estado de luto mirando a su alrededor con una mirada significativa.

En ese momento volvió a la mente Gemma y su dignidad. Gemma, que aunque obligada a enfrentarse a lo desconocido, no había llorado.

—*Sí, después de todo esto* —repitió—. *Creo que tendrás que resignarte. Y para ser más precisos, cuando me vaya de la ciudad en dos o tres semanas, tú y tu madre vendréis conmigo.*

Helena le miró con amargura, luego se encerró en su habitación y no salió hasta pasadas cinco horas, lista para asistir al baile.

Lady Philpeters, mientras tanto, se reunió con él en el estudio y se disculpó con mucha vergüenza por el comportamiento de su hija.

—*No tenéis que hacerlo, lady Jane. Helena es una mujer adulta y responsable de su propio comportamiento.*

—*Es como una niña pequeña en un mundo de juguetes* —dijo la señora con pesar—. *Como ya sabéis, cuando estaba casada con el mayor Harvey, su vida no era tan fácil. Pertenecía a la pequeña nobleza, no tenía mucho dinero y su casa era muy modesta. Vivían prácticamente de forma muy sencilla con una sola criada.*

—*Una vida llena de sufrimiento* —comentó sin poder ocultar la ironía—. *Pero la casa de Virginia, aunque no fuera tan espléndida como el palacio de Latour, sigue siendo una hermosa residencia y no echará de menos a los sirvientes. Incluso puede hacerse llamar marquesa si quiere. Y sé que lo hará* —concluyó con amargura.

Lady Philpeters se sonrojó de repente.

—*Espero de verdad que se adapte*—susurró sin estar convencida.

Ahora, en las escaleras, con su prometida todavía resentida hacia él, su pensamiento volvió, como siempre, a Gemma.

Ella estaba allí, anidada en su corazón, y no quería irse. La había ayudado y seguía protegiéndola, porque Jack, sin ser visto, iba todos los días cerca de la casa de Madame Fabre para comprobar que todo estaba bien, pero nunca había intentado volver a verla.

En la guerra experimentó hambre, miedo y traición, y una vez superada la cólera comprendió sus temores. A pesar de ello, no había podido aceptar que no le hubiera confesado nada. ¡Maldita sea! Había tenido muchas oportunidades para hacerlo. ¿Cómo podía haberlo considerado el típico aristócrata arrogante, incapaz de entender la angustia de los demás? Pero, sobre todo, ¿cómo pudo dejarse abrazar y besar con tanto abandono en el banco junto al estanque sabiendo que lo iba a dejar para siempre?

Al elegir no volver a verla, se había castigado con crueldad, porque la amaba, y a veces sentía un dolor casi físico al pensar que ya no podía tocarla.

Navegando con la mente sobre un mar de pensamientos a menudo tormentosos, imaginó que tendría la satisfacción de poseerla, retomando donde lo había dejado esa maldita noche antes de irse. No con violencia, no, sino con pasión, iluminando poco a poco el cuerpo que apenas había saboreado. Así saciaría su sed de ella, descubriendo, quizás, que era exactamente igual a todas las demás, y que, por lo tanto, debería olvidarla.

Otras veces, sin embargo, volviendo a pensar en sus besos inexpertos pero apasionados, había imaginado perdonarla e incluso llevarla con ella a Virginia, creyendo, de esta manera, llegar a la felicidad a la que todo hombre aspiraba.

Miró una vez más a Helena, que le devolvió una mirada de mal humor. No tendría a Gemma y, por lo tanto, no tendría por qué pisotear el honor retirando su promesa, ¿pero estaba seguro de que quería condenarse a sí mismo a esa muñeca blanca llena de maquillaje que estaba a su lado?

En el baile de Madame de Saint Nazaire

Después de que los recibieran los señores de Saint Nazaire, que esperaban a los invitados en lo alto de las escaleras, Tristán se vio obligado en los pasillos a hacer varias reverencias y besamanos, y mientras Helena hacía lo que más le gustaba, es decir, bailar, entró en una pequeña sala de estar donde habían montado mesas de juego.

No tardó en ver a lady Moore, a quien le gustaba mucho jugar a las cartas. La señora tenía la cara tensa, una señal obvia de que estaba perdiendo.

Tristán se acercó a ella y siguió en silencio las últimas etapas del juego en las que, como se había imaginado, perdió.

Lady Moore se enfurruñó durante un momento por la decepción, pero al darse cuenta de la presencia del marqués se disculpó con el otro jugador y se levantó de la mesa.

—Marqués, es un placer volver a veros. Por fin habéis decidido uniros a nosotros. ¿Está vuestra prometida con vos?

—Sí. Creo que está bailando ahora mismo, lady Moore —dijo Tristán, ya cansado de las cortesías—. O, mejor dicho, ¿debería decir lady Sinclair?

La elegante dama se sonrojó bajo el colorete. No sabía que estuvierais al corriente de que mi marido era el heredero del pobre Charles.

—Me informó el mismo Moore. Pensé que ya habíais regresado a Londres. Los niños... —se tomó el gusto de decir—. Recuerdo que estabais muy ansiosa por volver a verlos.

—Y todavía lo estoy, nos iremos dentro de dos o tres semanas. Después de todo, el querido George ya no puede retrasar el regreso a casa. Ya es hora de que se resuelvan los problemas de la herencia.

—Por supuesto.

—Nunca quiso el título y lamenta cada día que se deba a la muerte de su querido pariente.

—Estoy seguro de ello.

El tono era tranquilo y gentil, pero Amelia percibió un matiz sarcástico.

¿Tenía dudas el marqués por la muerte tan cruel de Sinclair? ¿Sería lo mismo para el resto una vez en Londres? Esperaba fervientemente que no, porque George la había convencido para no decir que quizás Sinclair había sido un espía. Por supuesto, las personas malvadas y cínicas podrían argumentar que su desinterés por el título no había sido sincero, pero estaba segura de que nadie iría más allá con las suposiciones. Todos sabían que su marido no era malo, al igual que tampoco lo era ella.

Era muy consciente, por supuesto, de que estallaba inmediatamente contra aquellos que no se comportaban bien con ella, pero su ira siempre duraba poco. A primera hora de la tarde, por ejemplo, cuando su criada le dio la increíble noticia de que por casualidad había visto a la chica que se hizo pasar por lady Sinclair, superada la curiosidad natural de cómo y con quién vivía esa mentirosa, se dio cuenta de que ya no tenía ningún deseo de venganza, solo sentía un poco de molestia. Esa chica les había causado demasiadas preocupaciones, pero ya no era apropiado darle importancia. Y fue lo que ella también le dijo a Moore cuando le informó de ello. En lo que a ella respecta, esa criatura inútil podría seguir haciendo su miserable vida.

Él sonrió y estuvo de acuerdo.

«—Sois muy generosa, amor mío. Admito que mandé buscarla para castigarla, pero sin poder encontrarla —continuó—. Estaba seguro de que se dirigía a Italia, pero me equivoqué. Sin embargo, ya no me importa, ya que no puede ser culpable de la muerte de nuestro querido Charles. Creo que, a partir de ahora, podemos dejar de pensar en esa historia».

Y como lady Moore se sentía muy orgullosa de su loable bondad, decidió incluir al marqués de Latour en ella.

—Recordaréis, por supuesto, a la chica horrible que tuvo la audacia de hacerse pasar por lady Sinclair...

—Difícil de olvidar —respondió cortésmente Tristán.

—Bien, mi criada la ha visto esta mañana durante una visita a una conocida en... no recuerdo en qué barrio miserable, pero era aquí, en París. Y creo que tiene lo que se merece.

Impasible, Tristán preguntó:

—¿Estáis segura? Supuse que había vuelto a Italia.

—Moore también lo pensaba. Pero si mi criada tiene razón, ambos estáis equivocados. En cualquier caso, sir George y yo decidimos perdonarla y dejar

atrás el castigo que queríamos infligirle en su momento.

—Y, por pura curiosidad, ¿qué pensabais hacerle?

Dio una risita que molestó mucho al marqués.

—Sé que no es muy elegante, pero cuando todavía estaba tan enfadada me habría gustado arrancarle la piel de la espalda a latigazos. Qué valentía mentirnos como hizo, y hasta decir que es la hija ilegítima del príncipe Malpighi y, por lo tanto, la hermanastra de lady Sinclair.

—¿De verdad lo creéis? —respondió Tristán escondiendo su sorpresa. Gemma no le había dicho nada de eso. Verdadero o falso, ya que tales situaciones eran cualquier cosa menos raras, seguramente lo escribiera en la carta desaparecida. Desaparecida en las hábiles manos de los Moore, por supuesto—. ¿Estáis segura, señora, de que no fue solo un rumor de los sirvientes? —preguntó después—. Sabréis, me imagino, cuánto les gusta hablar en ciertos eventos, y, puesto que esa chica había sido tan buena fingiendo ser una señora, de boca en boca podrían haberla hecho convertirse en lo que habéis escuchado.

Lady Moore se mordió el labio inferior con nerviosismo, avergonzada de haber dejado escapar una noticia que podría revelar su papel en la desaparición de la carta. Gracias a Dios que el marqués no le había dado ninguna importancia.

—Tiene que haber sido así, por supuesto.

—Me gustaría mucho saludar a Moore —dijo Tristán por obligación.

—Debido a otro compromiso, no me ha acompañado, pero me prometió que vendría más tarde. En cuanto le vea, le informaré de que os he visto y, seguramente, le gustaría presentaros sus respetos.

Tristán asintió.

—Muy bien, esperaré ansiosamente —después de lo cual hizo una reverencia, le besó la mano de nuevo y se fue de la habitación.

La obligada sonrisa que había mantenido con lady Moore desapareció de sus labios mientras salía también del salón con paso rápido. La noticia que había escuchado era desagradable de verdad. Sir Moore ya conocía el refugio de Gemma y, contrariamente a lo que lady Amelia había dicho, estaba seguro de que el hombre no estaba dispuesto a dejarla escapar. Gemma estaba en

grave peligro y, por lo tanto, tenía que actuar rápido.

Fue en busca de Jack, que esa noche estaba con el personal francés del palacio de Latour, y después de haberlo encontrado jugando a los dados con el cochero, le dio una serie de órdenes cortas y firmes de tal forma que el hombre parecía haber regresado a la época de la guerra.

Luego fue al otro salón a buscar a Helena.

La vio después de varios minutos de búsqueda impaciente, un momento antes de que pasara por un pequeño arco que, según descubrió, conducía a un pasillo en el que se abrían algunas habitaciones. Dudó, preguntándose en qué habitación había entrado, pero luego oyó la risa de una mujer y entró en la sala de estar de la que salía. Y allí la vio, aferrada a un hombre que la besaba en el cuello.

No amaba ni apreciaba a su prometida, pero nunca sospechó que pudiera traicionarlo.

Al verlo, Helena se apartó de su compañero con un grito débil y, absurdamente, Tristán pensó que si no hubiera sido una ofensa muy seria, hasta podría haberse reído de ello.

El caballero de Lefevrer, que ella misma le había presentado esa noche junto a su consorte, se recompuso y hasta exclamó con altivez:

—Marqués... Espero que no montéis un espectáculo. Estaré a vuestra disposición cuando y donde queráis.

—No os desafiare. No por ella —contestó con frialdad Tristán mirando a Helena con desprecio.

—Estáis ofendiendo a una señora. ¡Seré yo el que os desafíe!

Por lo que parecía, ese idiota sentía la necesidad de arriesgar su vida por el honor de una mujer que no tenía decoro.

—Adelante, pero ahora no tengo tiempo para escuchar vuestra insensibilidad. Supongo que sabéis dónde encontrarme.

—Os lo ruego, dejad a Damien, hacedlo por mí —habló Helena.

Tristán sacudió la cabeza, más disgustado que enfadado.

—Quería decirte que tengo que salir temprano del baile. Te enviaré el carruaje pronto —dicho esto, se dio la vuelta para salir de la habitación y volver al salón.

Helena lo persiguió.

—Tristán... no es...

—¿Como he visto? ¿Eso es lo que quieres decir? —la interrumpió—. No insultes mi inteligencia. ¡Ya basta! Espero que no quieras ser tú la que forme el escándalo que todos esperan de los demás esta noche.

—Tengo que explicártelo. Estaba enfadada, decepcionada...

—Por supuesto que sí. Dejar que otro hombre te bese y te acaricie es la expresión de tu decepción. Es una pena que tuviera la sensación de que no era la primera vez.

No se justificó de nuevo, pero mientras le rogaba que la dejara regresar al palacio con él, le puso mirada de cervatillo herido.

—Ahora no puedes venir conmigo. Pero no te preocupes —añadió con sarcasmo—, no me olvidaré de hablar contigo acerca de esta historia cuando tenga tiempo.

—Es solo una tontería. ¡No puedes tratarme así! —contestó ella repentinamente enfadada.

Se detuvo, aunque solo fuera por un momento.

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que mereces algo mejor? —después sacudió el brazo para deshacerse de su mano y salió de ese edificio sin siquiera despedirse de sus anfitriones.

No le importaba Helena, ni tampoco su humillación. Solo le importaba lo que podría haberle pasado a Gemma.

Si Moore sabía de su escondite esa tarde, habían pasado al menos siete u ocho horas durante las cuales el hombre había sido capaz de organizarse como quería. Por supuesto, movilizaría a sus secuaces al caer la oscuridad. Maldición, podría ser ya demasiado tarde.

Llegó al palacio de Latour poco después y encontró a dos de sus hombres esperando en el patio de los establos, con su caballo ya ensillado.

—Tal y como habéis ordenado, Jack y Casper se han adelantado para asegurarse de que no le haya pasado nada a la señora —le informó el mayor de los dos—. Homer está vigilando la casa de los Moore y Gus...

Pero el resto de la frase terminó en el viento porque Tristán ya se había montado en el caballo y se dirigía al galope hacia la puerta principal.

Labelette

En el mismo momento en que Tristán ponía un pie en el salón de baile de los señores de Saint Nazaire, la señora Fabre se iba a la cama después de una agradable charla con Gemma.

En cambio, la joven siguió bordando a la luz de las velas cuando escuchó que alguien llamaba repetidamente a la puerta. Insegura, con la pechera que estaba bordando en las manos, miró hacia arriba, hacia la escalera, donde apareció su protectora en camisión y un chal grande sobre los hombros.

«¿Quién podría ser?», se preguntó la chica con el corazón revuelto. Pensó de inmediato en Tristán, pero, consciente de que solo era una estúpida ilusa, el miedo se apoderó de ella. ¿Y si sir Moore la había encontrado? ¿Y si hubiera enviado a alguien a hacerle daño o denunciado a los gendarmes?

Odette se acercó a la puerta y gritó:

—¿Quién es a estas horas? ¡La gente está durmiendo!

—Perdonadme, señora Fabre —dijo desde fuera una voz masculina con un tono casi tímido—. El padre Martin me dijo que era indispensable que os molestara porque vuestra querida amiga Claudette está muy enferma y quiere veros antes de morir.

La buena mujer, con la cara distorsionada por la preocupación, abrió de inmediato.

—¿Claudette? ¿Qué le ha pasado? La vi esta mañana y estaba... —no pudo decir nada más al retroceder por el susto—. Dios mío... —susurró.

El hombre frente a ella no se parecía a alguien que hubiera enviado un sacerdote. Estaba completamente armado y, al entrar, seguido de otra figura, se burló con sarcasmo.

—No te preocupes, mujer, tu amiga está bien. Es ella quien me interesa —dijo mirando a Gemma, quien, aún sentada en la silla con la pechera en la mano, parecía estar paralizada.

Había temido a los gendarmes y a los Moore, pero no pensaba que alguien

más quisiera hacerle daño. Sin embargo, ese alguien estaba frente a ella, con la cara de un hombre que, aunque hubiera vivido cien años, jamás podría haber olvidado. Un rostro que había vuelto demasiado a menudo en sus pesadillas junto al de Labelette, porque era el del bandolero que le había cortado la garganta a su hermana.

—¿Qué te parece, hermosa muchacha, si nos sigues en silencio y sin armar un escándalo para que la anciana no muera? —continuó el hombre volviéndose hacia Gemma.

La joven mujer asintió, levantándose lentamente. No creía en las palabras de ese bandido, pero no podía arriesgar la vida de la buena señora Fabre.

El hombre sonrió e hizo una reverencia exagerada.

—Bien, princesita. Vámonos.

La montaron en el caballo de un tercer hombre que estaba esperando afuera, pero no recorrieron mucho camino en los animales. Cuando estuvieron a orillas del Sena, los bandidos la entregaron a uno de sus cómplices y tomaron una barca escondida cerca. Uno de ellos la empujó con fuerza hacia el fondo, y en esa posición, con el fuerte olor a madera podrida, a Gemma le pareció que pasó una eternidad mientras cruzaban el río hasta llegar por fin a una cala en la otra orilla.

Había otro hombre esperando con otros caballos, y después de una buena media hora llegaron a una choza en un pequeño claro en el bosque.

—Este, por el momento, será tu nuevo hogar —dijo el bandido cogiéndola de la cintura para bajarla. Después la abrazó durante un momento y sonrió con sadismo—. Me gustaría tomarte y... recuerda mi nombre, Moulineau, cuando grites de placer.

Con las manos atadas, Gemma intentó liberarse lo mejor que pudo, pero cayó al suelo.

—¡Preferiría morir ahora! Me vais a matar de todos modos, como hicisteis con la princesa y todos los demás ocupantes del carruaje —después de lo ocurrido, no podía esperar lo contrario. Era la única superviviente de una masacre que probablemente había sido tejida por un enemigo de lord Sinclair. Pero, quienquiera que fuera, ¿cómo se las arregló el cliente para descubrir que aún estaba viva? ¿Y por qué no matarla inmediatamente en la casa de Madame Fabre?

El hombre se sorprendió, pero se rio.

—Entonces no te desmayaste. Qué buena chica. Aporrearon a mi hermano porque el jefe pensó que fue un estúpido al confundir a una chica inconsciente con una muerta... ¿Lo has oído, Borromé? —preguntó volviéndose hacia uno de sus compañeros, un hombre alto, delgado, calvo y de piel marcada—. Estaba despierta y creíste que estaba muerta Te volverán a dar más martillazos por esto —añadió riéndose.

Borromé puso una mueca de maldad.

—La próxima vez que compruebe si esta perra respira tendrá una daga en el corazón.

Moulineau la levantó y la empujó bruscamente al interior de la choza, iluminada solo por la llama de una vela colocada sobre una mesa destartalada. Luego se volvió hacia alguien en la sombra.

—Labelette, ya habéis visto que la hemos encontrado.

—¿Tengo que darte un premio por ello?

Labelette salió de la sombra y se acercó a Gemma, con los labios doblados en una sonrisa aterradora.

—Nos hemos pasado mucho tiempo buscándote y no me gusta perder el tiempo.

Con los ojos bien abiertos, aterrorizada por ese rostro monstruoso, en ese momento sin máscara, Gemma dio dos pasos atrás y tropezó con algo en el suelo. Se cayó, pero igualmente se alejó de ese hombre hasta que se topó con la pared detrás de ella. Lo vio de lejos el día de la emboscada, y muy a menudo también en sus pesadillas; pero mirándolo de cerca, en la luz temblorosa de esa vela, le faltaba el corazón del horror. Le daban ganas de gritar, de correr y de esconderse con los ojos cerrados y los brazos alrededor de la cabeza. Era como si el diablo hubiera salido del infierno y estuviera listo para hacerle daño.

Se rio, su miedo le parecía divertido. Se había acostumbrado a su apariencia y el horror de una mujer ya no lo humillaba. Había vivido con ese rostro durante diez años y había aprendido a no avergonzarse de él. Al contrario, sacó fuerza y poder de él. El pánico en los ojos de las mujeres, cuando estaba a punto de poseerlas, era una fuente de gran placer para él. Un placer que, sin duda, también le daría esta mujer.

Levantó los brazos, llevó las manos hacia delante con los dedos formando garras e imitó el grito de un animal, que ni siquiera él sabía cuál era. La vio

sobresaltarse y se rio de nuevo.

—Quédate donde estás, estúpida, y sigue sin respirar —luego le ordenó a dos de sus hombres que montaran guardia fuera y, finalmente, se puso cómodo frente a la mesa jugando a los dados con Moulineau.

En la siguiente media hora, acurrucada en su esquina, la joven vio que Labelette y Moulineau habían bebido mucho y que si se quedaban dormidos podría intentar escapar. Tenía las manos atadas y la puerta estaba cerrada, pero siempre podía intentar salir por la ventana, que no tenía rejas, para eludir la vigilancia de los dos que vigilaban la choza. Suspiró profundamente. Sabía que no tenía mucha esperanza, pero esos pensamientos la ayudaron a no ceder a la desesperación.

Después de algún tiempo, uno de los bandidos de la guardia entró diciendo que *sangre azul* había llegado y, cuando la puerta se abrió de par en par, la joven mujer se encontró, incrédula, mirando al hombre ricamente vestido de raso y encaje que avanzaba en la habitación sujetando un pañuelo de encaje sobre la nariz.

«Sir Moore...», pensó conmovida.

Tenía miedo de él, miedo de su venganza porque, habiéndolo conocido, aunque fuera por poco tiempo, estaba segura de que su orgullo de noble no pasaría por alto la ofensa que le había hecho tratándole como a un igual. A pesar de ello, nunca se había imaginado que podría haber sido responsable del asesinato de lord Sinclair y su hermana.

Pero ahora no había duda y la razón era fácil de adivinar: Moore tenía mil razones para matar a su primo, pero solo una para deshacerse de Celeste.

Es posible que ahora sir Moore se hiciera llamar lord Sinclair.

Ahora entendía muchas cosas. Tristán debía tener algunas sospechas sobre el papel de Moore en el asunto y, quizás por eso, quería protegerla a pesar de que ella no se lo mereciera. Y también debió creer que lo había hecho con el suficiente cuidado al enviarla con la señora Fabre en secreto, sin imaginar que este hombre malvado podría haberla encontrado allí también.

No se dio cuenta de que al pensar en ello su boca se había curvado una línea de desprecio y, consciente de que ya estaba prácticamente muerta, encontró el valor que creía que no tenía.

—Así que habéis sido vos quien mandó matar a mi hermana y a vuestro querido primo.

Moore la miró perpleja. Se imaginó que la chica creería que quería venganza por el engaño sufrido. ¿Cómo se dio cuenta de que él era el responsable del asesinato de Sinclair? No es que le importara de verdad, ya que quería deshacerse de ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con la única intención de satisfacer su curiosidad.

—Esta perrita nos vio matar a todos, mi señor, nos lo ha dicho —se entrometió Labelette.

Moore le hizo callar con un soberbio gesto de su mano. Y sin apartar la mirada de Gemma, añadió:

—Así que los has reconocido.

—Los he reconocido. No me había desmayado cuando atacaron el carruaje, contuve la respiración para que pareciera que estaba muerta.

—Nunca lo habría imaginado.

—No vos.

Enfadado por tanto desprecio por parte de una mujer que no valía nada, Moore le quitó el látigo de la mano a su sirviente y la golpeó con un movimiento rápido entre el cuello y el hombro, dejando sobre la delicada piel de su garganta una llamativa marca roja.

—¡No vuelvas a hablarme así! —y sin dejar de mirar a la joven, indiferente a su dolor, añadió—: ¿Qué papel jugó el marqués de Latour en tu huida?

Por un momento, el dolor del azote desapareció, dejando espacio para un sufrimiento aún más ardiente. Dios... ¿haría que mataran a Tristán también?

—Ninguno —gritó—. ¡Ninguno! El marqués me echó cuando se enteró de mi engaño y tuve la suerte de encontrar ayuda en el camino.

Moore dobló los labios en una mueca cruel.

—Mañana, mujer, me lo dirás seguro.

Con paso rápido se acercó a la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Labelette.

—Volveré mañana y quiero encontrar a la chica en el estado en que se encuentra ahora. Después tendréis tiempo vos y vuestros hombres para hacer con ella lo que queráis antes de matarla. Esta vez habéis hecho un buen trabajo, y por esta razón, cuando nos volvamos a ver tendréis el doble de lo pactado.

Un extraño paseo

Después de que la atacaran, la pobre señora Fabre encontró la fuerza para cerrar la puerta de nuevo y luego, como si la hubiesen vaciado, se deslizó a lo largo de la pared hasta sentarse en el suelo, acurrucada sobre sí misma. Esos hombres le ordenaron no hacer sonar la alarma sobre el secuestro de Gemma, de lo contrario, la amenazaron con regresar para arrancarle la carne de los huesos. Tenía miedo, mucho miedo, pero luego se recuperó un poco y, pensando con su sentido común habitual, se dio cuenta de que si esas bestias querían matarla, lo harían de inmediato.

Pero no había nadie a quien alarmar. Pensó en ir y despertar al sacerdote para pedirle consejo, cuando, de nuevo, oyó que llamaban a la puerta.

Esta vez, decidió que no se dejaría engañar tan fácilmente y, con el corazón lleno de aprehensión, la buena mujer permaneció en silencio con la mano en la boca, casi temiendo que un suspiro pudiera revelar su presencia.

Después de más golpes, oyó una voz:

—Estoy al servicio del marqués de Latour, señora Fabre. Si estáis en casa, por favor, abrid. Tengo motivos para creer que la señorita Gemma está en peligro.

—¿El marqués de Latour? —susurró la mujer con la voz llena de miedo y esperanza.

—Soy uno de sus hombres. Si os tranquiliza, mirad por la ventana, las rejas os protegerán. Tal vez me recordéis.

Temerosa, la mujer se acercó a la ventana y reconoció a uno de los hombres que había acompañado a Gemma a su casa.

Corrió a abrir la puerta y luego, llorando, contó lo que había pasado.

—¿Qué dirá el marqués de mí? No pude proteger a esa pobre chica —sollozó al fin.

—No podíais —dijo una profunda voz en el umbral.

Odetta corrió a arrodillarse a los pies del hombre que había hablado cuando le reconoció, aunque nunca lo había visto, como nieto del marqués

Armand.

—Perdonadme por haber sido tan tonta. Esos hombres me engañaron diciéndome que les había enviado el padre Martin porque una querida amiga mía se estaba muriendo.

—Han secuestrado a la señora, capitán —dijo Jack en voz baja.

Tristán estaba tan tenso que rompió el látigo que tenía en las manos. Era lo que él temía y había llegado tarde. El alivio que sintió al saber que no habían asesinado a Gemma duró solo unos segundos. La joven estaba a merced de unos bandidos asesinos y de un maldito pedante que la quería muerta. Peor aún, como la había secuestrado, casi con toda seguridad quería tomar el gusto de torturarla primero solo para vengarse por el engaño.

—Levantaos, por favor. No tenéis la culpa. Si no hubierais abierto la puerta, esos bastardos no se habrían detenido. Haré que uno de mis hombres os acompañe.

—Tengo una buena amiga que vive cerca, pero... no —añadió la buena mujer sacudiendo la cabeza—, creo que es mejor confiar en el padre Martin. Él... nunca le contará a nadie sobre esta historia.

—Bien, cuando encuentre a Gemma la llevaré con vos y las dos vendréis al palacio de Latour.

La mujer se sintió aliviada por tanta seguridad. ¿Pero encontraría de verdad a esa pobre chica? Después se preguntó por qué la llegada del marqués había sido tan oportuna.

Tristán no sabía adónde habían llevado esos bandidos a Gemma, y por desgracia tenían una ventaja de más de dos horas. Sin embargo, sabía que Moore iría al baile y allí, maldita sea, lo atraparía.

Furioso, se apresuró a dar más órdenes y luego salió de la casa para ir de nuevo al palacio de los señores de Saint Nazaire.

El hombre que se fue a vigilar le informó que Moore aún no había llegado, pero Tristán no tuvo que esperar mucho antes de ver cómo su carruaje se detenía frente a la amplia puerta.

Después de despedirse de sus lacayos, sir Moore cruzó el patio iluminado por las antorchas con pasos cortos y algo inciertos sobre los tacones de sus zapatos. Iba a poner un pie en el primer escalón cuando oyó que alguien le

saludaba con gracia por detrás.

—Moore, es un placer volver a veros.

El noble se dio la vuelta y, al ver al marqués de Latour, fingió una cierta sorpresa.

A diferencia de su esposa, sabía que el marqués había estado en París durante unas semanas, pero siempre se las había arreglado para evitar encontrarse con él. Había algo en ese americano que lo inquietaba, sin mencionar que estaba convencido de que había ayudado a esa chica miserable, aunque lo hubiera negado. De hecho, no podía imaginarse a una mujer tan bella y sin dinero llegando a París sin sufrir daños y consiguiendo la protección de una mujer honesta. Y si sus obligaciones sociales no lo hubieran forzado a unirse a su esposa en ese maldito baile, habría hecho que escupiera la verdad al sonido de los latigazos esa misma noche.

—El placer es mío, de Latour. Veo que vos también llegáis tarde. ¿Habéis dado prioridad a otras recepciones?

—Como vos, me imagino. Deberíais saber que tenía intención de visitaros esta tarde, pues tengo novedades sobre la muerte de vuestro primo. Un compromiso imprevisto me ha impedido hacerlo, pero esta reunión me es muy propicia —añadió Tristán.

Sir Moore dudó. El hecho de que el marqués haya dicho que hay novedades sobre la muerte de Charles le intrigó y al mismo tiempo le asustó, así que se atrevió a proponer que subiera y lo hablaran en un salón privado frente a un buen coñac.

—Sois demasiado optimista si creéis que podéis encontrar en esta casa un lugar tranquilo para hablar —respondió Tristán sonriendo tranquilamente—. Es una noche maravillosa y solo será por unos minutos —después de lo cual lo cogió amistosamente del brazo mientras caminaba con él por la calle bajo la mirada distraída de los dos porteros.

—No me siento cómodo caminando sin escolta, marqués —rebató Moore, sintiéndose prácticamente arrastrado por el camino. Tenía miedo y no le gustaba esa sensación.

—No os preocupéis, tenemos la mía —contestó Tristán, y cuando se alejaron unos metros del palacio donde se desarrollaba el baile, Tristán hizo una señal a sus hombres para acercarse a ellos con los caballos.

Cada vez más nervioso, el noble se giró y no vio venir el puñetazo que le

golpeó con fuerza en la cara haciendo que se desmayara.

Cuando se despertó, tenía un fuerte dolor de cabeza y estaba atado a una silla en lo que parecía ser un sótano. Había una lámpara en un estante no muy lejos, y a su alrededor solo había oscuridad.

—¿Hay alguien ahí? —gritó mirando a la oscuridad frente a él.

—Sí. Como podéis ver, no os he abandonado —dijo Tristán saliendo de la sombra.

—Maldito seáis... ¿por qué me hacéis esto?

—Moore, dejadme que sea yo el que os pregunte el motivo de vuestra queja. Deberías saber por qué os he arrastrado hasta aquí por la fuerza.

—Me habéis golpeado como ningún hombre honorable lo haría con un igual —le acusó Moore.

—Tenéis razón. Por el contrario, vos preferís delegar los trabajos sucios en otros.

—Repito que no entiendo de qué estáis hablando.

Tristán se detuvo a un paso del prisionero.

—Veréis, querido señor, estoy hablando de asesinatos y secuestros. El asesinato de vuestro primo, por ejemplo, el de su esposa y la del resto que, me imagino, no son nada para vos. Y estoy hablando del secuestro de una chica inocente, que no entendió nada de vuestro turbio oficio y que nunca podría hablar de él. ¿Dónde está Gemma? —añadió enfatizando las palabras.

—¿Estáis hablando de la pequeña mentirosa que se atrevió a hacer creer a la gente que era una señora? Aunque lo supiera, no os lo diría. Dejando a un lado las cortesías, nunca me habéis gustado —declaró Moore fingiendo una calma que no sentía.

Con la misma tranquilidad, Tristán respondió:

—Me alivia saberlo, no quiero respetar a los cobardes sin honor.

Moore encajó el golpe.

—Aunque sigáis ofendiéndome, no os diré dónde está la chica —siseó, dándose cuenta demasiado tarde de que con esas palabras había admitido ser el responsable del secuestro de Gemma.

—Ahora no volveré a dudar en hacerte confesar por la fuerza. Tengo los medios para hacerte hablar.

Ante la dura mirada del marqués, Moore sintió una sensación de pánico irrefrenable. El americano no dudaría en llevar a cabo sus amenazas, estaba seguro de ello.

El marqués tomó un taburete y se sentó frente a él, empezando a enumerar lo que sufriría si no le decía adónde había llevado a Gemma y terminando con la espantosa historia de la tortura india, de la que él mismo solo había oído hablar. Después, lo cogió por el encaje de la corbata.

—No tendré piedad, Moore. Os aseguro que si no habláis, no disfrutaréis de vuestro nuevo título, porque en caso de que decida dejaros vivir, quedaréis reducido a un gusano.

Sir George tembló, pero sin estar muy convencido preguntó:

—¿Hacéis todo esto por una sierva miserable?

—Después de conocer a algunas señoras... sí, y no me importa —respondió Tristán mientras uno de sus hombres se acercaba con un hacha pequeña en las manos—. Y ahora, ¿qué tal si me decís dónde tenéis encarcelada a la chica?

Moore no era un hombre de armas y, además, era un cobarde.

—Por el amor de Dios, os lo diré —gimió—. Pero haced que se aleje ese hombre, ¡os lo suplico!

Después de averiguar dónde estaba cautiva Gemma, el marqués cortó la cuerda que ataba al inglés a la silla y lo levantó.

—Ahora iremos a por ella —dijo empujándolo hacia la puerta del sótano—, desead que no haya sufrido violencia.

—Les ordené a esos hombres que no lo tocaran —siseó Moore temblando todavía por el miedo que había sufrido mientras lo empujaban por las escaleras y luego lo llevaban a un patio, donde les esperaban los caballos.

—¿Y creéis que esos bandidos lo harán?

Recordando el latigazo que él mismo le había dado a Gemma, Moore contestó reuniendo la dignidad que le quedaba:

—Mis órdenes siempre se cumplen al pie de la letra, pero esos hombres son bandidos y... —se detuvo sabiendo que esa no era la respuesta que había que dar en ese momento, pues la mirada del marqués se había vuelto agresiva—. Sin embargo, no deberían haberla herido —añadió rápidamente—. Les prometí más dinero y su jefe no es tonto.

Tristán se preguntaba si esos bandidos no la habrían tocado. No eran los

lacayos de ese vanidoso y seguramente se reirían de sus órdenes. A pesar de ello, el dinero era un fuerte incentivo y tal vez...

¡Maldita sea! Gemma, en las duras manos de esa gente. Gemma, golpeada, ofendida, violada... no, no podía pensar en ello.

—¿Cuántos hombres hay ahí dentro? —le preguntó a su *huésped*.

—Tendrían que ser cuatro.

—Si me estáis engañando, lo pagaréis caro.

—No os estoy engañando —maulló Moore—. Eran cuatro. Dos en la choza y dos fuera. Si hubiera más ahora, yo no tendría la culpa.

—Entraremos en la casa con mis hombres —le informó Tristán después de un momento de silencio— y haréis como si hubierais decidido volver antes de lo esperado a recoger a la chica. Pagaréis a esos bastardos y nos llevaremos a Gemma. Fácil.

—No llevo dinero encima.

—No os preocupéis, lo tengo yo. Ni soñéis con advertir a estas personas si no queréis que derrame vuestra sangre primero.

—Debéis pensar que soy tonto. ¡Por lo que a mí respecta, podéis matarlos a todos!

—Lo haré si algo sale mal.

—Solo son bandidos —comentó Moore con desprecio.

—Por supuesto. Los barrios bajos están llenos de esta chusma y encontraréis mil más cuando necesitéis a alguien para vuestros sucios engaños. Pero no pondré a mi gente en peligro si no tengo que hacerlo.

—¡Me estáis ofendiendo!

—¿Todavía seguís mortificándoos? —comentó Tristán con sarcasmo.

—En otra ocasión, os...

—Sí, por supuesto, me retaríais a un duelo —lo interrumpió el marqués—. Pero, en realidad, creo que preferiríais contratar a alguien para que me matara después de haberme tendido una trampa. Sin embargo, ahora estáis en mis manos y, me temo, tendréis que sufrir.

—No creáis que podéis denunciarme a las autoridades después de lo de esta noche —dijo Moore con un tono arrogante que no concordaba con su situación.

—En ese caso, sería yo el tonto. Solo me importa liberar a la chica y que vos, con vuestras malditas intrigas, nunca más os atreváis a interponeros en su camino. Por lo demás, sois un hombre de mundo, Moore, y ya conocéis el final de esta historia.

Ambos sabían, de hecho, que Moore nunca pagaría por sus pecados. No había pruebas, y si Gemma o los bandidos, una vez capturados, contasen los hechos, su palabra no habría valido nada contra la de un aristócrata.

—¡A mí no me importan las sirvientas! —resopló Moore, que a pesar de todo se sentía aliviado—. Os ruego que me desatéis las muñecas.

El marqués le miró con asco.

—A su tiempo. Jack, llévate a este *noble* a caballo —ordenó a su hombre, que asumió la custodia de sir Moore sin demasiada elegancia.

Al final de la historia

Cuando creyó que sus carceleros se habían quedado dormidos, Gemma intentó escapar. Descubierta y herida, aunque *con delicadeza*, como afirmaba Labelette, que no solo no se había dormido, sino que ni siquiera se había emborrachado, la empujó para sentarla en una silla y la ató con tanta fuerza que cada pequeño movimiento le causaba sufrimiento. Estaba tan exhausta debido al dolor de cabeza por los golpes y el ardor de la garganta, que perdió el conocimiento, aunque solo fuera por unos segundos, al menos un par de veces.

Cuando oyó que llamaban a la puerta y escuchó que el *sangre azul* había vuelto, pensó que se estaba desmayando de nuevo. Le había llegado su fin. El hombre la torturaría y luego alimentaría a esos buitres antes de matarla. Sin embargo, cuando vio a los hombres que seguían a Moore, la esperanza regresó y unas lágrimas silenciosas de alivio le mojaron las mejillas.

Tristán... Tristán había venido, respondiendo a todas las oraciones que creía que nunca recibirían respuesta. No importa cómo supiera de su secuestro, estaba allí para salvarla.

—Liberad a la chica. He pensado llevármela conmigo —ordenó Moore a Labelette—. Aquí está vuestro dinero —añadió tirándole la bolsa llena de monedas que Tristán le había dado para pagar a esos hombres.

—¿Y por qué? —preguntó el bandido con sospecha. Ya había pensado en disfrutar durante horas de esta chica tan llena de espíritu, y me ha decepcionado bastante la idea de que no será así. Le pareció que el *sangre azul* estaba raro. La peluca estaba fuera de su sitio y el encaje de la corbata estaba muy gastado. Labelette no era ciertamente un hombre que se ocupara de estas cosas, pero durante la visita anterior el noble iba mucho más refinado y regio. Se preguntó si no le habían forzado a esa segunda visita la misma noche, y mirando a los hombres que lo acompañaban, estaba convencido de que no estaba equivocado.

Uno de ellos era ciertamente un noble, pero no tenía el mismo aire lánguido como el dandi; mientras que los otros dos parecían soldados. Sin embargo,

ninguno de los tres asustó a Labelette.

—Porque lo digo yo —contestó Moore con enfado—. En verdad, no tengo que dar explicaciones a un bandido.

Poniendo la mano en la empuñadura de la pistola que llevaba en el cinturón, Labelette puso una mueca.

—Sabed, aunque no os guste, que decidiré yo. Así que me quedaré con el dinero y la chica.

—¡Ya basta! —intervino Tristán desenvainando la espada y apuntándola al pecho de Labelette. Había visto a Gemma atada en una silla junto a la mesa. A la luz de la vela vio su rostro pálido, ojeras bajo los ojos, un moretón llamativo en la mejilla y una línea de sangre en el cuello. Se contuvo a duras penas de matar de inmediato al asesino—. Nos daréis a la chica y agradeceréis haber salvado la vida —añadió tajantemente—. Luego asintió con la cabeza a Jack, quien, por órdenes anteriores, sabía qué hacer si las cosas se complicaban. De hecho, con un gesto veloz como un rayo, su hombre apuntó con el arma a Moulineau y disparó, dándole en el pecho antes de que pudiera lanzar la daga.

—Homer, ata a este otro, y tú, Jack, echa un vistazo fuera —no obstante, ya se imaginaba que sus hombres habían cumplido con rapidez las órdenes que les había dado antes y que los bandidos que estaban fuera ya se habían visto desbordados. Luego se acercó a Gemma y, en silencio, la desató.

—Te han hecho daño, lo veo —dijo después acariciándole lentamente la mejilla magullada—. Y esto es un latigazo... —añadió extendiendo la mano hacia la garganta, pero sin tocarle la piel—. ¿Qué más te han hecho?

Suspiró profundamente.

—Nada más. Estaban esperando las órdenes de Moore.

¡Sí, Moore, la causa de todo! Tristán se dio la vuelta, mirando con enfado al pequeño dandi que, instintivamente, retrocedió como un insecto.

Al hacerlo, chocó contra la mesa detrás de él haciendo que cayera una silla, lo que distrajo un segundo a Homer, que estaba custodiando al bandido, dándole la oportunidad de liberarse.

Con un movimiento muy ágil, Labelette dio un puñetazo a Homer, cogió el arma del americano y disparó al marqués.

Demasiado tarde. Tristán fue más rápido y lo atravesó con la espada. El

disparo que iba destinado a él se desvió y dio de lleno en Moore, que cayó al suelo con un grito de asombro.

El silencio que siguió le recordó a Gemma el día de la emboscada, pero esta vez no estaba sola. Desde que el marqués puso un pie en la choza todo sucedió en tan poco tiempo que le costó entender lo que estaba sucediendo. Le dolía todo el cuerpo, pero le pareció no sentir nada cuando Tristán, después de comprobar el estado de Moore y dar órdenes a sus hombres, se acercó a ella y la levantó para sacarla de la choza.

—Ahora estás a salvo —dijo con dulzura bajando la cabeza para rozarle la oreja con los labios—. Todos los bandidos están muertos y Moore está gravemente herido.

Con poca moralidad, Gemma pensó que era el final que se merecían, pero luego, cuando cargaban al inglés en el sillín de un caballo, se imaginó las posibles consecuencias para Tristán y el escándalo que se podría montar.

—¿Qué os pasará si Moore muere?

—No te preocupes por eso. Le han herido los asesinos que él mismo contrató. La historia que voy a contar y que él, si vive, seguramente apoyará para salvar su buen nombre, será que nos secuestraron unos bandidos a pocos pasos del palacio de los señores de Saint Nazaire.

—Ah... ¿y la señora Fabre? ¿Le ha pasado algo? Cuando me secuestraron estaba viva. Pero... —hizo una pausa. Ese era otro de los pensamientos que la atormentaban en la choza. Entre el cambio de caballos y el trayecto en barca no sabía cuántos ladrones la habían sacado de la casa de la buena mujer. Uno de ellos podría haberse quedado atrás para hacerla callar.

—Está bien, te está esperando en la vicaría. Después te acompañaré al palacio de Latour.

—¿Al palacio? Pero...

Le dio un beso en la frente. Nada fue importante cuando temió por la vida de la mujer, nada era más importante ahora que una vez más la tenía en sus brazos—. Silencio, mujer —le susurró al oído—. Habrá tiempo para hablar.

Ella asintió y, confiada, cerrando los ojos, puso la mejilla en su pecho.

Helena no se había quedado mucho tiempo en el baile después de que su prometido se fuera, y cuando entró en el palacio de Latour mandó que

despertaran a su madre, que no tardó en llegar a su habitación. Desesperada, se lo contó todo, pero la madre ni la entendía ni simpatizaba con los hechos. De hecho, la señora se quejó de que no había criado a su hija así y que la sociedad amoral parisina la había influenciado.

Después de despedir repentinamente a su madre, pensó mucho en qué hacer cuando Tristán regresara. Decidió insistir en que el caballero la había agarrado por sorpresa y besado sin su consentimiento. Después, rompería a llorar, confiando en la compasión y el honor para que no la abandonara. Y con esos pensamientos se quedó dormida

Sin embargo, temía ese momento, y cuando a la mañana siguiente su criada entró en la habitación informándole de que había noticias extrañas, sintió que le faltaban las fuerzas.

—¿Quieres explicarte? —preguntó con brusquedad.

—El marqués trajo a una mujer herida al palacio. Era casi al amanecer.

—¿Qué?

—En la cocina hay rumores de que atacaron anoche el señor y un noble inglés, que estaba en su compañía. Afortunadamente, los bandidos murieron. Creemos que también atacaron a la señora y el marqués la ha salvado.

Helena se levantó a toda prisa.

—¡Ayúdame a vestirme, tengo que ver al marqués!

La criada sacudió la cabeza.

—Después de acompañar a la señora herida volvió a salir y aún no ha vuelto.

¿Quién era esa mujer? ¿Y por qué había vuelto a salir a una hora tan absurda? ¿Había aceptado el duelo con el caballero de Lefevrer? Jesús... si asesinaban a Tristán, ¿qué sería de ella? «Pero un posible duelo», reflexionó, «no concuerda con la presencia en el palacio de la mujer herida y, por lo tanto, tenía que haber algo más».

—¡Quiero ver a esa señora! —dijo después de gritarle a la sirvienta que no la estaba vistiendo lo suficientemente rápido.

La chica dudó.

—Hay una orden de que no se la moleste, y su ama de llaves... sí, tiene que ser su ama de llaves, está cerca de ella como una gallina con sus polluelos.

—¡Dios! —gritó Helena con frustración echando la cabeza hacia atrás y

cerrando las manos en un puño. Luego, pensando con más calma, se dijo que, al menos, tenía tiempo para prepararse para la reunión con Tristán. Se mostraría feliz por el peligro del que había escapado, lo besaría y se haría desear. Los hombres, al fin y al cabo, se volvían muy estúpidos frente a las lágrimas y un buen cuerpo disponible.

Sin embargo, tuvo que esperar varias horas antes de que el marqués volviera al palacio, por lo que se puso nerviosa y furiosa cuando por fin consiguió encontrarse con él por la tarde, después de haberse visto obligada a fingir estar enferma y rechazar las visitas de sus conocidos, curiosos por saber lo que había ocurrido la noche anterior.

—Helena —dijo el marqués con indiferencia cuando la vio entrar en el estudio—, iba a mandar a buscarte. ¿Quieres sentarte?

Ella ignoró la invitación.

—Casi me vuelvo loca hoy después de escuchar mil charlas sobre ti y no saber lo que te había pasado de verdad.

—Me lo imagino.

La mujer se sonrojó al sentir el sarcasmo en su voz.

—Eres cruel. Sé que has traído a una mujer herida al palacio. ¿Quién es?

—Una señora a la que también agredió la misma chusma que nos atacó a mí y a sir Moore, me imagino que ya te habrán informado de ello. No obstante, no tenemos que hablar de ella, sino de nosotros.

—Tienes razón, mi amor. Siento mucho lo que pasó anoche —susurró con un pañuelo de encaje en los ojos—. Acepté ingenuamente la compañía de Lefevrer como cortesía, pero cuando estábamos solos me agarró y me besó en contra de mi voluntad. Nos sorprendiste justo cuando estaba a punto de rechazarlo, ¡tienes que creerme! —concluyó con tono apasionado.

—Y te crees que soy idiota. Ya no me voy a casar contigo, Helena.

Helena percibió esas palabras como una sentencia de muerte. ¡No podía perderlo!

Él era su apoyo, la barrera que la separaba de la pobreza, pues ella no heredó nada cuando murió su marido y su familia lo había perdido todo en esa absurda guerra. Tristán era la seguridad de un futuro próspero y feliz. Un futuro que ella creía que ya estaba asegurado. No lo amaba, pero le gustaba y

siempre había encontrado satisfactorio hacer el amor con él. Echaba de menos sus momentos de pasión durante el período en el que se separaron y hasta se decepcionó cuando él, después de reunirse con ella en París, la ignoró.

Solo tenía que hacer que su corazón volviera a latir con fuerza. Tenía que convencerle de que no había nada entre ella y de Lefevrer.

—¿Cómo puedes pensar en dejarme? ¿Cómo podrías querer olvidar los bonitos momentos que hemos pasado juntos? —susurró extendiendo la mano para tocarle la mejilla. Y, aprovechando el silencio que le siguió, se acercó y se frotó contra él para confundirlo y excitarlo—. Nos amamos, nos queremos desde la infancia. Solo nos hemos alejado un poco. Olvidemos esta mala historia y vayámonos de París, como ya sugeriste. ¡Te seguiré adonde quieras ir!

Tristán consideraba que ella, al igual que los Moore, era una buena actriz.

—No, no nos amamos. Te pedí matrimonio porque quería darle las gracias a tu madre y porque me imaginaba que serías una compañera adecuada. No podía haber estado más equivocado —añadió apartándola con un ligero empujón.

Helena lo miró ofendida y asombrada. Los hombres estaban locos por ella. ¡Nadie la había rechazado nunca! Nunca nadie la había mirado con tanto desprecio y repulsa.

—¡No dejaré que me abandones! —gritó con un tono diferente, sus ojos brillando de ira, su boca entrecerrada—. ¡Tienes una obligación conmigo!

—Yo también lo creí durante demasiado tiempo —respondió Tristán—, y creo que algunas obligaciones están sobreestimadas.

—Diré... ¡Diré que me has deshonrado! —gritó de nuevo.

El marqués cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tuve tu consentimiento cada vez que te toqué, al igual que lo tuvo el caballero. Sin embargo, quiero que sepas que nada de lo que digas o hagas me convencerá para cambiar mi decisión.

—¿Pero qué será de mí? —sollozó derrotada sabiendo que no se rendiría—. ¿Qué dirá la gente de mí?

—Si crees que lo hará menos amargo para ti, puedes decir que fuiste tú la que rompió el compromiso. Ya he hablado con tu madre y le daré una renta para que en Virginia no caigáis en la pobreza. Lady Philpeters podrá vivir con

una fuente decente de medios para el resto de su vida, y tú podrás vivir con ella hasta que decidas volver a casarte.

—¡Jamás volveré a Virginia! —exclamó la joven mujer conmovida y dando un zapatazo con su elegante calzado de piel de cabra—. Me quedaré en París. Aquí todo el mundo me quiere. *Tante Marie* me recibirá con mucho gusto después de saber tu forma tan horrible de tratarme.

Tristán pensaba que nadie era tan patético e irritante que aquellos que no querían entender.

—No creo que sea así. No después de que le explique el motivo que me ha llevado a retirar mi promesa, si es necesario. Te aseguro que *Madame Blanchard* ya no estará tan ansiosa de protegerte.

—Hay mucha tolerancia en los asuntos del corazón —insistió Helena, no muy segura, de hecho, de lo que había dicho. No era tonta y sabía que había mucha hipocresía entre la gente que le gustaba considerar como amigos. Por lo tanto, era consciente de que si *Madame Marie* la abandonaba, ya no siendo la futura esposa de Tristán, todo el mundo la consideraría tan solo una señora anónima de las antiguas colonias británicas y ya no la aceptarían en sus recepciones.

—Cree en ello si quieres —respondió Tristán con frialdad—. Pero si no tienes un amante listo para pensar en ti y en tus necesidades desmesuradas, creo que tendrás que adaptarte. Tu madre está deseando llevarte a casa, lejos de esta sociedad que ella considera corrupta. Por lo que sé, ya está preparando el equipaje y ha enviado a un sirviente a las oficinas parisinas de un armador para reservar un pasaje en el primer barco a América.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —se lamentó la joven dejándose caer sobre el sillón que tenía detrás. Luego se puso a llorar. Esta vez eran lágrimas verdaderas mientras lloraba por su futuro destruido.

Tristán llamó a un sirviente y, cuando apareció, le ordenó que llamara a lady Philpeters.

—Está fuera esperando para hablar con vos, señor marqués.

—Dejadla entrar —ordenó.

Un momento después, lady Philpeters estaba al lado de su hija intentando calmarla.

—Le he informado a Helena que ya no me casaré con ella, señora, y que a partir de ahora todo dependerá de vos —dijo Tristán con amabilidad—, y que

puede decirle a nuestros amigos que ha sido ella la que ha roto nuestro compromiso. También puede decir todo lo malo que quiera sobre mí. No me importa.

—Eso no pasará nunca, Tristán —respondió la dama—. De vos solo hemos recibido una bondad impagable. A Helena le vendrá bien decir que no la han abandonado, pero, si no os importa, preferiría que no ocurriera aquí. Me llevaré a mi hija pasado mañana. Ya he confirmado que nuestro barco saldrá de El Havre en veinte días, así que no tenemos mucho tiempo. Si estáis de acuerdo, me gustaría que nuestros amigos parisinos supieran que tenemos que volver a casa de urgencia. Me inventaré algo plausible, y tú... —añadió mirando a su hija con frialdad—, ¡lo confirmarás!

Tristán asintió.

—Muy bien. Me encargaré de que tengáis escolta. Por lo que a mí respecta, volveré a Joigny en unos días.

Y finalmente...

—Querida, descansad en la cama un poco más, os hará bien.

Gemma sacudió la cabeza lentamente.

—Ya estoy bien, he dormido mucho desde que el marqués me acompañó hasta aquí.

Madame Fabre asintió con la cabeza, dejando que una sonrisa de comprensión se le escapara al recuerdo de ese momento.

Era casi de madrugada cuando el marqués de Latour llevó a la joven en los brazos hasta la habitación y la dejó con cuidado en la cama. La miró de tal manera que cualquiera que conociese el amor la reconocería inequívocamente.

«—*Madame Fabre* —dijo antes de irse—: *Cuidadla. Le han hecho daño y amenazado de muerte, ahora necesita que alguien le haga compañía. Y, por favor... —añadió—, seguid manteniendo en secreto su secuestro. Para satisfacer la curiosidad de los sirvientes se puede decir que unos bandidos atacaron su carruaje en las afueras de París. Pronto habrá rumores de que la encontré en el mismo escondite donde nos llevaron a sir Moore y a mí secuestrados después de la emboscada.*

—*Por supuesto, señor marqués. Fingiré estar conmocionada cada vez que uno de los sirvientes quiera decir algo al respecto para que no se atrevan a preguntar nada más. Además, no tendré que fingir demasiado tiempo porque me encontré cara a cara con ellos y me dieron mucho miedo. Puede sonar mal, pero me alegra que esos hombres hayan pagado por sus crímenes.*

El marqués sonrió.

—*Os entiendo*».

Después se fue, dejando entrar al ama de llaves y a una criada con los vendajes necesarios.

Mirando a su joven protegida, Madame Odette añadió:

—Ahora estaréis ansiosa por verlo de nuevo, me imagino.

Gema se sonrojó.

—Sí. Tengo que preguntarle muchas cosas. Por ejemplo, cómo sabía que me habían secuestrado. ¿Os ha revelado algo, señora?

—No, pero sin duda os dará una respuesta en cuanto venga a visitaros.

La chica suspiró mirando a su alrededor.

—Esta habitación es preciosa, no debería estar aquí.

—Evidentemente, el marqués quiere que tengáis todas las comodidades. Los empleados domésticos creen que los mismos bandidos que secuestraron al marqués y a ese miserable que creó todo este pandemio atacaron también vuestro carruaje. Y... también creen que soy vuestra ama de llaves.

—Entonces tendré que fingir de nuevo que soy quien no soy —murmuró la chica.

—No tenéis que fingir ser una señora. Lo sois en las maneras y en el corazón —respondió Odette con dulzura—. En cualquier caso, el marqués ha ordenado que ni siquiera las dos señoras que viven en el palacio vengan a visitaros. Y si de verdad queréis levantaros ahora, os ayudaré a vestiros.

—¿Viven aquí dos mujeres? ¿Son... parientes del marqués? —preguntó tímidamente.

Madame Odette se aclaró la voz. Más valía que supiera lo que ella misma les había escuchado decir a las sirvientas.

—Se trata de lady Philpeters y su hija, la señora Harvey. La... prometida del marqués.

Gemma apretó los labios como una niña infeliz y asintió.

—Es justo que el marqués tenga prometida. Nadie me había hablado de ello en el castillo, supongo que es reciente.

—No, no lo es —la señora Harvey y su madre vinieron con él desde América. O, al menos, vinieron unos meses después que él.

Durante un momento muy largo, Gemma permaneció en silencio. Tristán estaba comprometido y era posible que se casara pronto... Por eso, cuando todavía creía que era la princesa Celeste, le dijo que nunca podría casarse con ella.

—Entiendo que quiere protegerlas, mantenerlas alejadas de una mujer como yo —dijo ella esforzándose por parecer comprensiva.

—Tal vez sea así. Seguramente nunca se case con una mujer del pueblo, pero si os sirve de consuelo, creo que tiene los mismos sentimientos que vos.

Supongo que solo tenéis dos opciones, mi querida niña.

—Irme de aquí o convertirme en su amante, si quiere. ¿No es eso correcto? —murmuró Gemma, que lo había entendido—. Lo sé. Para tranquilizaros, nunca me lo ha pedido y siempre me ha respetado.

«Excepto una vez», pensó, pero no importaba porque le había hecho daño.

Madame Fabre suspiró, pensando que si él lo hacía, Gemma diría que sí. Luego, después de ayudarla a ponerse el vestido de gala que le había traído una de las sirvientas y le cepilló con cariño el largo pelo negro. Acababa de terminar cuando el marqués, después de llamar, entró en la habitación.

Miró en silencio a Gemma, diciendo que a pesar de los moretones en la mejilla y la marca en el cuello todavía era bella.

—Madame Fabre, ¿podéis dejarnos a solas, por favor?

La buena señora hizo una reverencia y salió de la habitación en silencio mientras Tristán se acercaba a la joven.

—¿Habéis descansado bien?

—Sí, os lo agradezco. Madame Fabre me ha dicho lo que se dijo sobre mi presencia en el palacio. ¿Cómo se ha resuelto el asunto con sir Moore?

—Cuando llegué a su residencia lo encontré despierto y aceptó gustoso mi versión de lo que había ocurrido y luego se lo confirmó a lady Moore.

—¿Ella no sabía nada?

—No —le contó que lady Moore le había dicho la noche anterior que su criada la había visto y reconocido—. Si hubiera sabido y aprobado lo que su marido iba a hacer, no me lo habría contado. Sin embargo, no es nada tonta. No se ha creído la historia de nuestro secuestro, seguramente por lo que pasó antes, y mientras el doctor visitaba a sir Moore me pidió que le contara toda la historia. No lo hice, aunque le aconsejé que aceptara lo que le habían dicho por el bien de sus hijos. Ahora todo París sabe que a Moore y a mí nos han atacado unos bandidos no lejos del palacio de los señores de Saint Nazaire. Alguien incluso vio hombres montando a caballo cerca de nosotros. Él hasta ha salido como un héroe, porque hay rumores de que mató a uno de los asesinos más peligrosos de París. Los gendarmes ya han ido a la guarida de Labelette y no habrá más investigaciones.

Gemma resopló.

—¿Y alguien creerá que este hombrecillo mató a Labelette? De todos

modos, entiendo que tuvieseis que contener el escándalo. ¿Ese cobarde hizo todo esto solo por el título?

—No solo eso. Moore intentó justificar sus acciones diciéndome que lord Sinclair tenía serios problemas financieros y que casarse con Celeste por interés los resolvería. También parece haber estado feliz, porque los costosos hábitos de su primo estaban empezando a avergonzarlo. Sin embargo, de una carta que recibió unas semanas antes de su boda, en la que Sinclair se jactaba de haber obtenido una gran dote de la princesa Malpighi, sospechaba que la pequeña princesa no era una chica virtuosa y que, por el contrario, estaba deshonrada. Finalmente, estaba dispuesto a renunciar a su título si su primo tenía un hijo, pero no si ese hijo era ilegítimo.

Gemma sacudió la cabeza. Celeste había muerto porque un dandi codicioso había olvidado lo que eran el respeto y el honor, y porque otro de la misma raza había decidido asumir el papel de Dios.

—Celeste no estaba embarazada. Todo este horror ha sido para nada. Absolutamente para nada —añadió mordiéndose el labio inferior para no llorar—. La princesa Malpighi fue una mala madre y pagará con remordimiento, pero Moore nunca pagará por sus faltas.

—Al contrario, Gemma.

Sacudió la cabeza y sonrió un poco.

—La señorita Del Vecchio, la benefactora que me permitió estudiar, siempre dijo que no hay leyes contra los poderosos, y que hasta que la gente entienda que los nobles no tienen poder divino las cosas no cambiarán —luego se sonrojó por la vergüenza y se disculpó—. Perdóname, no quería... vos no sois...

—Esa señora no estaba equivocada —le aseguró—. Pero Moore ha pagado por ello. Murió hace dos horas.

«Murió. Un fin justo», pensó con alivio. ¿Se arrepentiría de sus fechorías antes de rendir su alma a Dios?

—¿Entonces ya nadie me va a amenazar?

—No, si no decides volver a Italia. No conozco a la princesa Malpighi, pero creo que es mejor que tengas cuidado con ella. Su hija murió y tú ocupaste su lugar. ¿Es verdad que eres la hermana de la difunta señora Sinclair? —añadió después.

—Habéis encontrado la carta.

—Nunca la he visto. Los Moore se la apropiaron. Pero a lady Amelia se le escapó anoche. Le pareció muy escandaloso que te hubieras atrevido a considerarte la hija de un príncipe.

—¡Para lo que valía ese hombre! —exclamó Gemma con desprecio—. Mintió a mi madre para tenerla y luego la rechazó como si... —se detuvo y apretó los labios—. Por supuesto, fue muy ingenua. Debería haber sabido que los nobles no se casan con las chicas del pueblo.

—¿Estáis segura de eso? —le preguntó en voz baja. Y sin esperar una respuesta, añadió: —¿Qué más escribiste en la carta?

Gemma, que había bajado la cabeza, la levantó para encontrarse con la mirada dorada del hombre.

—Te explicaba el motivo del por qué te dejé pensar que era Celeste. El miedo, la rabia y quizás hasta la envidia de no ser como la princesa y no merecer el respeto que se le debía —añadió encogiéndose de hombros—. No había pasado por buenos momentos antes. La mujer que pensé que era mi madre había muerto y mi trabajo como maestra se había desvanecido precisamente porque mi nacimiento no era aceptable para hacer ese trabajo. El cochero de lord Sinclair casi me agrede durante el viaje y después de la emboscada recuperé la memoria encontrándome respetada y protegida, no tuve el valor de decir la verdad. No hice algo digno y me arrepentí mil veces, pero tenía miedo y pensé en aprovecharlo solo durante unos días, hasta que estuviera mejor y pudiera moverme.

—Sí, recuerdo que querías irte en una diligencia. ¿Tu padre sabía de ti?

—Mi abuela sabía que había aceptado dar trabajo y asilo a la mujer que siempre había creído que era mi madre. Creo que me parecía mucho a mi verdadera madre, pero nunca me miró a la cara para reconocer a su hija en mí. Deberíais saber que fui la compañera de juego de Celeste cuando éramos niñas, me vio muchas veces cuando estaba con ella.

Tristán la miró en silencio con ternura. ¡Cuántas veces la había mirado! Sabía todo sobre ese hermoso rostro y sabía que nunca podría olvidarlo.

En ese momento solo tenía un deseo: tomarla en sus brazos, abrazarla y besarla. La quería, pero no se la habría llevado ni por engaño ni por la fuerza.

—Dentro de unos días me iré a Joigny —dijo—, y en los próximos dos o tres meses volveré a América. Puedes ir a donde quieras, incluso quedarte en París, pero me encantaría que vinieras conmigo. Te quiero a ti. Te quiero

desde el primer momento en que te vi. Te amo —admitió.

Gemma lo miró con sorpresa y con el corazón saltando en el pecho por la felicidad. No le había hecho ninguna promesa y era libre de elegir. Pero ya había elegido meses antes, en una fría tarde de primavera en la biblioteca del castillo.

—Tristán...

—No diré nada más por el momento, excepto que estás a salvo conmigo. Piénsalo, volveré esta noche por una respuesta —luego dio un paso atrás, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cuando Odette volvió a entrar, se imaginó de inmediato lo que tenía que haber pasado, porque el rostro de su protegida reveló una gran alegría.

—Os veo feliz.

—Lo estoy. Mucho.

—¿Os ha hecho alguna promesa?

—No, y os lo agradezco. Sin mentiras, no las necesito y no las quiero. Puedo ser su amante, pero no me importa. Me dio tiempo para reflexionar, sin embargo...

—Sin embargo, no necesitáis reflexionar, ¿verdad? —preguntó Madame Fabre encogiéndose de hombros con resignación—. No seréis su esposa, pero espero que seáis feliz de todos modos. Además, el marqués os hará vivir en el lujo, que tal vez os pertenece porque sois hija de un príncipe.

—No me importa el lujo —respondió enseguida la joven mujer—. Nunca ha sido de mi interés y... sí, soy feliz porque estaré con él, pero cómo puedo soportar saber que está con su esposa cuando se casen. Y ella... si lo supiera...

—Me lo imagino, querida —Odette la cogió de la mano y la estrechó—. Creo que tendréis que superar los problemas de uno en uno. Seguramente la señora Harvey no esté aquí en estos meses, acabo de enterarme de que ella y su madre están a punto de partir a América y que ya están haciendo las maletas. La noticia ha sido repentina, inmediatamente después de la del supuesto secuestro del marqués y de sir Moore. Los sirvientes están todos nerviosos —sin embargo, no le dijo que ella misma había hablado con la señora Philpeters, que se había ocupado de ofrecerle ropa para Gemma, creyendo que después del asalto de los bandidos le habían robado todo. Sabía

que en ese momento no ayudaría a su amada protegida creando más remordimientos en ella.

—Todo es muy extraño.

—Tenéis razón, pero no penséis en ello. Tratad de descansar un poco más, no querréis volver a tener esa cara cansada cuando vuelva.

Gemma se acostó, pero no durmió. Quería a Tristán, lo quería con todo su corazón. Soñó con él cuando se fue, lloró cuando pensó que la despreciaba, ¿pero qué mujer era si, conscientemente, pensaba que podía construir una vida feliz a costa de la infelicidad de los demás? Quizás, incluso con el corazón roto, debería rechazar su propuesta.

Un pensamiento que sintió desaparecer solo dos horas después, en el mismo momento en que lo vio entrar en la habitación y detenerse en el umbral para mirarla. Era quizás una mujer joven, pero no podía volver a perder su amor. No después de decirle que la amaba.

Dio un paso incierto hacia adelante, luego otro y otro, cada vez más segura. Cuando llegó a él, levantó los brazos y lo abrazó invitándolo y adaptándose al cuerpo fuerte del hombre.

Era igual que su madre, una niña tonta enamorada que no podía renunciar a su amor.

Tristán supo que lo seguiría a todas partes, que tendría a esa mujer para siempre. Tomó posesión de sus labios y la besó lentamente, disfrutando de ese momento que él creyó que nunca llegaría. Lo que quería era desnudarla y sentir su suave piel bajo sus dedos. Quería probarlo con la lengua, conocer su cuerpo y hacerla gemir de placer. Pero estaba herida y podría hacerla gritar de dolor.

La apartó, parecía que no había hecho nada más cada vez que la tenía cerca, pero habría tiempo, mucho tiempo para amarla.

Ella entendió sus dudas. Le puso las manos sobre el pecho y luego subió poco a poco hasta los hombros en una caricia dulce y sensual y luego a la nuca, donde entrelazó los dedos. Levantó la cara buscando los labios del hombre, mordiéndolos con los dientes y tocándolos con la lengua.

—No te detengas. Estoy segura de que no me vas a hacer daño —le susurró al oído—, yo también te quiero. Te quiero desde el momento en que te vi cuando entraste en mi habitación y me preguntaste si podías acercarte. Y te amé aún más cuando me trajiste el pendiente de mi madre. No quiero perder ni

un segundo más de ti. Quiero ser tuya y quiero serlo ahora. Esta y otras mil noches.

Tristán le cogió el rostro con las manos y la besó de nuevo. Luego, poco a poco le bajó el vestido de gala, que se deslizó suavemente hasta los pies. Le abrió la camisa y, mientras se dejaba hacer, la dejó caer al suelo. Admiró durante mucho tiempo su cuerpo suave y bien hecho. ¿Había pensado de verdad que era tan perfecta? ¿O fue él quien la veía así con los ojos del amor? La levantó y se la llevó a la cama. Probó cada parte de su cuerpo, tal y como lo había soñado, sintiéndola temblar de placer en sus brazos, y al penetrarla se encontró con su mirada secuestrada, incrédula y feliz, y supo que también poseía su alma.

Ahora la princesa del bosque era suya y, al diablo con todo, nunca la dejaría ir.

Más tarde, abrazándola, Tristán le susurró al oído:

—Has elegido amarme, ¿me seguirás cuando regrese a América?

—Lo haré.

—¿Y estás dispuesta a casarte conmigo también?

Ella levantó la cabeza con incredulidad.

—No puedes casarte conmigo.

—Ahora me siento libre de hacerlo. Solo dime que me quieres y nos casaremos en la capilla del castillo en cuanto lleguemos a Joigny —afirmó posando con suavidad dos dedos en sus labios.

No podía ser verdad. Se había quedado dormida y estaba soñando.

—Los hombres de tu rango no se casan con mujeres como yo. Es imposible...

El marqués la interrumpió riéndose.

—En este caso, cambiaremos las reglas. ¿Me haríais el honor de darme vuestra mano, princesa? —preguntó con dulzura agachándose para besarla. Y ella, cuando por fin recuperó el aliento, todo lo que pudo hacer fue decir que sí.

Otros títulos

Un hombre al que odiar

Amor y aventura en un romance ambientado en la Edad Media.

Él quiere amarla, ella solo quiere odiarlo.

Estamos en el año 1158, Federico I de Suabia asedia y conquista Milán. Se toma el control de los feudos milaneses, se asesina o se encarcela a los nobles y las mujeres se consideran mercancía de cambio.

La noble Regina Celeste Balestrieri, tras la trágica muerte de sus familiares, es solo una presa de guerra y se la ofrecen como regalo a un barón suabo.

Él, Stephan Deinburg de Hezen, el conquistador, no la consideró un regalo interesante cuando la vio. La chica es atractiva, sí, pero es muy rebelde y orgullosa, demasiado para el que pertenece a un pueblo de vencedores. Sin embargo, es un desafío que no quiere perder y decide que será su esposa. La quiere en cuerpo y alma, sin saber que ya había perdido su propio corazón con una sola mirada.

Regina no puede aceptar el matrimonio con un guerrero que ha traído la muerte y la destrucción a su tierra. Si un día volviera a Milán, ¿cómo la recibiría su gente? ¿Cómo podría mirar a Guido, el hombre con el que está prometida? No puede, pero está obligada a ceder y se obstina a ignorar los deseos y sentimientos que la podrían hacer feliz. Comprenderá demasiado tarde que del odio puede surgir un sentimiento distinto, que para el corazón no hay patria, que no existe el orgullo y que se puede matar por amor.

Sucedarán muchas cosas en esta novela llena de sucesos, en las que se entrelazan las vidas de los conquistadores y los vencidos, con sus sueños y sus venganzas.

Esta no es una obra coral, sin embargo, las historias de los personajes secundarios tienen mucha importancia para el desarrollo de los protagonistas, ayudándoles a tomar conciencia de lo que son.

La autora

Empecé a escribir sobre amor y aventura en el año 1983, publicando algunas novelas contemporáneas en las editoriales Curcio y Fabbri. Después escribí numerosas historias y novelas cortas para revistas femeninas populares, como *Intimità* y *Confidenze*, y dos novelas históricas, *Il crociato* y *Leonessa di marzo*, en otras tantas antologías para la serie *I Romanzi Mondadori*.

Desde 1989 también me dedico al romance histórico y he publicado en la editorial Mondadori *Capelli di luna*, *Un uomo da odiare* (*Un hombre al que odiar*), *Isabella per sempre* y la trilogía *Cronache settecentesche*, que incluye los títulos: *Il destino in una stella*, *Amabile Canaglia*, *Una perla fra le mani* y la historia *Fino al nostro ultimo respiro*.

Si queréis visitar mi página web, me encantará daros la bienvenida.

www.miriamformenti.altervista.org